



CUANDO EL PASADO VUELVE

Erina Alcalá



Cuando el pasado vuelve

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: mayo 2019

Título Original: *Cuando el pasado vuelve*

©Erina Alcalá, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-45-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Dedicada a los románticos.

‘Experiencia es el nombre que damos a nuestras equivocaciones.’
Oscar Wilde.

PRÓLOGO

Dos años antes

—¡Vamos Martina, tienes que divertirte un poco! Quiero que vengas, eres como mi hermana. Va a ser divertido ver a tanto policía tío bueno de uniforme —le decía Tere, a su amiga Martina mientras desayunaban en una cafetería que había al lado del trabajo- A lo mejor hasta te enamoras de uno, como he hecho yo. ¡Venga!, te sueltas el pelo un día y vienes. ¡Mira ya tengo la invitación! —enseñándole la tarjeta azul— y todo preparado. No puedes echarte atrás, ni me puedes decir que no. Mi familia, quiere que vengas, quiero que conozcas a mis amigos y a mi único hermano. Ya le he dicho a todo el mundo que venías. Así que no puedes negarte a esta fiesta. Mis padres quieren conocerte —iba toda animada y acelerada, como siempre— les he hablado tanto de ti, que tienes que venir a conocerlos.

—¡Mira que eres pesada! —dijo Martina—. Ya sabes lo poco que me gusta salir, pero bueno, ya que tienes la invitación y por conocer a tus padres más que nada, iré. La próxima me avisas antes de sacarme entradas e invitaciones para nada, o te dejaré en la estacada —Terminando el café—. Sabes que aprovecho los fines de semana para estudiar. Tengo que terminar el Master y presentarme a las oposiciones y tengo un tiempo limitado.

—¡Vale!, te lo prometo. Pero es sólo por esta vez. Mujer... por un fin de semana, no te va a pasar nada. Además ya verás que lo pasamos bien. Estas veladas, son estupendas, claro, después de los galardones. Hay tanto uniforme, que te aseguro que tendrás uno a tu disposición. Necesitas un hombre en tu vida. No sales, no tienes vida propia, eres una monja. Trabajo, trabajo y trabajo, no siempre son buenos. Aunque estudies, que yo también lo hago, hay días que apetece divertirse un poco, Martina. Y un chico guapo, alto, elegante, de uniforme, un tío bueno que le de alegría a ese cuerpo tuyo, es necesario.

—No necesito hombres ahora en mi vida. Cuando acabe mis objetivos profesionales, me los busco o me surgirá. No tengo ninguna prisa. Además son todos iguales. Ningún chico quiere ahora una relación. Y yo soy de relaciones largas. Todos quieren ahora un *aquí te pillo y aquí te mato*. Y eso no pienso hacerlo. Es perder el tiempo y luego me encontraría peor. Me conozco.

—No me seas monja, puedes compatibilizar ambas cosas. Necesitas amor... y un buen... Cuando te surja uno de esos, lo aprovechas boba y toma... moreno-haciendo un ademán obsceno con su locura de siempre.

—Calla loca, que te van a oír, —le dijo riendo, en la cafetería que estaba llena a esa hora de la mañana y en la que desayunaban antes de empezar el trabajo en la Residencia de mayores en la que trabajaban las dos.

—Bueno, lo importante es que te he convencido y que vas a conocer a mi hermano, a mi novio y a un amigo de mi novio. Ahora que el único que está soltero en la mesa es mi hermano Rubén, pero no creo que tengáis nada en común. Es de los que tiene solo aventuras de una noche y tú de las que se casan. Es guapo. A todas las mujeres les gusta. Tiene una suerte el tío... Ese no se casará nunca. Soltero lo veo toda la vida. Pero hay más chicos solteros, así que a ver si tienes una oportunidad.

—¿No estaba tu hermano en el extranjero? —preguntó por preguntar, más que nada.

—Sí, pero volvió hace seis meses y se presentó a las oposiciones de la policía local. Y las aprobó. Donde haya peligro, allí irá él. Está un poco cansado de ser militar e ir al extranjero. Dice que sus misiones allí se han acabado. Irak ha sido muy duro para él y para mis padres también. Siempre sufriendo los pobres.

—Mejor, así estaréis más contentos y tu madre no tendrá el corazón en un puño. Irak es peligroso.

—Y que lo digas, mis padres están contentísimos de que haya vuelto.

—¿Entonces ahora es policía local?

—Sí. Yo lo prefiero también, la verdad, así estará en la provincia de Madrid y lo veremos con frecuencia.

—Bueno y dime —cambiando de tema ¿cómo es esa fiesta? ¿Hay que ir de gala? ¿Vestido largo? O ¿Qué me pongo?

—No mujer, arregladita nada más. Toma la invitación. Ahí llevas todo lo necesario, la hora y el sitio. Es en el hotel Princesa, en la calle Princesa. Allí nos vemos. En el salón. Les van a dar las placas por haber aprobado las oposiciones y los diplomas. Y un sobre con la comisaría o distrito que les asignan y dónde irán a trabajar. Espero que a Pedro, mi novio, le asignen uno bueno. No quiero pensar que me lo manden a un barrio problemático o a algún pueblo lejos. Queremos vivir juntos en cuanto le den la plaza.

—Ten fe, Tere, ya verás que le toca un buen sitio. Tú siempre tienes suerte en todo, hija —le dijo con confianza.

—En cuanto lo sepa, buscamos piso o apartamento y nos vamos a vivir juntos en un par de meses. Estoy súper emocionada. Tengo ya ganas de independizarme. Claro que con mi sueldo solo, no puedo ahora mismo sola, pero con los dos...

—¡Qué bien, qué envidia! En fin, no tengo otra solución más que acompañarte. Sólo por ti y por esta vez, para no hacer un feo a tu familia, iré a esa fiesta.

—¡Te quiero! Eres la mejor —dijo besándola.

—Yo también, loca, ¡anda! Termina el café y vamos que llegamos tarde al trabajo.

Teresa y Martina se habían conocido hacía ocho meses en la Residencia de mayores en la que trabajaban en Madrid.

Teresa tenía veintiséis años, era enfermera y preparaba oposiciones para entrar en algún hospital o Centro de Salud de la Comunidad de Madrid.

Estaba en la bolsa de trabajo de salud de la Comunidad de Madrid y en verano e invierno combinaba su trabajo en la Residencia con los hospitales para ir obteniendo puntos para cuando se presentara a las oposiciones.

Era guapa, alta y espigada, morena, muy delgada y de ojos marrones. Iba siempre corriendo, con prisas, activa y estresada, pero era una enfermera muy valiosa y eficaz.

Martina, en cambio, era pequeña y delgada, más tranquila, aunque muy extrovertida y risueña, salvo para los temas íntimos y sexuales con los chicos.

Tenía una nariz pequeña, unos ojos de un verde claro, facciones pequeñas y el pelo moreno por debajo de los hombros, y siempre estaba sonriendo.

Había terminado hacía un año Trabajo Social, y estaba terminando un Master en Violencia de Género, la rama que más le gustaba.

Al igual que Teresa, iba a presentarse en cuanto acabara el Master, en unos seis meses más o menos, a las oposiciones en el Ayuntamiento de Alcalá de Henares, ciudad en la que vivía y de dónde era.

Y como tenía que ir y venir en tren a Madrid todos los días, aprovechaba éste tiempo y cada momento que tenía para estudiar.

Se habían hecho muy amigas, pues tenían muchas cosas en común y trabajaban bien juntas. Formaban un buen equipo.

Y los usuarios y familiares de estos, en la Residencia, estaban muy contentos con ellas, así como el equipo directivo.

Según ésta le había dicho, su hermano, su novio y el amigo de éste último habían aprobado las oposiciones a policía local de la Comunidad de Madrid.

Así que Tere esperaba que le dieran el puesto a su novio en la capital y así poder alquilar un apartamento o piso y vivir juntos, lo antes posible. Estaba deseando independizarse. No en vano tenía ya veintiséis años.

Se iba a celebrar una fiesta y la habían invitado. Martina no quería salir mucho, tenía objetivos y propósitos, como terminar el Master en un mes más o menos, hacer las prácticas, que iba a hacerlas en una Asociación de Mujeres maltratadas en Alcalá, por las tardes, ya que trabajaba un poco más de media jornada, pero por la mañana, estudiar las oposiciones de forma intensiva y si aprobaba, independizarse de sus padres y dedicarse de lleno a su trabajo. Y ya empezaría a divertirse después.

Era una mujer con planes y objetivos muy marcados. Y trabajaba y estudiaba mucho para conseguirlos. Por esa razón, tenía poca vida privada y pública.

Cuando llegaba de su trabajo, tomaba un café y a estudiar, y los fines de semana los aprovechaba. Sabía que iban a ser ocho meses intensivos, pero quería lograr su propósito.

Aprobar las oposiciones, dejar la Residencia de mayores, que era a tiempo parcial y dedicarse a la violencia de género que era lo que más le gustaba de la carrera. Y en lo que se veía en un futuro.

Y tenía que sacarse el carnet de conducir también, porque era imprescindible para salir a las actuaciones si conseguía aprobar las oposiciones.

Por esa razón tenía un año duro por delante y no quería interrupciones, ni hombres, ni vida social. Era joven y luego tendría tiempo de todo.

Era atractiva y gustaba a los hombres, aunque era bajita, pero ella no estaba por la labor. Tuvo un novio a los dieciséis años, que para ella fue muy importante, pero no resultó bien, eran muy jóvenes y cada uno buscaba una cosa distinta.

No quiso acostarse con él y la dejó por otra. A esa edad los adolescentes estaban en pleno proceso de tener relaciones sexuales y se quedó sin novio.

Sufrió muchísimo, pero con el tiempo comprendió que la edad de la adolescencia era esa, y que en ella, los chicos estaban más por la labor de experimentar sexualmente, y ella era mayor emocionalmente que él y que muchos de su edad.

Quizá por ser hija única o por ser como era. Tampoco importaba demasiado.

Posteriormente, tuvo algunas relaciones, besos y poco más. No conseguía encontrar a su hombre perfecto para tener relaciones sexuales y no las iba a tener hasta conocer a un hombre que la llenara en ese sentido o que la pusiera nerviosa y excitable.

Porque para eso, las hubiera tenido a los dieciséis años con su primer novio y sufrió mucho cuando la dejó, pero no quiso y no iba a tenerlos ahora, aunque ya tenía edad y seguro que era de las pocas que a su edad eran vírgenes. El tiempo y los hombres habían pasado por su vida sin pena ni gloria.

Pero eso a ella no le importaba lo más mínimo. Incluso había cambiado de opinión. No hacía falta tener novio para tener una relación sexual con un chico con el que conectara, pero es que no lo había encontrado tampoco.

No iba a pedirle un anillo ni nada parecido. Pero, ¿Dónde estaban esos hombres?

Ella no había encontrado ninguno que le diera la suficiente confianza como para acostarse con él. Y la verdad, es que ahora salía tan poco, que era difícil encontrar a nadie. Y cuanto más tiempo pasaba, más miedo tenía.

Debía de tener la absoluta y plena confianza. Y no era que le prometieran amor eterno y duradero y una boda, que ya era adulta para eso, sino que sintiera esa sensación que ella sabía que debía existir. Esa atracción y química sexual.

Cuando lo encontrara, no lo iba a dudar. No importaba que no lo viese más. Eso no era lo más importante ahora mismo en su vida. Ya pediría compromiso más adelante.

Tener una relación sexual bonita con un desconocido, tampoco estaba nada mal. No era un bicho raro, ni tonta tampoco.

Lo que sí era, bastante ingenua en ese tema y también inexperta, tímida y vergonzosa.

Por eso había aparcado el tema hombres a un lado hasta conseguir sus objetivos laborales, luego ya buscaría a su media naranja. O no, ya que tampoco iba a buscarlo desesperadamente. Eso era algo que surgía sin más.

Pero, lo primero, era lo primero. De momento necesitaba algo de ropa para la fiesta. No tenía nada adecuado que ponerse.

El acto era el sábado por la noche en el Hotel Princesa, ese fin de semana. Así que reservó una habitación en el Hotel, porque suponía que el acto en cuestión duraría hasta tarde y ya no habría trenes a esa hora el sábado para volver a Alcalá.

Y tendría que quedarse hasta el final o Tere, no se lo perdonaría. Para un día que salía, iba a pasarlo bien, sin prisas.

Lo siguiente que hizo, fue ir el viernes por la tarde de compras. Se compró un vestido negro ajustado por encima de las rodillas, con manga larga de encaje con un volante a la altura de la muñeca, un bolso, unos zapatos color rosa palo, unas medias hasta el final de la pierna con liga incluida. Eran más cómodas que la media entera. Y un conjunto interior negro, bastante sexy.

El sábado por la mañana preparó una pequeña maleta de viaje. Se fue a la peluquería, a cortarse un poco el pelo, las puntas y peinarse.

Se haría un recogido atrás y el pelo suelto con la cara despejada y unos pendientes rosas que ella tenía en casa.

Sobre las siete tomó el tren para Madrid y al llegar cogió un taxi hasta el hotel. Llegó con tiempo de darse una ducha, vestirse y maquillarse.

Cuando estuvo lista, aún quedaba media hora para la gala, así que puso un rato la televisión, miró hacia la calle por la ventana, como iba la gente y venía por la avenida, siempre con prisas.

Era lo que menos le gustaba de la ciudad. La gente iba como si tuvieran siempre algo que hacer, casi sin mirar al frente y la cabeza baja, como con miedo. Ella prefería una ciudad pequeña en la que pudiese ir paseando sin estrés.

Cuando eran las nueve y veinticinco, decidió bajar al salón. Le dio su invitación a un camarero para que la acompañara a la mesa que le correspondía.

El salón era enorme y precioso, las mesas, grandes, eran para doce personas, con manteles azules y grises. Parecían hacer juego con los uniformes.

A la izquierda, se ve que estaba la cocina, a la derecha había una barra y una pista enorme para bailar, al frente un atril con un atril, preparado para las presentaciones, las mesas hacia los dos lados, dejando un pasillo ancho en el centro y del techo colgaban grandes lámparas de araña.

Era una preciosidad.

El camarero la llevó a su mesa, donde estaban ya sentados todos menos ella, ya que sólo había una silla vacía.

El resto de la gente estaba aún de pie buscando su sitio.

Cuando llegó a la mesa, Teresa se levantó, la abrazó y empezó las presentaciones. Sus padres, Pedro su novio, los padres de su novio, Fernando, un amigo de Pedro con su novia y sus padres también y otro chico al que presentó como su hermano y a su lado, había una silla vacía para ella, ya que eran los dos que no estaban emparejados.

Rubén se llamaba su hermano. Tere, a veces había hablado de su hermano, pero no le dijo que éste también era policía hasta hacía dos días antes, creía que era militar y estaba fuera de España, según ella le había contado en alguna ocasión.

Una vez las presentaciones hechas, y los saludos correspondientes, se sentó al lado de Rubén. Era altísimo y tenía músculos, sin pasarse, donde debía tenerlos. Era un hombre muy guapo, con el uniforme de gala, como todos los policías, de pelo corto, castaño y ojos verdes muy claros y rasgados. Y olía muy bien. Le llenaba todos los sentidos.

No se parecía a su hermana. En principio era algo callado y observador, y cuando ella le dio dos besos de saludo, porque fue el último en saludar y sentarse a su lado, se puso nerviosa, pues una corriente eléctrica le atravesó el cuerpo y se puso colorada. Esperaba que nadie se hubiese dado cuenta, pero él sí se dio. Se acercó a su oído y sin que nadie lo oyera entre el murmullo de la gente, le dijo:

—¿Te has puesto roja? —le dijo en tono irónico.

—Hace calor... aquí dentro.

—Sí, será eso... o no —le dijo al oído con descaro.

O era irónico o peligroso, y debería tener cuidado con ese hombre que olía de maravilla y que era el hermano de su amiga.

La conversación en la mesa fue muy distendida. Y tras la entrega de diplomas, en la que Martina no pudo despegar los ojos de él cuando fue a recoger el suyo, de su forma de andar, su altura imponente su cuerpo esculpido y sus ojos verdes tan claros y grandes.

Era peligroso para sus sentidos y era el hermano de Tere. Para ella debía estar prohibido.

Cuando les dieron las placas y se pronunciaron algunas palabras por parte de los altos mandos, llegó la comida.

Todos quisieron decir en qué comisaría les había tocado, menos Rubén, que no abrió el sobre que les habían dado para saber el lugar que les había correspondido.

—Me da igual el sitio. Lo miro en casa esta noche. Hasta el lunes no nos incorporamos —dijo Rubén cuando le preguntaron dónde le había tocado y viendo que no abría el sobre.

—A mí me ha tocado Chueca —dijo Pedro.

Estaban contentos con el sitio y Fernando también, le había tocado Chamberí.

La comida llegó y toda la velada fue muy animada. Todo el mundo bromeaba y lo pasó muy bien. Se sintió integrada como parte de la familia. Los padres de Tere, eran encantadores.

La comida fue exquisita y una vez que terminaron, los jóvenes se fueron a la barra y a bailar. Su amiga y la otra pareja salieron a bailar. Se quedaron solos Rubén y ella en la barra y él le preguntó:

—¿Eres enfermera como mi hermana?

—No, aunque trabajamos en la misma Residencia, pero yo soy Trabajadora Social.

Y empezaron a hablar. Le contó sus planes, sus objetivos, qué estaba haciendo y reconoció que era un hombre que escuchaba.

Él había estudiado psicología y criminología. Luego se incorporó al ejército. Ahora tenía veintinueve años. Y ya pretendía asentarse en un puesto fijo, porque le gustaba.

Había estado en Irak tres años y cuando volvió se empezó a preparar las oposiciones mientras seguía en el ejército.

Era muy guapo, pero ahora no era el momento de tener una relación, ella tenía sus objetivos bien definidos. Pero si estuviese preparada para tener relaciones en ese momento, sin duda sería uno de sus elegidos.

Era impresionante, atractivo y tenía unos ojos grandes y rasgados de color verde claro, como un lago transparente. Tan transparentes que te podías bañar en ellos.

Y no era un niño, era un hombre de más edad que ella y esos eran los que a ella le gustaban. Pero claro ese tipo de hombre, les gustaba a todas.

—¿Por qué no has abierto la carta para saber dónde te ha tocado? —le dijo ella.

—Porque ya lo sé. Se me ofreció en el momento de aprobar, por estar en el ejército, podía elegir. Pero es confidencial.

—Bueno, si es confidencial, guardaré el secreto. Ahora entiendo por qué no la has abierto.

—Gracias.

La música lenta empezó a sonar y él la invitó a bailar. Le cogió la cintura con su mano y la pegó a su cuerpo más de lo debido, le pareció a ella.

Le llegaba por la barbilla incluso con los tacones altos que llevaba. Podía oler su aroma. Puso las manos en sus hombros, pero él se las llevó a su cuello.

— ¿Tímida? —le preguntó. Era un hombre seguro de sí mismo y ella se sentía como un ratoncillo asustado.

—Un poco cuando no conozco al chico en cuestión.

—Una tímida preciosa y guapa, además de graciosa e inteligente.

—Vaya, eres un adulador— le dijo entre risas.

—Me gustas, me gustas mucho. Te he estado observando toda la noche. Me encanta tu pelo. Y eres chiquita y manejable, como me gustan a mí.

—Tú también me gustas. Eres alto y fuerte, justo mi tipo. —Nunca supo de dónde le había salido esa voz, quizá de las dos copas de cava que se había tomado.

—Pues tenemos que hacer algo con esta tensión sexual que hay entre nosotros.

—¿Qué propones? No, no me lo digas... —Bromeaba ella, pero él no estaba bromeando en absoluto, y se dio cuenta.

—Resolverla —le dijo muy serio.

—Lo sabía. Eso es algo que no suelo hacer a la primera de cambio —le dijo despacio.

La conversación se había tornado más seria de la cuenta y él la miraba retadoramente.

—Siempre hay una primera vez. No busco ni quiero nada serio —dijo Rubén con convicción.

—Yo tampoco, ahora mismo. Ya te he contado mis planes y no entran en ellos los hombres en mi vida en estos momentos.

—Pues entonces no tendremos problemas.

—No los tendremos —mientras sentía el sexo duro y excitado de él en su vientre.

No era eso lo que ella tenía planeado para su vida, pero si tenía que hacer el amor por primera vez, mejor con ese hombre impresionante guapo y seguro de sí mismo aunque fuese arcilla en sus manos y aunque fuese el hermano de su mejor amiga.

— ¿Vamos a mi casa? —dijo él.

—Tengo una habitación en el hotel —nunca supo de dónde le salió esa voz— vivo en Alcalá y la tuve que reservar porque si se me hacía tarde no había trenes ya. Y no tengo coche.

Eso significó un sí para Rubén, que la cogió de la mano y casi tiró de ella. Rubén le dijo algo a su hermana, fueron a la mesa y ella cogió su bolso y Rubén les dijo a sus padres que iba a acompañarla y salieron del salón, directos a los ascensores.

Tomaron el ascensor y ella estaba como un flan, pero no pensaba decirle que era su primera vez. Iba como por inercia. No se creía estar haciendo aquello.

No se reconocía. Había intercambiado apenas unas palabras con ese hombre y ya iba a acostarse con él. Flotaba en el poco aire que debía tener el ascensor, no se reconocía en absoluto. Esa no era ella.

No le diría que era virgen, podría pensar que era una mojugata y a pesar de tener los nervios a flor de piel, quería estar a la altura y podía echarse atrás, muchos hombres lo hacían, y ella quería que fuese el primero. No quería que ese tipazo, se arrepintiera.

No sabía por qué, pero lo quería. Todo el trayecto del ascensor, los dos mantuvieron un silencio absoluto.

Al entrar en la habitación, ella entró primero y él cerró la puerta con el pie, mientras con la mano la atraía a su cuerpo.

Pegado a la puerta la abrazó y la besó tiernamente en los labios, sintiendo ella su erección. Pensó que tenía poder sobre ese hombre si le provocaba esa excitación o quizá fuese un hombre de sangre caliente y se sintiera así con casi todas las mujeres. Le daba francamente igual en esos momentos. Estaba hecha un flan y temblaba como una niña.

Con la lengua, le abrió la boca y fue ahondando el beso, cada vez más pasional, hasta que a ella le costaba respirar. Él la notó temblar y le gustó su poder sobre esa pequeña y se sentía excitado. Estuvo excitado toda la noche desde que se sentó a su lado y olió su perfume.

Y Martina, perdía la noción del tiempo. Siguió besándola mientras la acercaba a la cama y le tocaba los pechos por encima del vestido. Sintió su sexo húmedo como un volcán derramándose por una ladera.

Ella, lo besaba con la misma pasión, olvidándose de todo.

No tuvo noción de cuando el vestido calló al suelo, ni cuando se quitó los zapatos quedándose en ropa interior.

—Me encantan esas medias. Quiero que te las dejes puestas. El resto va fuera.

Él era un mandón en la relación sexual y eso la ponía a ella más excitada, porque no tenía experiencia.

Estaba tumbada en la cama y él le mordisqueaba los pezones por encima del sujetador. Metió su mano entre el tanga y tocó hábilmente su sexo.

Martina respondía urgente a ese hombre, a sus manos, a sus besos, como no creía que pudiera existir tanto placer.

Cuando Rubén siguió moviendo sus manos, ella gimió su nombre y tuvo un orgasmo inesperado y glorioso. Él la besó en la boca y se desnudó por completo. Se puso un preservativo:

—Ahora empezamos pequeña. ¡Eres preciosa! Una muñeca.

Ella estaba encendida y vio cuando Rubén se desnudaba, su cuerpo fuerte y duro y su erección grande, tuvo un poco miedo, que se le pasó al instante, porque él se echó sobre ella, sin dejar de tocarla y besarla y morderle los pezones y ella volvió a sentirse viva de nuevo y dispuesta. Tocó su erección, y él le quitó la mano.

—Si me tocas no aguantaré nada.

Sintió su sexo en la entrada del suyo y abrió las piernas para darle la bienvenida. Él era suave y la penetró lentamente mientras ella se aferraba a sus hombros y a su espalda ancha, hasta que Rubén encontró con una barrera que no esperaba y enseguida supo qué era, pero no podía dar marcha atrás, estaba demasiado excitado.

Fue lo más suave posible y cuando atravesó la barrera ella dio un pequeño grito, pero él se paró y la besó suavemente en la boca.

—¿Seguimos? —le preguntó inseguro por primera vez en su vida.

—No quiero que pares —dijo alterada.

—Esa es mi chica, creo que no podría dar marcha atrás. Estoy muy excitado y es por tu culpa.

Y empezó a moverse dentro de ella, llenándola por completo y ella empezó a sentir cosas que nunca había sentido antes y empezó a gemir y él supo que estaba cerca y sintió su orgasmo caliente surgir de su interior, mientras él también lo tenía.

Se levantó y fue al baño y al volver, la atrajo hacia su pecho y ella le acarició el pecho ancho y suave.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Ya lo sabes, no te hagas la tonta.

—No he encontrado al hombre ideal.

—Eso tiene gracia. Nos hemos conocido esta noche. ¿Qué tengo de ideal?

—No sé. He pensado que eras especial para mi primera vez. Eres guapo y sexy y tienes unos ojos que me encantan, ¿por qué no contigo? Alguno tenía que ser el primero y creo que he elegido bien. No creo que nunca me arrepienta.

—Gracias —eres una mujer sincera. Y me alegro de esto.

— ¿Nunca lo has hecho con una virgen?

—Nunca. Ha sido especial. Eres enigmática, pequeña. Es difícil encontrar hoy en día una chica que a tu edad no haya tenido relaciones sexuales. Sobre todo siendo tan guapa.

—Siempre hay alguna.

—Ya no queda ninguna. Tú eras la última mohicana.

—¡Qué bobo! Me ha gustado mucho. Ha sido especial. Gracias por haber sido tan delicado.

—Aún no hemos terminado.

—¿No? —preguntó ingenua.

—No, nos queda toda la noche. Luego ya no nos veremos más.

—Te pido un favor, Rubén. No se lo digas a tu hermana por favor.

—No le cuento mis relaciones sexuales a mi hermana, pero no te preocupes. Esto es como las Vegas. Lo que ocurra en este hotel, se quedará en este hotel.

—Gracias. Yo trabajo muy bien con tu hermana. Es mi amiga y como no nos volveremos a ver, lo mejor es no comentarlo.

—Ya te lo he prometido.

—Pero esta en especial, ¿vale? Por si te pregunta, nos vio irnos juntos. Dile que fuimos a dar una vuelta. Yo le diré lo mismo.

—Como quieras.

Y siguieron haciendo el amor, durante la noche, tres veces más, hasta que amaneció y ella, se quedó dormida. Él le enseñó a hacer cosas que ella desconocía que existieran y a tener sensaciones que nunca en su vida había experimentado.

Y fue lo más maravilloso que había experimentado en su vida. Se había perdido tanto... o quizá con quien se lo había perdido era con ese hombre.

No creía que existiera de momento otro como él para lo que habían compartido y le resultaría difícil olvidar esa hermosa noche.

Cuando despertó, sobre las once de la mañana, Rubén ya no estaba y aunque quedaron en ese punto, sintió un vacío y una nostalgia que sabía que nadie

llenaría jamás como ese hombre.

Olió su lado de la cama y se aferró a la almohada, respirando el último resquicio antes de seguir con su vida. Eso sí, con una cierta melancolía.

Pero la vida seguía...

Hizo la maleta, pidió el desayuno y se fue a seguir con su vida y con sus objetivos. Ahora era una mujer que había probado el sexo. Se sintió satisfecha y completa. Una mujer más segura y distinta.

Sí que lo que pasaba en ese hotel ahí se quedaba, pero ella salió del hotel, siendo otra mujer. Había rellenado unos renglones vacíos en su vida.

Y no los había rellenado un hombre cualquiera, sino uno especial que hacía el amor y besaba como un dios.

Le resultaría complicado y difícil olvidar la noche anterior. Ella jamás se había portado tan impulsivamente con un hombre, pero ese no era un hombre cualquiera y le iba a costar encontrar a otro que se le asemejara.

Había sido dulce y tierno con ella, apasionado y voraz, seguro de sí mismo y de que provocaba en las mujeres una sexualidad difícil de superar y ella no era una mujer distinta a las demás.

En cuanto se sentó aquella noche a su lado en la mesa y se puso roja por lo que le dijo, sabía que ese hombre llevaba la palabra *problemas* en la frente.

Martina, había dedicado su vida a estudiar y trabajar nada más salir de la Universidad, y allí la mayoría eran chicas en esa carrera, por tanto pocos hombres. Así que pocos hombres podía ella conocer.

Sabía que había hecho una especie de pacto. Nada después, pero también sabía en su fuero interno que ese hombre había dejado huella en su cuerpo para siempre y eso le iba a costar olvidarlo. Era el primero, y no un primero cualquiera y eso es difícil de olvidar para su forma de ser.

Si lo hacía, era a base de lo de siempre. Estudiar, estudiar y estudiar.

Nunca le preguntaría a su hermana por él. Si ella hablaba de su hermano se enteraría de algo, pero no le preguntaría.

Rubén, tenía su vida y ella iba a lograr sus objetivos marcados, costase lo que costase.

Pero jamás olvidaría esa noche hermosa ni ese hombre hermoso. Ya su hermana le había dicho que no se comprometía con ninguna mujer, que salía a su antojo con muchas, pero para ella había sido inolvidable.

No le importaba cómo siguiera su vida Rubén, aunque le daba una pena tremenda, no salir con un tipo como ese. Podría enamorarse fácilmente.

Pero sabía que no iba a ser así. Rubén no se enamoraba nunca. Se lo había dicho sinceramente por la noche y además serio, poniendo sus condiciones.

Y ella tampoco es que quisiera ahora una relación, salvo con él, tenía que reconocerlo.

Si le hubiese pedido otra cita, ella se la hubiese dado sin pensar, pero quizá todo era mejor así, no desviarse de sus propósitos y objetivos.

Era una soñadora y una romántica y sabía que si hubiese vuelto a salir a con él, podía perder el rumbo que se había marcado laboralmente y uno de sus objetivos estaba a punto de cumplirse.

El Master y luego tenía seis meses de estudio intensivo para conseguir una plaza en los Servicios Sociales de Alcalá y tenía que luchar con las que ya tenían puntuaciones y trabajaban allí.

Luego, si tenía suerte y se sacaba una plaza, en unos meses, se independizaría de su casa, aunque sus padres eran perfectos para ella, necesitaba su espacio.

Para cuando acabara todo esto, tendría ya casi veintiséis años y quería tener un piso alquilado para ella. Vivir sola.

Ella tenía que estudiar y sacar mucha más puntuación que el resto de las que el Ayuntamiento tenía contratadas y con un Rubén, no lo lograría nunca.

Pero lo iba a echar de menos y jamás lo olvidaría y menos teniendo como amiga a su hermana.

Así que prefirió olvidarse de él. O al menos dejarlo aparcado.

Le había hecho un favor... más bien dos favores y le daba las gracias.

Había conseguido dejar de ser virgen y tenerlo con un hombre con mucha experiencia, lo cual lo hacía doblemente sensual y erótico y no se habían hecho promesas de ninguna clase. Él la había tratado muy bien y había sido tan claro como ella. Y sería difícil volver a verlo. Tenía una vida repleta de buen sexo y ella una repleta de libros.

Así que cada uno seguiría con su vida. Pero, ¿por qué no se sentía del todo feliz?

CAPÍTULO 1

Eran las seis de la mañana y esa noche fría y helada de finales de Enero, había sido larga y fría. Una jornada nocturna muy movidita y que se le había hecho un mes, más que una noche. Un maltratador había acudido borracho a su casa de madrugada y quería agredir a su mujer y a los niños.

Los vecinos dieron parte a la policía y se confirmó que tenía una orden de alejamiento y varias denuncias por maltrato, y tuvieron que realizar una salida urgente, porque estaba fichado como maltratador, y debía llevarse a la mujer e hijos urgentemente a una casa de acogida en la Provincia de Cuenca.

Al final los policías del equipo con en el que Martina trabajaba, Pablo y Javier, se llevaron al señor en cuestión para ser pasado a disposición judicial y ella tuvo que llevarse a la señora y a los niños a la casa de acogida con todo el protocolo que eso suponía.

Cuando volvió, estaba cansada pero al menos terminó todo de forma satisfactoria.

Así que ya había amanecido cuando volvió. Se paró en la cafetería de Roberto a desayunar. Para colmo empezaba a llover y ella estaba sin paraguas.

Aparcó el coche al lado de la única cafetería que abría temprano y que había cerca de su urbanización, donde tenía su apartamento.

Roberto era un señor de unos cincuenta y cinco años, de estatura normal y complexión fuerte. Tenía el pelo castaño y unos ojos marrones y risueños.

Era andaluz, de Málaga, muy gracioso y a ella le parecía un hombre cálido y buena persona. Abría la cafetería muy temprano, lo que a ella le venía de maravilla, sobre todo cuando tenía guardias nocturnas y venía de madrugada del trabajo.

Y Martina, iba con frecuencia a desayunar, casi todos los días, sobre todo cuando tenía una entrada de madrugada y los fines de semana también.

Se sentía a gusto allí y hablaba con Roberto y se conocían ya. Y Roberto, se preocupaba por ella, porque sabía a qué se dedicaba y le decía que tuviera cuidado.

Ya se conocían desde hacía ocho meses, desde que ella alquiló un apartamento en la urbanización de al lado.

Su cafetería abría sobre las seis de la mañana y cuando ella venía de los

turnos de noche se sentaba tranquilamente y desayunaba allí. Charlaba con él y leía el periódico. Intentaba relajarse de las salidas nocturnas y descargaba el estrés antes de irse a dormir.

A veces estaban los dos solos, hasta que llegaba su ayudante. Él le hacía un café y una tostadita y le ponía el periódico delante o se sentaba y charlaban unos minutos.

Menos mal que estaba abierto esa mañana y corrió bajo la lluvia hasta la cafetería.

—¡Hola Martina, mi niña! ¿Has estado de noche? —le preguntó porque se le notaba el cansancio en la cara y porque cuando tenía la jornada de día iba más tarde a desayunar.

—Sí, hijo, una noche de esas especiales. Estoy cansadísima —Sacudiéndose la lluvia que la había mojado desde el coche hasta el bar— ¡Cómo llueve!

—Tú eres buena en lo que haces. Pero tienes que tener cuidado. Ya te lo digo siempre. Que hay mucha gente mala por ahí. ¿Por qué no te has cogido un trabajo de oficina, mujer?

—Porque este me gusta, Roberto. Así descargo la adrenalina en tu cafetería. Además tengo trabajo de oficina también, más que salidas. Pero las combino. Lo que pasa es que tú no me ves.

—Pues ten cuidado, mi niña. Tengo que ponerte muchos desayunos aún—
Le dijo en plan paternal.

—Lo intento, lo intento. Además llevamos dos policías, no voy sola, hasta que llegan, no actuamos.

—Eso me deja más tranquilo, ¿De qué te pongo la tostadita... jamón?

—Sí, aceite y jamón.

—Toma el periódico, que te la voy a preparar.

Se quitó el abrigo y lo colgó detrás de la silla y antes de ojear el periódico, mientras Roberto, le preparaba el desayuno, miró por la ventana como caía la lluvia. Estaba amaneciendo. Le encantaba la lluvia de invierno, la nieve también.

Pronto empezaría Febrero. Le gustaba la lluvia y la nieve también, aunque hiciese frío, y verla caer a través de los cristales.

Le producía cierta nostalgia y melancolía. Aunque el invierno, era la estación que más le gustaba, a pesar del frío.

El fin de semana tendría que ver a sus padres si no tenía trabajo y comería con ellos.

También debía llamar a Tere, que hacía tiempo que no se veían, pero los

trabajos de ambas con sus guardias, lo hacían complicado.

Tere aprobó las oposiciones y le asignaron un ambulatorio. Dejó la Residencia, como ella, en cuanto aprobó las oposiciones.

El ambulatorio en el que trabajaba Tere, estaba cerca del distrito de Pedro, tuvieron mucha suerte, la verdad, así que se buscaron un piso y llevaban ya casi dos años viviendo juntos y pensaban casarse pronto.

Sin embargo, ella, terminó el Master, aprobó las oposiciones para el Ayuntamiento de Alcalá, se sacó el carnet de conducir y se compró un coche.

Su trabajo consistía en llevar la Violencia de Género junto con otra compañera, María, unos años mayor que ella, en los Servicios Sociales del Ayuntamiento, en la que se había especializado, así que llevaban el teléfono del trabajo encendido durante sus turnos porque si había un maltrato con denuncia y tenía que salir rápido y llevar a mujer e hijos si había, a los Servicios Sociales, si era de día y estaban abiertos o a la casa de acogida correspondiente, estuviese donde estuviese. Dependiendo de los casos. Cada caso, era distinto.

Realizar todo el papeleo y el seguimiento de los casos. Pero era lo que le encantaba.

El papeleo lo realizaba en el despacho del Ayuntamiento reservado en los Servicios Sociales para la Violencia de Género, cuando no tenía salidas.

Por lo general, la mayoría de las salidas, eran nocturnas, aunque también diurnas.

Esa noche había sido oscura y difícil, y a ella le tocaba estar de guardia. Se turnaban las guardias con su compañera María.

Un maltratador con orden de alejamiento había tratado de matar a su mujer y a sus hijos, así que se desplegaban policía, Servicios Sociales, que eran ella o su otra compañera María, la que estuviese de guardia, ambulancia, si era necesario, etc.

Era un trabajo de equipo multidisciplinar, que se reunían posteriormente una vez al mes, y semanalmente y se hablaban de los temas mensuales que habían surgido y los seguimientos.

Estaba encantada con el trabajo. Sabía que llevaba implícito un peligro, pero le gustaba.

Era rápida actuando. Debían serlo al igual que la policía, porque ese trabajo era así, lo requería.

Así que con respecto a su trabajo, no podía quejarse. Tenía trabajo de oficina y acción, por no hablar del peligro, tanto para las mujeres, como para ella, porque

los maltratadores no pensaban en ese momento. O estaban drogados, o bebidos, o simplemente tenían un propósito en mente porque eran agresores en potencia.

Al principio, le había costado, pero ya llevaba ocho meses y se había acostumbrado. Luego terminaba rendida, pero si el caso terminaba bien, se sentía satisfecha, ella y el equipo.

Pero había veces que no terminaba bien y entonces, se sentían impotentes. Los casos eran conflictivos y la mayoría en barrios marginales y peligrosos.

Algunas veces había llorado porque no habían podido realizar su trabajo. Otras con rabia porque la mujer perdonaba.

Y ellos sabían que algún día volverían y que las mujeres podían tener o no tener suerte. O sería el caso de una muerte anunciada.

Pero ese era en realidad su trabajo. Después, al día siguiente y los demás debían seguir sus casos, la evolución hasta el final y tomar las medidas necesarias con respecto a la familia atendida.

La mayoría de las mujeres, eran atendidas en casas de acogida. Se les daba ropa, comida o cama, o en pisos habilitados a tal fin.

Era un secreto dónde las llevaban. Allí las atendía una psicóloga y se les daba unos cursos de desenganche del maltratador.

Porque la violencia de género, era un círculo vicioso en el que a las maltratadas les costaba salir de allí. Y la prioridad era desengancharla y explicarle que existía otra vida para ella o sus hijos.

Algunas veces se les mandaba lejos cuando no estaban preparadas, porque no podían permanecer indefinidamente en las casas o pisos. Se les buscaba un trabajo o casa para que siguieran o empezaran una nueva vida, donde quisieran. Se les aconsejaba, pero ellas elegían, cuando estaban preparadas para ello.

Algunas salían antes de terminar su curso y su preparación y nada podía hacerse. Eran libres. Y esos eran casos perdidos para ellas.

Por otra parte, Martina vivía en un sitio tranquilo de Alcalá. Había alquilado un piso hacía ocho meses, de dos dormitorios, cuando se independizó y le asignaron su trabajo.

Uno de los dormitorios lo usaba como despacho y lo había ido amueblando cada mes a su gusto. Ya estaba completo, como ella quería. Su padre le había ayudado a pintarlo.

Era una nueva urbanización y en una comunidad con piscina, porque así en verano, ella disfrutaba del agua y hacía un poco de ejercicio.

Ya había disfrutado el verano anterior y se sentía relajada. Los vecinos eran todos parejas jóvenes y sabía que había algunos solteros como ella, pero no los conocía bien aún.

Sólo saludaba a la gente cuando se la encontraba en el edificio, pero como trabajaba a turnos, no coincidía lo suficiente como para haber hecho amistades más o menos sólidas en el edificio.

Esperaba conocerlos mejor el siguiente verano, con la piscina. Le gustaba llevarse bien con todo el mundo.

Y si podía ayudar a la gente, ayudaba. Siempre estaba dispuesta. Era su sino, ayudar a los demás. Por eso había estudiado Trabajo Social.

Veía la lluvia caer en la calle y se acordó de Rubén. No supo por qué motivo se acordó de él, pero lo hizo. Seguro que después de dos años que habían pasado, ya tendría novia, o viviría en pareja.

Nunca le había preguntado a su hermana y ella nunca le hablaba de él. Ni sabía siquiera donde trabajaba. Él le había dicho que era un secreto. Seguro era algo peligroso.

No había vuelto a tener relaciones con ningún hombre desde Rubén, por falta de tiempo más que nada.

Quería disfrutar de su soledad. Se había volcado, primero en terminar el Master, luego las oposiciones, independizarse y aprender su trabajo para ser una buena profesional. Aunque estaba Javier...

Aún tenía veinticinco años, casi veintiséis y salía donde quería e iba de viaje cuando tenía un fin de semana y le gustaba su soltería. Pero Rubén quedaba como en la distancia, en una nebulosa de recuerdos excitantes.

A veces echaba de menos, no una noche, sino a él. Pero las reglas eran las reglas y estaban para cumplirlas. Y aquello fue el sueño de una noche.

Le hubiese gustado que no tuviera nada que ver con Tere, pues siempre que la llamaba se acordaba de él, y eso hacía que le resultase más difícil de olvidarlo.

—¡Toma guapa! Tu tostada y tu café —la interrumpió Roberto con el desayuno— ¿Hoy prefieres la lluvia al periódico?

—Se me ha ido el santo al cielo.

—Espera que parece que hoy voy a tener clientes muy temprano. La policía, ¿no habrás robado algo, no? —bromeó.

—No, aún no, pero todo se andará- le dijo Martina riéndose.

En ese momento entraron dos policías que habían aparcado el coche tras el suyo. Miraron el bar y la vieron sola y saludaron.

— ¡Buenos días! —dijeron.

— ¡Buenos días! —saludó ella y el dueño de la cafetería.

Uno de los policías, el más alto, la miró, entornó los ojos y la enfocó, y a ella se le derramó un poco de café en la mesa. Era Rubén.

No podía olvidar aquellos ojos en ningún lugar de la tierra. Se puso toda nerviosa, mientras él se acercaba a su mesa y el otro se quedaba hablando con Roberto, pidiendo los cafés. Con la noche que había tenido, ahora que se estaba relajando, empezaba a temblar y bajó las manos al regazo, para que él no la viera temblar.

—¡Hola Martina! —la saludó con una amplia sonrisa.

—¡Hola Rubén! —evitando tocar nada, porque si lo hacía, se le iba a caer de los nervios lo que tenía.

—¿Qué tal te va, qué haces tan temprano en un bar sola?

—Me he dado a la bebida.

—¡Qué graciosa! —Mirando su desayuno y sonriendo.

—Salgo ahora del trabajo, tenía turno de noche.

—¿Sigues en la Residencia? —Si le hacía esa pregunta, significaba que nunca le preguntó a su hermana por ella. Bien. Le había importado un pepino, pero al menos se acordaba de su nombre. Ya era algo.

—No, soy funcionaria del Ayuntamiento. Aprobé las oposiciones. Violencia de género, maltratadores que se lleva la poli y yo me llevo a mujeres y niños a las casas de acogida. Esas cosillas.

—Esas cosillas... peligrosas.

—Bueno, es el trabajo que he escogido, como el tuyo. También es peligroso. Y tú, ¿qué haces aquí en Alcalá?

—Ahora vivo aquí. Surgió un traslado problemático y lo pedí.

— ¡Cómo no!... el hombre busca problemas.

—Como siempre, sí, vivo aquí cerca. He alquilado un piso.

—Yo también vivo aquí cerca. ¿No estarás en la urbanización nueva?

—Pues sí, en esa misma. Hace un mes o así que me he mudado.

—¡Vaya! No me lo puedo creer.

—¿Tú también vives ahí?

—Llevo ocho meses viviendo allí —afirmó.

—Oye tengo que irme, me tomo el café y me voy, pero quiero seguir en contacto contigo ¿me das tu teléfono?

—¿Para qué? —le preguntó insegura y miedosa.

—Para llamarte y salir algún día o que me invites a cenar a tu piso, mujer. No voy a comerte.

—Bueno —y se intercambiaron los teléfonos.

—¡Hasta luego guapa! Te llamaré.

—Vale. Adiós —sin poder articular una palabra más porque le temblaban hasta los labios.

Se agachó, le dio un beso en la mejilla, casi rozándole los labios. Sabía que lo había hecho a propósito, ¡que insoportable y qué guapo con el uniforme!

Ahora que empezaba a tener una vida, aparece de nuevo el hombre de sus sueños. Y ella temblando como una tonta adolescente.

¿Tenía la capacidad de ponerla nerviosa a estas alturas? Eso significaba que no lo había olvidado y que la intimidaba como cuando lo conoció. ¡Ay! ¡Dios!. Justo en el momento menos apropiado, aparece el pasado.

¡Qué problemas te pone la vida a veces por delante! Ese tema que estaba ya zanjado y lejano, volvía a ella como un huracán en forma de: *más guapo si cabe*.

Terminó el desayuno, ojeó media hora el periódico, más nerviosa de lo debido y se despidió de Roberto.

Tal como entró en casa, se duchó, y se echó en su enorme cama. Quería dormirse, pero con los nervios que tenía de haber visto a Rubén, no lo conseguía y se quedó pensando en la única noche que pasaron juntos dos años atrás.

Cómo él la había amado, y sobre todo lo radical y sincero que había sido. Ella también, la verdad. No estaban para relaciones en aquél tiempo.

Ella estaba a punto ahora de salir con uno de los dos policías que las acompañaban en sus salidas y que tenían asignados.

Se llamaba Javier y era un policía alto e impresionante de ojos azules. Era muy guapo. Sabía cómo la miraba y a ella le gustaba también.

Podría ser una relación bonita. Se llevaban muy bien y eran muy amigos. Ella sabía que era cuestión de días que le pidiera salir con él y le iba a decir que sí.

Él siempre la protegía cuando tenían las salidas y luego cuando estaba en el Ayuntamiento, salían a tomar algunas tapas, con la otra trabajadora de Violencia de Género y el otro policía Pablo, que era también alto, no tanto como ellos. Muy simpático y bromista. Pablo, tenía una novia guapísima y muy cariñosa, que se llamaba Rosa.

Eran un grupo que trabajaban muy bien juntos y por cómo la miraba Javier, sabía que era cuestión de tiempo que le pidiera salir y ella no iba a negarse.

Era tiempo de tener una pareja y le gustaba Javier. Tenían muchas cosas en común.

Y él era una persona simpática y extrovertida, pero era serio y se comprometía con las cosas y las relaciones y ese era el tipo de hombre que ella quería y necesitaba. Por no hablar del cuerpo y los ojos matadores azules como el cielo que tenía.

Pero la vida no era justa, porque estaba a nada de salir con Javier cuando aparece de nuevo en su vida Rubén y es cuando se le desmoronaron todos los propósitos.

Ver A Rubén de nuevo y olerlo, le trajeron y volvieron todos los recuerdos de la noche que pasó con él. Le había pedido el teléfono, lo que significaba que no salía con nadie, o al menos eso pensaba ella.

Era guapo a rabiar y lo que parecía que se había quedado en el hotel, había salido del hotel en forma de huracán, porque Rubén era un huracán que la llevaba.

Y eso lo cambió todo. Todo pasó a un segundo plano en cuanto él apareció por la rendija de su vida de nuevo.

Y no podía pensar en otra cosa y ni en otro hombre. ¿Dejaría que la sedujera de nuevo? Sintió por él un abrumador y tórrido deseo y necesitó que Febrero le trajera un beso intenso, como cuando lo conoció.

Algo tenía ese hombre que cuando sus labios mordían el espacio de sus labios, desplegaban alas las emociones hacía un camino sin nombre.

Pero sólo por parte de ella, que era una romántica, porque él seguía igual que siempre. Y eso la situaba en inferioridad de condiciones. No podía dejar que siguiera siendo el que llevara las riendas de sus emociones y sentimientos.

Ella recordó la piel de ella encadenada a la de Rubén en aquella primera vez que se amaron o tuvieron relaciones, más bien.

Y ahora... ¿qué iba a hacer? ¿Abrirle de nuevo su corazón? O vivir de nuevo un sublime instante como antaño. Eso estaba descartado.

Ya no estaba para instantes en la noche por muy sublimes que fueran ni que sus cuerpos se expresaran libres de ataduras.

Quería algún tipo de compromiso. Si Rubén quería algo con ella, sería algo más que un sueño flotando en el aire, quería algún tipo de compromiso que la hiciera sentir segura. Tampoco un anillo en el dedo, pero sí una historia más

duradera con fidelidad por ambas partes.

Debía estar preparada. Sabía que uno de estos días la llamaría y querría volver a repetir lo que pasó aquella noche y ella debía estar preparada para poner ahora sus normas.

Ni qué decir tiene que Rubén la excitaba y que con solo pensar en él en la cama, la hacía sentirse una mujer de arena en sus manos.

Nadie mojaba su viento como él, tampoco podía comparar, porque no tenía con qué ni con quién. Su recuerdo era una nube de sexo y sábanas húmedas.

Pero esta vez, ella había cambiado. No se conformaría con una noche y si te vi no me acuerdo. No, sería muy distinto, o saldría con Javier como tenía previsto.

Verlo de nuevo, tan guapo y tan imponente... no había cambiado nada. Estaba igual de viril y sexy, incluso más con el uniforme. Y ella se sentía como una hormiga a su lado.

Pero Martina, ya no era la misma Martina de antaño, ni deseaba lo mismo. Ya había dejado de ser virgen. Él se había ocupado de ello, dos años atrás y ahora si volvía, las cosas serían diferentes o no serían nada.

Ella no era como él, pasarlo bien un rato y dentro de otro mes otro ratito. No era de esas mujeres.

Ahora tenía otras prioridades. Era una mujer siempre con prioridades y objetivos y si le hablaban de relaciones, si acaso las tenía, habría compromiso y sobre todo fidelidad. Aún era joven, pero si Rubén, seguía siendo una vida loca, ella no le daría entrada en su vida.

Si en dos años no lo había olvidado, ahora podría hacerla sufrir y eso, no se lo iba a permitir a nadie. Para eso había chicas en el mercado que pensarán como él.

Ahora estaba dudosa entre Javier que era un encanto de hombre, pero no era tonto ni mucho menos. Estaba muy bien y era muy amigo suyo, le gustaba mucho. Y estaba Rubén, que seguía siendo un peligro para su salud mental.

Rubén, era un hombre sexual e impulsivo que la arrastraba. Podía permitirse vivir ahora esa historia que no quiso en su momento y ver qué pasaba.

Claro, siempre que él estuviese de acuerdo, pero no creía que él aceptase de ninguna manera y ella, no iba a aceptar que la dejase como la última vez. Sola por las mañanas.

Pensando en sus besos, esos del pasado, se quedó dormida hasta casi las tres

de la tarde.

Soñó con un hombre de uniforme alto, de pelo castaño y ojos verdes, que olía muy bien y en dos cuerpos desnudos dormitando bajo el sol.

CAPÍTULO 2

Tardó tres días en llamarla, que a ella se le hicieron eternos. Por un momento, pensó que nunca la llamaría, que le había pedido el teléfono por educación, nada más.

Estaba nerviosa desde que lo había visto aquella mañana. Se preguntaba qué pretendía con pedirle el teléfono. ¿Saldría con alguien? Eso es lo primero que tenía que enterarse, no porque le importara, que también en su fuero interno, le desagradaba si era así.

El principal motivo por el que necesitaba saber si tenía a alguna chica, era porque no quería tontear con tipos que tenían novia o amiga. No quería tener relación con él si estaba saliendo con alguna mujer. Su vida transcurría tranquila y esto le creaba cierta desesperanza y desazón.

Y si quería seguir teniendo esa vida de libertad con el resto de chicas de una noche, que no contara con ella. Saldría con Javier y lo olvidaría para siempre.

Cerraría esa etapa de su vida, que a pesar de haber sido de una noche, había sido una noche inolvidable y aún estaba presente en su vida.

Y ya era hora de pasar página. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que haber aparecido ahora, justo en estos momentos? Pensaba.

Le daba rabia y sabía que si tuviese que elegir, ahora mismo tendría que terminar lo que empezó con Rubén.

Era una historia que no había terminado y tenía que vivirla. Pero... Y ¿Javier? También le gustaba y era un buen chico.

Cuando la llamó, tres días más tarde Rubén, era de noche y Martina se disponía a cenar. Cuando vio el número sabía que era él:

—¡Hola Rubén! ¿Qué tal?

—¡Hola pequeña! ¿Cómo estás? He visto en el buzón que vives justo encima de mí. Toda una suerte

—¿Has mirado el buzón?

—Soy poli. No te he llamado antes porque estaba en una misión y no he podido.

—Lo que eres es, terrible. Mira que buscarme en el buzón... tienes mi teléfono. Bueno ¿y qué tal la misión?

—Acabada con éxito. Y, sí, soy terrible, y guapo.

—Y sin abuela.

—Bueno ¿qué haces?- riéndose con ella.

—Iba a cenar.

—¿Me invitas? Acabo de llegar y no tengo cena.

—Estoy en pijama y no sé si te gustará la comida.

—Te he visto con menos ropa que en pijama. Y de comer, me gusta... todo —lo decía con segundas intenciones y eso la ponía nerviosa.

—¡Calla!, de eso hace mucho tiempo. No lo nombres. Sube si quieres. Tengo pizza que he pedido y tendrás que compartir.

—¡Genial!, me encanta. Ya voy.

—No vengas con uniforme.

—Me llevo el pijama.

—Capaz serías...

Y le colgó. Al momento sonó el timbre y allí estaba ella, en zapatillas y pijama de florecillas, una cola alta en el pelo para estar cómoda, sin maquillar y él tan alto, con vaqueros y una camiseta negra de manga larga, que se le pegaba al cuerpo como un guante. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

—¡Hola guapa! —Se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Me gustan esas florecillas del pijama.

—Anda pasa y déjate de tonterías o te quedarás sin pizza. ¿Vino, cerveza, o refresco?

—Una cervecita. Me gusta tu casa y la decoración. Es muy bonita y coqueta —Admirando todos los rincones.

—Gracias, me ha costado ocho meses decorarla. No creas. He ido comprando los muebles y la decoración poco a poco.

—Pues está preciosa.

—¿Sofá o mesa?

—Depende para qué... —dijo con doble intención.

—Para cenar, déjate de guasas.

—Sofá y mesita.

Puso un mantel en la mesita cerca del sofá, unos vasos, servilletas, dos cervezas, una sin alcohol para ella y otra con alcohol para él, la pizza y unas tapitas de jamón, queso, aceitunas y pan.

—¡Qué bueno está esto! O será el hambre que tengo. Gracias por invitarme.

—De nada.

Se sentaron en el sofá y él le preguntó qué tal le había ido durante esos dos

años, si había conocido a algún hombre o estaba saliendo con alguien.

—Si estuviese saliendo con alguien no estarías aquí. No te habría invitado a mi casa en pijama.

—Somos vecinos, Martina, no seas tan estirada. Además soy hermano de tu amiga y poli. No estarías en mejores manos.

—Eso es lo que más me preocupa. Pero no, no estoy saliendo ahora con nadie. A lo mejor dentro de poco si me lo pide...

No quería darle a entender de no había tenido ninguna relación después de conocerlo aquella noche. Porque en realidad no había querido ni había conocido a un hombre que pudiera superarlo en “ese” sentido. Tampoco había tenido tiempo.

Pero estaba segura de que él si había salido con alguna chica y eso le dolía y no tenía por qué. Se atrevió a hacer la pregunta.

También quería que supiera que había alguien casi en puertas de pedirle salir. No que lo estaba esperando. Que supiera que tenía una vida.

—¿Y tú? ¿Has salido con alguien?

—No, pero no me he mantenido virgen. Me he acostado con algunas chicas. Sigo pensando lo mismo. No me gusta salir mucho tiempo con la misma chica. Me piden más de lo que estoy dispuesto a dar. Ya me entiendes. No he cambiado de parecer en ese sentido. ¿Y tú?

—Pues mira, yo ya he conseguido mis objetivos laborales y aunque sigo aprendiendo, sí, sí me gustaría tener una pareja y enamorarme. Y como te dije antes, quizá más pronto de lo que creo. Ya tengo edad. A veces me siento sola y me gustaría contarle mis cosas a un compañero o pareja y confiar en él. Una relación amorosa, bonita, una historia romántica. Yo no digo, casarme y tener hijos, pero enamorarme y ver dónde me lleva, sí. Soy una romántica. Y este chico me gusta y puede ser perfecto para mí.

Era una tontería, pero Rubén, sintió una pizca de celos que otro hombre la tocara, ahora que había aparecido de nuevo en su vida. Era una romántica. Sabía que él no podría darle amor, tampoco ella se lo había pedido.

Además hacía menos de una semana que se habían vuelto a ver y ya le estaba poniendo esa mujer su mundo patas arriba. Quería acostarse con ella, pero lo que ella proponía, era más de lo que le había dado a ninguna mujer.

Desde que la vio en la cafetería aquella mañana con el pelo mojado y cansada y sabiendo lo valiente que era en el trabajo que realizaba, sintió ganas de protegerla.

Pero más que ello, sintió deseo por ella, quería volver a repetir lo que pasó aquella noche que tan excitado se sintió por esa muñequita pequeña y virgen.

Después de Martina, ninguna mujer lo había atraído lo suficiente, ni su cuerpo encajaba como con el de ella. Lo que había sentido por y con ella y ser su primer hombre, le hacía sentir cierta posesión. Si no la hubiese visto... y para colmo vivía encima de él. El destino a veces era cruel.

—Y nosotros... ¿podemos ser amigos?

—¿Por qué no? Además somos vecinos. Y eres el hermano de mi amiga.

—¿Y algo más?

—¿Algo más?... como qué. ¿A qué te refieres exactamente?

—Ya sabes, como lo que ocurrió aquella noche. Fue especial y muy satisfactorio para ambos, no lo niegues.

—¿Has venido a eso? ¿A proponerme una noche de sexo?

—Dicho así parece...

—Parece lo que has venido a proponerme, ni más ni menos.

—Eres brutalmente sincera.

—Como siempre he sido Rubén. Sólo que tú conociste mi lado tímido, sexual, digamos. Pero ya no tengo ese lado virgen. Nos ocupamos de eliminarlo aquella noche. Ahora soy la Martina que era y que soy. La que no conoces.

—Pero no has respondido a mi pregunta —dijo mirándola a los ojos con una pequeña esperanza que se iba evaporando conforme le devolvía la mirada.

—No. Mi respuesta es no. Ya no te necesito para una noche. No soy virgen.

—Pero tendrás necesidades en cuanto al sexo.

—Claro, pero te digo una cosa. No volverá ocurrir lo de aquella noche. No me acuesto con mis amigos. Ni tampoco con personas a las que he visto solo una vez, ni tengo relaciones esporádicas. Por mucho que me guste el tipo en cuestión.

—Eres dura.

—No, soy así. Es como me gusta llevar mis relaciones. Tú llevas las tuyas a tu manera y yo las mías a mi manera también. Y no se parecen ninguna de las dos.

—Como tú quieras, pero podemos salir al cine, de tapitas o invitarnos a nuestras casas a cenar o a comer.

—Eso sí, si tenemos tiempo y coincidimos podemos hacerlo. No tengo inconveniente. Pero desde ya te advierto, que nada de sexo. Me he vuelto una chica formal en ese sentido, ahora lo que busco quiero que será duradero. Y si no, que sea una bella historia. No soy como tú, de flor en flor. Guapo. Por lo

menos en un principio quiero eso. No estoy para tonterías, después de lo que veo en mi trabajo... Soy una chica seria, Rubén. Así me educaron. Lo que pasó contigo aquella noche fue algo especial. Yo era virgen y quería experimentar el sexo. Tú eras especial y me arriesgué. Pero eso se acabó. Ya sé lo que es el sexo. Y ahora no quiero eso solamente. Y como te conozco y por lo que se ve, no has cambiado. Sólo seremos amigos. Nada más.

—¿Cómo sabes que no he cambiado? —preguntó a sabiendas que no había cambiado en absoluto su forma de pensar.

—Lo sé, me lo acabas de decir. Te gusta acostarte con una mujer y regocijarte en tu ego de hombre seguro de ti mismo y que hace disfrutar a las mujeres, para aumentar tu autoestima, y es cierto, lo admito por la parte que me tocó. Pero yo, no quiero ese tipo de hombre ahora. Me gustan los hombres serios o me quedo como estoy, que vivo perfectamente. Además puede que tenga algo en mente con otro policía que me mira bien y es un chico guapo y serio y quizá salga con él y vemos dónde llegamos. De momento sé que le gusto y a mí, me parece muy guapo y muy buena persona y empiezo a sentir algo por él. Creo que le queda poco tiempo para pedirme que salga con él. Y quizá le diga que sí. Ahí estamos, en ese punto.

—¿Y si te pidiera esa historia que tú quieres? Podríamos probar a ver dónde llegamos.

—¿No me lo estarás pidiendo sólo por el hecho de acostarte conmigo, no? ¿O porque hay otro? Porque entonces no te lo perdonaría nunca. Me gustas, lo sabes, no hace falta que te lo diga, pero no soportaría una mentira así. Preferiría que fueras sincero a la hora de pedirme las cosas. No me gustaría que me hicieras eso cuando estoy a punto de salir con un chico bueno.

Rubén tuvo un sentimiento que no le gustó nada. Y era una tontería, porque la había encontrado y ahora ella estaba a punto de salir con otro.

Lo que él le ofrecía es lo que ya le ofreció en el pasado, pero con ella tenía sentimientos contradictorios.

Quería salir con ella y hacerle el amor hasta dejarla sin respiración, pero por otro no quería compromisos de ninguna clase. Cenar y tener sexo o salir una tarde y tener sexo, o ver un partido y tener sexo. Y poco más.

Y ahora se daba cuenta de que aquella mujer que había sido para ella su primer hombre, pensaba ahora de manera diferente. Ahora ella, tenía otros objetivos. Martina siempre se movía por objetivos. ¿Por qué no disfrutar de la vida? Era muy joven, más que él. No tenía necesidad de atarse a nadie o tener

compromisos.

Eso le cambiaba sus planes. Había pensado esos tres días que había tenido que hacer unas salidas y no la había podido ver, que podían retomar esa noche y divertirse.

Pero ahora, las cosas habían cambiado.

—¿Por qué Martina?

—¿Por que qué?

—¿Por qué simplemente no puedes tener sexo sin complicaciones? Divertirnos y pasarlo bien. Me gustas. Me gustas mucho. Desde que te he vuelto a ver no he pensado en otra cosa que en poseerte de nuevo.

—No me digas esas cosas, por favor. Pero si acabamos de conocernos como quien dice.

—Eso no es así, aunque han pasado dos años, aún recuerdo tu cuerpo y tu piel —ella se puso roja—. Pero me costaría mucho ser fiel a una sola mujer. Podría intentarlo contigo.

—No puedo Rubén. No sería justa con mi forma de pensar y llevar mi vida. Tampoco quiero que tú cambies tus expectativas con las mujeres por tener una relación corta conmigo porque acabas de verme. No me lo merezco, ¿entiendes? Soy una mujer de compromisos. Eso no quiere decir anillo y boda, no me malinterpretes. Pero quiero salir con alguien que me respete, que no se acueste con otras mientras está conmigo. Si fuésemos amigos, podrías hacerlo y eso, yo no lo admitiría bajo ningún concepto. ¿Entiendes? Porque sufriría mucho y ya sufro bastante en el trabajo y quiero llegar a vieja. Quiero volver a casa y sentirme bien con un compañero que me entienda y me respete, que me mime y me comprenda y con el que compartir algo más que un rato de sexo. El sexo no lo es todo para mí. Es importante, no lo dudo, pero hay otras cosas maravillosas que quiero explorar.

—Está bien, no hablaremos más del asunto, por ahora. Esto no se ha acabado.

—Rubén, eres un hombre terco e impulsivo.

Cuando terminó de hablar, Rubén cambió de conversación y hablaron de su trabajo del de ella, de cosas banales, de su familia y de su hermana.

Él pensaba respetar sus decisiones, pero no iba a dejarla con otro. Eso ni de lejos. Tendría que pensar algo para recuperarla. Costase lo que le costase.

La había encontrado y no dejaba de pensar en ella. Él la había hecho mujer. Nunca había sentido con nadie lo que sintió por ella y desapareció antes de que

ella despertase por la mañana.

La dejó sola, Otro error del que se arrepentía. No hacía falta correr para haberla dejado sola en aquél momento tan importante para ella, pero la dejó.

Le gustaba, le gustaba mucho. Estaba más preciosa si cabe y no iba a dejar que otro policía se la arrebatase.

Iba a ser suya de nuevo. Ser el primero debía tener algo especial para una mujer como Martina y aún se ponía nerviosa en su presencia, lo que quería decir que aún sentía algo por él, que se sentía atraída por él.

A veces, la había recordado y sabía que mantenía contacto con su hermana, pero nunca le había querido preguntar. Sabía que era de Alcalá y que alguna vez podría encontrársela, pero no en esas circunstancias y tenerla tan cerca.

Había salido con más mujeres en esos dos años, como siempre, de la misma forma que llevaba sus relaciones.

Pero había pensado de vez en cuando en ella y en lo diferente que era al resto, pero no quería compromisos, ni familia, ni novia, ni nada por el estilo que lo atase.

Ahora, la había visto de nuevo, pero ya no era la Martina tímida que había conocido. Era irónica y sabía decirte a la cara lo que pensaba y lo que sentía sin miramientos ninguno.

Era sincera y directa. Y estaba a punto de salir con otro tipo, cuando él se había ilusionado con ella nada más verla de nuevo.

Ni loco dejaría que se la arrebatasen. Saldría con ella costase lo que costase. ¿Una historia? Pues tendría una historia bonita y cuando acabara, cada uno tomaría su camino.

Tendría que esforzarse y olvidarse del resto de las mujeres del mundo. Ella no se lo permitiría.

Así, que no había nada que hacer, salvo tener una historia con ella. Podría, ¿por qué no? Cuando se cansara de ella, o ella de él porque quisiera un compromiso más serio, se dejarían, pero le atraía mucho como para pensar que al día siguiente iba a poder dejarla.

Era guapa, era inteligente y era irónica y divertida. Y quería descubrir a la verdadera Martina. Esa faceta no la había conocido en ella.

El conoció a la mujer tímida e inexperta sexualmente, pero nada más. Ahora podría conocer a la verdadera Martina como una mujer interesante, valiente, irónica y divertida. Porque aquella noche, una sola noche no era suficiente para tener una idea de la forma de ser de una persona.

Pero él era muy inteligente y el haber estudiado psicología le daba cierta ventaja a la hora de tratar con las personas y mirar en su interior y sabía que Martina era valiosa y tenía ganas de conocerla.

Ella podía cambiar su forma de estar con las mujeres. Iba a tener una relación con ella. Se había decidido. Cuando a él se le metía algo entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo y Martina era suya desde el principio. Y la quería ya como el hombre impulsivo que era. No estaba dispuesto a esperar más.

No sabía si había tenido otras relaciones, pero desde luego iba a ser para ella un hombre que le dejara huella.

Eso sí, no quería hacerle daño ni que saliera herida. Tendría tacto con ella y la trataría bien, pero tendría que usar sus armas para salir con ella. Esas que tan bien le funcionaban con las mujeres.

Esa noche cuando se despidió de ella y fue a su casa, pensó en las cosas que iba a hacer con ella y se sintió excitado. Incluso había estado excitado con ella y su pijamilla de flores.

Y recordó cuando la conoció dos años antes, en el salón cuando le dieron la placa de policía.

Había estado pendiente de cada uno de sus movimientos, y cuando se levantaron a la barra del balanceo de sus caderas. Esas que luego acarició con sus manos para entrar en ella.

Nunca había estado con una mujer virgen y eso fue sublime, a pesar de que si lo hubiese sabido nunca se hubiese acostado con ella, pero cuando estaba dentro de sus cuerpo, no tenía escapatoria y tuvo que seguir hasta adentrarse en ella con la máxima delicadeza.

La segunda vez que lo hicieron, ella estaba más relajada y él sintió su orgasmo húmedo y caliente en su vientre y no pudo contenerse.

Las mujeres con las que salían, a veces fingían. Pero ella era sincera con todo y respondía a sus caricias y a su cuerpo sinceramente. Bueno, había respondido.

Sus manos le hacían caricias y ella era arena en sus manos. La tocaba y se derretía y no creía que las cosas hubieran cambiado mucho.

Sabía por experiencia que el primer hombre no se olvida. Le encantaba su voz, como el rocío de la mañana. Y la forma de mirarlo y enfrentarse a él, a pesar de lo pequeña que era y luchaba por sus valores y por su forma de pensar.

Quería tocar de nuevo sus pechos, duros y levantados y su sexo como un volcán rápido y breve hasta despertar su lluvia joven.

Habían hecho el amor unas cuantas veces aquella noche, pero ahora que la

había visto, necesitaba más. Era como una obsesión y tenía que descubrir a esa obsesión llamada Martina y tenerla bajo su cuerpo, oler su fragancia y su aroma y meterse en su cuerpo hasta hacerla enloquecer de placer. Y lo lograría.

Esa pequeña tigresa sería suya de nuevo, sí o sí.

CAPÍTULO 3

La semana pasó rápido, ella tuvo algunas noches de trabajo y él también. El jueves por la noche, Rubén, subió a su casa y llamó a la puerta. Ella le abrió con una toalla en la cabeza y un chándal. Acababa de salir de la ducha y a él le pareció preciosa. Nunca iba muy maquillada, pero con la cara lavada y limpia era guapa y estaba radiante. No llevaba sujetador y se dio cuenta y se excitó al instante como un adolescente.

—¿Hola, qué pasa Rubén? ¿No tienes cena? —le preguntó irónica.

—Muy graciosa, no, quería saber si has cenado o tienes que trabajar. Invito yo a la cena esta noche.

—No estaría mal, aún no he hecho nada. Acabo de llegar.

—¿Pedimos hamburguesas, pizza, china?

—Hamburguesas, si te apetece.

—Te espero en mi casa en media hora.

Le dio un beso rápido en los labios y la dejó allí en el marco de la puerta, sin darle tiempo a protestar.

Se secó el pelo y se puso brillo en los labios y se echó colonia fresca. No pensaba cambiarse de ropa. No tenía ganas de quitarse el chándal después de un día duro de trabajo.

Cuando salieran fuera, si algún día salían, ya se arreglaría. Tenerlo como vecino de abajo, la tenía alterada, pues tenía que tener cuidado con los ruidos.

Cuando llegó a su casa, la invitó a entrar y se la enseñó, como ella había hecho la semana anterior. Su estilo era minimalista y no tenía muchos muebles. Un estilo masculino, pero limpio y con pocos, los suficientes, pero muebles nuevos.

—Tu casa es más bonita, ya lo sé —mientras ponía la mesa.

—La tuya no está mal. Es muy masculina.

—Me hacen falta algunos muebles más. Ya iré comprando algunos. Apenas he tenido tiempo.

Se sentaron en el gran sofá que presidía su salón y hablaron de la semana de trabajo y de que el fin de semana lo tenían los dos libre.

Rubén, le propuso irse de viaje a algún sitio, a la sierra y dormir una noche fuera. Aunque dudó un momento de sus intenciones, pensó que le vendría bien,

ya que los trabajos de los dos eran muy estresantes y tenía ganas de irse un par de días fuera.

—Me encantaría. Sí, iré contigo. Tengo ganas de irme un par de días por ahí y despejarme.

—Déjame elegir el lugar a mí. Será un secreto y te gustará. Es un lugar precioso y te va a encantar. Poca gente lo conoce. Yo voy algunos fines de semana a despejarme.

—Con chicas —dijo afirmando más que preguntando.

—No, nunca he llevado a ninguna. De hecho, tú serás la primera.

—Me resulta raro, pero te creo. Muy bien. Lo dejo en tus manos. Creo que estaré segura.

—Estarás segura en mis manos ¡Estás preciosa!

Y sin previo aviso, acercó su boca a la de ella y la besó, en los labios. Esa era su intención, pero ella no se retiró y profundizó el beso. Martina no se resistió y lo abrazó por el cuello y le tocó el pelo y Rubén sintió a través de la camiseta de chándal cómo se le ponían los pezones duros. Bajó una mano, la metió entre su camiseta y se los pellizcó, mientras la besaba y ella gemía, terminaron los dos en el sofá tumbados. Ella temblaba bajo su cuerpo, pues hacía dos años que no había tenido sexo y él era irresistible.

Sentía como su miembro se estiraba y engrandecía para ella y aunque su parte racional decía que no, no podía resistirse a las caricias de ese hombre y nunca podría. Le bajó los pantalones, metiendo la mano entre sus cuerpos de manera que sus dedos tocaron su sexo apartando sus braguitas y ella gemía y apretaba, lo apretaba, mojándose para él.

Él estaba tan excitado, que sólo acertó a ponerse un preservativo, bajarse los pantalones y penetrarla sin más preámbulos que el ansia de poseerla, como si hubiese pasado una eternidad desde la primera y última vez que lo hizo.

Martina, gritó enloquecida, mientras sentía como se perdía su respiración entre el deseo y las ganas de tener dentro a ese hombre tan guapo y que necesitaba como el aire que le faltaba.

Él se movió rápido dentro de ella, sin espera y cuando iba a llegar a lo más alto, ella gritó su nombre y estalló en mil pedazos junto con él.

Cuando recobraron las respiraciones, él seguía abrazándola.

—No voy a decir lo siento, pequeña, porque no lo siento. Te necesitaba. Necesitaba poseerte. No he olvidado aquella noche y ahora no creo que pueda saciarme de ti.

—Yo tampoco lo siento. Desde aquella noche no he...

—¿No has tenido relaciones entonces con nadie desde...? ¿en dos años? — dijo mirándola a la cara.

—No —dijo avergonzada, mientras se vestía.

Por un lado, pensó que ella era una persona especial, por otro tuvo miedo de que se enamorara de él. No había cambiado de forma de pensar.

Pero por otro lado, pensar que otro hombre pudiera tocarla, le producía una cierta inquietud, inseguridad y celos. Tuvo que reconocerlo. Pero saber que sólo él la había tocado dos veces, le producía cierta inquietud. No había vivido nada como eso y no sabía manejarlo.

—Martina... sigo pensando igual sobre enamorarme y no quiero hacerte daño, pero me gustaría salir contigo. Podríamos salir y ver qué pasa, dónde nos lleva. Sexualmente somos muy compatibles y nos lo podemos pasar bien sin ataduras. Yo te seré fiel, eso no lo dudas.

—No sé, solo con una condición. Porque eso no podría soportarlo. No voy a enamorarme de ti y tú de mí tampoco, seremos amigos, saldremos, novios, lo que quieras, pero jamás consentiría que mientras estés conmigo, te acuestes con otras mujeres.

—¿Por quién me tomas? Ya te lo he dicho. No habrá otra mujer mientras estés tú.

—Por un hombre espectacular al que persiguen las mujeres y al que le gustan por igual.

—Me duele que tengas ese concepto de mí.

—No te conozco lo suficiente. Sólo lo que tú me has dicho. Tú lo tienes muy claro y yo también y aunque no tengamos amor, tendremos un compromiso. Si no, no estaré contigo.

—Te prometo que mientras estemos juntos no habrá otra mujer para mí y ningún hombre para ti tampoco. Eres guapa, inteligente, una gran mujer y soy celoso. Y desde ahora tengo un compromiso de respeto mutuo contigo.

—Bien. Te creo.

—Bien. Ven aquí, y sellemos nuestra relación con un beso, pequeña, que me vuelves loco.

Y volvieron a hacer de nuevo el amor más lentamente esta vez. Cuando acabaron, pidieron las hamburguesas.

Quedaron el sábado por la mañana sobre las nueve para irse de viaje. Ella avisó a sus padres de que se iba con un amigo para desconcierto de sus padres que ya estaban haciendo planes para conocerlo. Metió en un bolso lo imprescindible y bajó a su piso.

—Ya estoy lista.

—¡Buenos días encanto! —la cogió con un brazo solamente pegándola a su cuerpo fuerte y la levantó en volandas dándole un beso que la dejó mareada.

—Déjame en el suelo tonto —dijo entre risas.

Cuanto más tiempo pasaba con él y mientras iban en el coche, más conocía su lado divertido. Era un hombre serio, pero en su relación con ella, era divertido y loco y hasta ese momento no se había aburrido ni un segundo.

Al cabo de una hora, el coche salió de la autopista y tomó una carretera general y luego otra local. Conforme subían por la carretera a la sierra, el paisaje se volvía verde y frondoso. Se respiraba aire puro.

Martina abrió la ventanilla y podía oler los árboles. Rubén la miraba de reojo y sentía como disfrutaba del paisaje y del silencio.

Y fue un momento mágico. Tuvo que reconocerlo. Los silencios a veces hablaban más que las palabras.

Le preguntó por su familia y ella le dijo que era hija única y que sus padres vivían aún en Alcalá. Solía ir algunos fines de semana comer con ellos, si tenía ganas y si no durante la semana el día que tuviese libre, pero siempre los veía todas las semanas al menos una vez.

Su padre había sido ferroviario y ya se había prejubilado y su madre era ama de casa. Siempre habían estado pendientes de ella. Por eso en cuanto pudo, se independizó, por ellos y por ella misma.

Su madre no estuvo de acuerdo, no quería estar sin ella en casa y le costó al principio, pero ella no cejó en su empeño.

Quería una vida libre, hacer lo que le apeteciera y además ya era mayor para hacerlo y sus padres merecían también un descanso.

Empezaron a viajar de vez en cuando y ella era feliz. Feliz con su trabajo, aunque tuviese que salir a veces en mitad de la noche o del día e ir a barrios problemáticos o no ten problemáticos. Donde surgiera el maltrato.

Se ponía el uniforme del Ayuntamiento y eso infundía respeto. A veces había estado en medio de algún altercado, pero era su trabajo. Además estaban los dos policías asignados, que eran los que recibían la orden, tras la denuncia o la

llamada de los vecinos y todo el equipo, se ponía en marcha.

Rubén se preocupó al principio. Los maltratadores eran peligrosos y él lo sabía de sobra, de hecho, su trabajo no era menos peligroso, pero él era un hombre. Cuando se lo dijo a Martina, ésta le dijo que ese era un pensamiento machista.

Él le dijo que ahora se preocupaba de ella. Pero ella había luchado mucho por ese trabajo que le encantaba.

Rescatar a mujeres desvalidas y enganchadas al círculo de la violencia de género, y poder llevarlas a un lugar seguro junto con sus hijos, a un piso destinado a ello o a una casa de acogida.

Era la encargada de llegar y recoger y luego hacer el seguimiento. Si tenían que llevarse a la mujer a otra Comunidad Autónoma o a otra provincia, en mitad del camino, la recogían de la otra comunidad, en un lugar acordado. O ella la llevaba hasta el final.

Después le preguntó a él, porque ella había hablado mucho, pero le dijo que en otro momento. Le encantaba oírla. Era graciosa e interesante.

El tiempo se pasó volando y llegaron a un hotelito con encanto que había en la cima de una sierra. Abajo había un pequeño lago. El lugar era maravilloso. Aparcó el coche en el aparcamiento que había fuera del hotel y salieron del coche admirando las vistas.

—¡Es precioso, Rubén! Nunca había estado aquí ni había oído hablar de este lugar.

El la abrazó por detrás con fuerza y bajando su cabeza, la besó en el cuello mientras miraban el paisaje y el lago. Ella se recostó en su pecho aspirando algo parecido a la felicidad. Empezó a besarla en el cuello, en la oreja...

—¡Para loco que no llegamos! Y nos van a ver.

—Eso me encantaría. No llegar y poseerte aquí mismo. Me daría igual que nos vieses.

—¡Qué bruto eres! Dime cómo se llama este sitio anda.

—*El paraje del lago*, igual que el hotel. Es pequeño, pero me encanta venir a veces cuando necesito desconectar. Y no, no me mires así, no he traído a ninguna mujer. Tú eres la primera. Ya te lo he dicho, pero sigues sin creerme.

—¿Ahora eres adivino? —Mientras se empinaba, lo abrazaba y lo besaba en los labios—. Te creo.

—Gracias por creerme. Soy un poli listo y tú un libro abierto para mí.

—Voy a tener que remediar eso. Anda vamos dentro.

Les dieron una habitación con vistas al lago y pidieron la habitación con pensión completa, ya que no había restaurantes cerca. Sólo un pequeño pueblo, a unos kilómetros, pero por si acaso, ellos no tenían ganas de salir.

No la dejó que pagara y ella se enfadó. Le prometió que la próxima vez pagaría ella. Sería su rinconcito privado. Un lugar para recordar.

La habitación era muy limpia y preciosa, con una gran cama y un baño igual de grande, un armario, un escritorio, un silloncito, televisión, un sofá y un par de balancines en el balcón, con el propósito de admirar las vistas nocturnas o disfrutar de ese espacio.

—¡Me encanta Rubén! ¡Es maravilloso! ¡Mira qué paisaje! De noche debe ser precioso.

—Eres muy fácil de contentar, pequeña.

—No creas. En algunos aspectos soy difícil de contentar y se fue acercando a él.

Sacaba un lado de ella que estaba descubriendo entre su timidez, pero con ese poli, se sentía libre para hacer sexualmente lo que quisiera, sin vergüenza ninguna. Lo sentía suyo y como suyo que era, iba a descubrir quién era la Martina distinta que él había cambiado, que la había hecho mujer.

Se acercó a él y se arrimó como una gatita en celo. Tocó con sus manos pequeñas, su sexo por encima del pantalón y sintió como éste se erguía para ella. Él no se lo esperaba y se quedó sorprendido por su reacción.

—¿Quién eres y qué has hecho con Martina? —le dijo.

Mientras, la cogía y la besaba con pasión. La levantó contra la pared y le subió la falda de vuelo que llevaba.

Ella le abría la cremallera del pantalón y liberó su sexo duro y grande dispuesto para ella. Le apartó el tanga mientras con la otra mano rasgaba un preservativo y la poseyó contra la pared con una pasión desenfrenada, como un adolescente.

Ella estaba húmeda y él le mordisqueaba los pezones, mientras ella galopaba con él y gemía. Creía que iba a morir de placer. Nadie sería como Rubén.

Nunca.

Eso lo sabía de sobra. Gritó su nombre y, él la besó mientras tenían un orgasmo a la vez, como una llama encendida.

Terminaron en la cama, extenuados y abrazados a medio vestir.

—Si esto va a ser siempre así, vas a matarme. He creado un monstruo.

Se quedaron un rato dormidos y cuando eran las doce, ella despertó y lo

llamó para que salieran a ver el paisaje antes de comer. La cogió y la montó encima de él.

—Ni hablar, en la siesta. Vamos vago, a levantarse. Tenemos que bajar al lago. He traído bañador. ¿Estará muy fría el agua?

—Me temo que sí, pero podemos probar, aún estamos en invierno. Cuando sea verano venimos y nos bañamos. Vamos a probar por si acaso, hace un día espléndido.

—Quedan casi dos meses para la primavera pero hace un buen día de sol y voy a probar ese laguito. —Dijo ella con total seguridad.

—Estás un poco loca.

—Venga arribaaaa...

Le costó levantarse, pero Martina no estaba dispuesta a quedarse el fin de semana en la cama, había tiempo para todo.

Cogieron toallas, y un bolso con unas cuantas cosas y bajaron por el sendero de madera al lago. El sendero era sinuoso y muy bonito. A ella le encantó.

Rubén la miraba a ella porque disfrutaba con pequeñas cosas y eso la hacía feliz a Martina y a Rubén, porque sabía que no era una mujer exigente.

Aunque llevaban muy poco tiempo saliendo juntos, cada vez la conocía mejor y más quería estar con ella aunque se temía que era una romántica. Y eso significaba “*peligro*”. Pero le gustaba que ella fuese romántica.

Al llegar al lago, el sendero de madera, se bifurcaba a la derecha para seguir bordeando el lago. Ella quiso seguirlo hasta el final. El lago no era muy grande y el sendero rodeaba el lago hasta llegar justo al otro lado por un puente colgante de madera. Allí se quedaron, en el otro lado.

Se sentaron un rato y ella intentó meter el pie en el agua. No estaba tan fría y decidió meterse.

—No me digas que vas a meterte ahí, Martina el agua debe estar muy fría, te vas a resfriar.

—No está fría, ¡ven! Cobardica.

La siguió y lo cierto era que no estaba tan fría, además daba el sol en todo el lago y apretaba un poco, con lo cual, se metió con ella en el lago, que ya chapuceaba y nadaba en el agua.

Era cabezota, aunque lo cierto es que el agua estaba buena. La alcanzó, la levantó en volandas y la tiró al agua de nuevo, jugando con ella.

—No te atrevas... Rubennn.

Así estuvieron un rato, jugando en el agua y abrazándose también. El bikini

le quedaba genial y le encantaba su cuerpo de sirena pequeña, sus pechos generosos.

Con ella lo pasaba muy bien. No se había aburrido hasta ese momento. Y esperaba no hacerlo. Cuanto más la conocía, más le iba gustando.

Era una mujer culta, que leía de todo y podía hablar de cualquier tema con ella.

Cuando se cansaron del agua, salieron y se tumbaron en las toallas para secarse.

—¿El lunes tienes guardia? —le preguntó Rubén.

—Tengo toda la semana de mañana, pero si hay una urgencia extra en la que mi compañera no pueda acudir, ya sea de tarde o noche tengo que ir. Ya sabes. Pero en principio, tenemos la reunión con el equipo, para valorar la semana pasada y después, llamadas y valoraciones en el despacho. Entro a las ocho, y tú, ¿qué tal tienes la semana?

—En principio tengo de mañana hasta las cuatro. Pero tengo que ir a Madrid por la tarde a hacer unas gestiones y de paso iré a casa de mis padres a verlos. Si vengo temprano, cenamos. Si no, nos vemos el martes, ¿te parece?

—Si no surge nada, de acuerdo.

De todas formas, desde que empezaron a salir, los anteriores días, él le había mandado mensajitos en el móvil siempre y ella le contestaba mientras estaban en el trabajo y podían. “hola guapa, te echo de menos, qué haces pequeña, chiquitina, te deseo” y otras palabras y mensajes con emoticonos que a ella le encantaban, le hacían reír y era feliz. No conocía esa faceta de Rubén, pero le encantaba.

Cuando estuvieron secos, les entró hambre y subieron a comer. Almorzaron en una terraza a la entrada del hotelito. Corría una brisa fresca y se estaba a la perfección. Posteriormente subieron a la habitación. Ella dijo que iba a darse una ducha antes de echar la siesta. Una vez en la ducha, él se metió y ella se asustó dando un grito.

—¡Tonto que me has asustado!

—¡Shhhh, calla, ven que te eche el gel!

Ella siguiendo su instinto de mujer renovada sexualmente, quiso lavarlo también y cuando lo tuvo de frente, se agachó y empezó a masajear su sexo que

se erguía sin querer, lo enjuagó y empezó a lamerlo y a chuparlo, mientras lo movía con sus manos de viento. Él cerraba los ojos y le sujetaba la cabeza, consiguiendo apenas decir:

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Leo mucho, calla, déjame darte placer. Déjate llevar.

Cuando explotó Rubén, no podía respirar, la levantó y la besó con pasión. Lo que le hacía esa mujer, lo que sentía por ella, era distinto a todo lo anterior que hubiese conocido y tenía la suficiente experiencia para saberlo, pero Martina... si tuviese que elegir una mujer para pasar el resto de sus días, ella sería la ideal y sobre todo, la primera en su lista.

Lástima que él no fuera esa persona. Sabía que cuando se enamorara de otro hombre, él se quedaría solo y volvería a su vida de antes.

Habían acordado, salir, pero ella, ya le expuso sus condiciones, si se enamoraba de otro hombre se lo diría y quedarían como amigos, porque ella, sí quería formar una familia y él no.

Al pensar en ello y mientras se secaban, sintió miedo de que ella se enamorara de otro. ¿Por qué no podían seguir las cosas así? De momento no tenían ningún problema, puede que ella no se enamorara nunca y poder seguir como hasta ahora, pero conociéndola, seguro que no serían las cosas como pensaba él.

Se acostaron desnudos y le empezó a chupar y mordisquear los pezones y ella sintió que su cuerpo respondía al hombre más sexy de la tierra para ella. Cuando la tocaba, siempre respondía, su cuerpo se retorció como una gatita en celo.

Fue bajando por su ombligo y lamió su sexo, lo besó tiernamente y con su lengua experta fue llevándola hasta dónde él la había enseñado. Luego la besó y se acostó a su lado.

—Me encanta verte cuando tienes un orgasmo y me encanta provocártelo, que te enciendas para mí. Y me encanta que te depiles.

Y poniéndose un preservativo la montó sobre su cuerpo y la penetró haciendo que ella cabalgase sobre él hasta que estallaron a la vez gritando sus nombres.

Se quedaron dormidos, lasos y felices hasta bien entrada la tarde.

Decidieron ir al pueblecito cuando despertaron y tomar café allí. Era muy pintoresco, tenía apenas unas cuantas casas y no habría más de cincuenta habitantes. De casas blancas y sólo una tienda que hacía las veces de cafetería de

restaurante, etc.

Tomaron un café y dieron una vuelta, se hicieron fotos en el pueblo, como se habían hecho en el hotel y en el lago. Desde allí las vistas eran preciosas.

A lo lejos mirando arriba, se veían las montañas, que estaban resurgiendo verdes y los árboles y flores. Todo estaba floreciendo como la primavera, antes de tiempo y se respiraba un aire puro maravilloso.

Que no sonara el teléfono era la perfección. Estaba refrescando y subieron al hotel y se sentaron en la terraza de la habitación, en los sillones y hablaron de varios temas y contemplaron el paisaje al anochecer.

—Martina, quiero preguntarte algo. Ya sabemos y estamos de acuerdo en los puntos de nuestra relación, pero quiero saber... ¿Y si te enamoras de otro hombre? Si quieres formar tu familia, esa que deseas, tener hijos...

—Te lo diría en su momento. Si me encuentro con un hombre que sepa que puede ser el padre de mis hijos y con el que quiera pasar el resto de mi vida, te lo diría sinceramente y seguiríamos siendo amigos, si tú quieres. A ti no te faltarían mujeres, ¡mírate!, eres guapo, alto, sexy, culto, tienes dos carreras, sabes muy bien hacer el amor, eres poli. El uniforme les gusta a muchas mujeres y eres divertido. Eres ideal como pareja.

—Pero no para casarse conmigo —dijo con cierta tristeza.

—Tú no quieres casarte ni tener familia. Has elegido la vida que has querido y no debes dejar que nadie te la cambie.

—¿Y si quiero cambiar?

—Me sorprendería mucho viniendo de ti. Pero siempre puedes hacerlo.

—Contéstame una cosa —queriendo indagar más en esos pensamientos que estaba teniendo.

—A ver, dime... que estás filosófico esta tarde.

—Si quisiera casarme y tener una familia... ¿sería el primero en tu lista?

—Siempre serías el primero en cualquiera de mis listas, guapo. Pero tú tienes claras tus prioridades y yo las mías. Es una tontería que divaguemos por algo que no sucederá.

Y eso a ella le dolía, porque estaba enamorada de Rubén desde el día que lo conoció. Sería su amor, era su amor a primera y a segunda vista, pero respetaba su forma de pensar y por ello, decidió estar con él hasta que se cansara de esa situación.

No le quedaba otro remedio, ni quería cambiar la forma de pensar de nadie y que nadie cambiara la suya.

Inclinándose, lo besó en la boca y le dijo que no se preocupara, que cuando ella, encontrara a otro o no quisiera seguir con esa situación, se lo diría. Pero que de él no se cansaría nunca.

Había sido su primer hombre y eso era difícil de olvidar, pero ella no era de las que se ataba a un imposible. Sufriría lo mínimo y ya sería bastante. ¡Cómo le hubiese gustado que Rubén pensara de otra forma!, pero nadie era perfecto, ni ella misma. Así que sabía que lo suyo ya llevaba fecha de caducidad. ¿El final? El tiempo lo diría.

—Pero me preocupa una cosa Martina...

—¿Qué cosa? —Parecía que estaba ese fin de semana muy pensativo.

—Me dijiste que estabas a punto de salir con otro hombre. Que le gustabas. Y que él te gustaba también.

—Sí y ¿qué? Ahora estoy contigo. Y existe de verdad. No creas que te lo dije para ponerte celoso ni nada de eso. Trabajo con él. Es policía. Es uno de los dos policías con los que trabajamos. Es un buen chico. Y es amigo mío.

—Pues eso me pone celoso. Que esté contigo todo el día. ¿Cómo se llama?

—¿Para qué lo quieres saber? No voy a decírtelo. Lo investigarás.

—Lo investigaré de todas maneras —dijo con convicción.

—Eres terco, celoso y posesivo, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé. No puedo evitarlo. Contigo, no puedo contenerme.

—Pues lo entendería si tuvieses otra forma de pensar, pero no se puede querer tener toda la libertad del mundo, que te sean fieles y que no miren a otro. ¿No te parece que eso es algo inusual y contradictorio?

—No, porque sólo me pasa contigo.

—Eso no es del todo cierto. Conmigo tampoco quieres compromisos. Quieres un cierto tiempo de fidelidad y compromiso digamos temporal, hasta que te canses, o yo te deje y me canse también, que todo puede pasar. No creo que soporte por mucho tiempo una relación así. Debes tenerlo en cuenta.

—No quiero tener nada en cuenta. Pensar que puedas dejarme, ahora mismo, no me gusta nada.

—¿Y pensar que quieras dejarme tú, crees que a mí me gusta? Tienes una forma egoísta de pensar Rubén y no te das cuenta de que el resto de las personas también son independientes a la hora de tomar sus propias decisiones. Esas que van a hacerlas felices. Y no sólo hacerte feliz a ti. Y eso es lo que tienes que asimilar. Yo te conozco y esto será para ti un tema de meses y me arriesgo a eso. Incluso me he arriesgado a perder a otra persona que quizá me hubiese hecho

feliz para siempre y lo he dejado por sólo un tiempo contigo. Lo nuestro no durará más. Te cansarás de mí y pasarás a tu fase exploratoria de nuevas mujeres. Estoy dispuesta a sufrir por ello, pero poco, porque sé el final.

—Y me cambiarás por otro, por ese al que le gustas.

—No sé qué pasará, pero lo cierto es que no te voy a guardar luto. Eso lo puedes dar por seguro. Quizá tarde un año, dos o un mes. En la vida nunca se sabe. Pero recuerda, serás tú el que quiera dejarlo. Y entonces no podrás reprocharme nada. Y en cuanto al otro, mi amigo, creo que también es dueño de sus deseos o prioridades y si sabe que salimos, no creo que me espere. Seguirá su vida como tendremos que seguirla después nosotros.

—Yo no pienso dejarte. Me lo paso muy bien contigo y eres única.

—No piensas dejarme ahora, de momento. Luego...

—Bueno, dejemos el tema —él no quería hablar ya más de algo que lo desazonaba, porque cada réplica y palabras que le decía Martina, en el fondo, sabía que tenía razón.

Por la noche hicieron el amor después de cenar y fue distinto y lento, como si él quisiera retenerla para siempre, que no lo olvidara.

Y no hacía falta. No iba a olvidarlo por más que lo pretendiera. Podría haber otros hombres y enamorarse de ellos, pero como Rubén... ninguno.

Cuando se levantaron por la mañana, volvieron a hacer el amor y desayunaron en la habitación del hotel. Rubén, se veía más contento que la noche anterior en la terraza dónde estuvieron y mantuvieron esa conversación.

Se tomaron su tiempo en desayunar.

Luego salieron a dar un paseo cerca del lago. Iban en silencio y ella pensó en la conversación de la noche anterior. Había estado muy filosófico y preocupado.

Tenía un pensamiento egoísta y lo quería todo. En el fondo, ella pensó que era una capa de inferioridad e inseguridad bajo el uniforme de hombre seguro.

Pero las cosas no podían ser tan fáciles para él. Había otras personas como ella, con otros pensamientos distintos y sobre todo con sentimientos.

El estar enamorada de Rubén, le iba a traer mucho dolor cuando lo dejara, porque tal como él pensaba, algún día lo tendría que dejar. No iba a pasar su vida en función de los deseos de otro, ni siquiera de Rubén.

Ella quería una familia, no ahora, más adelante. Pero, o él cambiaba o con el tiempo, ella lo dejaría cuando su reloj biológico le sonara, cuando ya su relación no fuese a ningún lado ni avanzara. Por eso no quería sufrir más de lo necesario, pero si se hacía a la idea, tenía que superarlo lo antes posible.

Rubén para ella, era amor, sexo, diversión, todo, pero también iban a ser lágrimas cualquier día. Por eso tenía una contradicción constante. Sí él fuese de otra manera...

Mientras llegaba ese momento iba a disfrutar de ese hombre que tenía otras muy buenas cualidades. Nadie era perfecto. Ni ella misma.

Martina se puso un tiempo como máximo y ya vería qué hacía después, según evolucionara Rubén en sus sentimientos con ella o en sus actuaciones. Si veía situaciones extrañas, lo dejaría.

No era tiempo aún que acababa de empezar a salir de plantearse tantas cuestiones y comerse la cabeza. Dejaría el tiempo que era sabio y que dijese lo que tuviera que decir. Ahora era tiempo de vivir con Rubén.

Él la miraba y la admiraba y ella lo amaba y eso, era de momento suficiente para ella.

Al acabar el paseo, recogieron los bolsos y salieron de camino a Alcalá.

Durante el trayecto, él iba serio y silencioso y ella sabía que era por la conversación de la noche anterior. Y no podía soportar que estuviese tan pensativo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás pensando en la conversación de anoche?

—¿Intentas adivinarme el pensamiento?

—No, sé que estás pensando en ello, y estás triste. Y no quiero que nada más comenzar esta relación te pongas triste. Si estás así ahora, no quiero ver cuando lo dejemos.

—Lo siento, pero es que contigo, me pongo posesivo. Si supiera que no te gusta ningún hombre más que yo, estaría tranquilo.

—Pero bobito. Estoy contigo ahora. Fuiste mi primer hombre. Nadie me ha tocado desde entonces y soy tuya. Ahora eso sí, el día que me dejes, no quiero celos. Si fueses un hombre que te comprometieras... yo también sufro por eso. Me gustaría que fueras mi novio, mi marido, que tuviésemos hijos, contigo solamente. No ahora, pero más adelante. A veces sueño con ello. Pero no lo eres. Y ese sufrimiento o añoranza es igual a la tuya con que me guste otro o me toque. Porque no quieres ser ese hombre en mi vida. Y me da un poco de pena, pero no quiero pensarlo mucho porque sé que un día te irás como llegaste. Y no por ello me pongo serio y triste. Eres como un niño mimado.

—Pero es que trabaja contigo y lo ves a diario.

—Y qué, es mi mejor amigo. No voy a dejar de hablarle o ser como era con él porque ahora salgamos juntos. Aunque me lo pidieras, no lo haría ni por ti ni

por nadie. Ya lo sabes. No voy a cambiar mi vida porque ahora aparezcas tú por no sé cuánto tiempo Rubén.

—Voy a tener problemas por tu culpa pequeña. Me gustas mucho. Demasiado.

—Tú, también me gustas a mi mucho y no quiero tener sino alegrías contigo. Prométeme que no pensarás en tonterías ni celos absurdos.

—Está bien, te lo prometo.

No se lo podía creer, que Rubén estuviese celoso de Javier, que ni lo conocía. Tenía que tener paciencia con ese hombre impulsivo y posesivo y acaparador.

Pero ella era una Trabajadora Social y conocía los entresijos de todo y no iba a consentir que nadie coartara sus libertades.

Era muy generosa con Rubén, la única relación que había tenido en su vida, y muy tolerante, pero hasta cierto punto.

Lo amaba, y no podía decírselo ni él lo permitiría, porque si se lo decía seguro lo iba a perder antes de tiempo. Era como un niño, cuando se le metía algo en la cabeza...

Tenía que acostumbrarse a él y no dejar que hiciese su voluntad. Ella sabía llevarlo.

Y por otra parte no iba a dejar de tener la relación que tenía con Javier. Era su mejor amigo. Y no lo haría ni por Rubén.

Javier, se había portado muy bien con ella, la había protegido en sus salidas, se contaban todo, bromeaba con él y tenía más confianza que con ninguno del grupo de trabajo. Ciertamente que era muy guapo, alto y sexy y que le gustaba, pero eso no podía evitarlo.

Ahora era una chica seria y salía con Rubén, el primer amor de su vida y el primer hombre con el que se había acostado, pero ni por él ni por nadie iba a dejar de mantener la relación que tenía con Javier, con Pablo, con María ni con nadie.

No iba a consentir que nadie la aislara en base a su egoísmo, y menos con Rubén que nada le ofrecía a largo plazo. Ni aunque se lo ofreciera. La libertad de actuar y ser quien era y como quería ser, era su primera prioridad.

CAPÍTULO 4

Uno de los lunes siguientes por la mañana, se levantó temprano y desayunó en la cafetería de Roberto antes de ir al Ayuntamiento. Estuvo un rato charlando con él, tomó su desayuno de siempre y se despidió para no llegar al trabajo tarde.

Le encantaban esos ratos con Roberto y su cafetería, le daba energía y una especie de felicidad y agradecimiento para comenzar el día. Era mejor que una sesión de yoga para ella. Por eso siempre desayunaba allí.

También le pasaba lo mismo con un bar de tapas, que había cerca del Ayuntamiento y donde iban todos los del grupo a tomar una cerveza.

A veces, era selectiva para eso. Le costaba cambiar en ese sentido. Eso no quería decir que fuese rígida a la hora de ir a otros lugares, era por norma, elegía donde se encontraba bien.

Cuando llegó al trabajo, se fue directa a su despacho, antes de la reunión semanal. e hizo la lista de las llamadas y seguimientos de la semana y los temas de los que tenía que tratar con la psicóloga, que era con la que más contacto tenía tras las reuniones.

Se quedó para hacerle una consulta acerca de Rubén.

Cuando tenía un problema se lo consultaba a la psicóloga, que era amiga suya y en la que más confiaba. Se llamaba Leonor, era una mujer de unos cuarenta años, y la más tranquila que había conocido.

Era bastante alta, con el pelo moreno y corto, y aunque en un principio parecía una persona seria, era amable y cálida cuando la conocías. Infundía esa paz que uno necesita en momentos importantes y trascendentales en la vida.

Y el trabajo de ellas era estresante y de vez en cuando la necesitaban, y no solo por su trabajo. Martina le contaba sus problemas también.

Así que le hizo un hueco y le contó cuando conoció a Rubén, que había sido virgen y que ahora que iba a salir con Javier, se presentaba de nuevo Rubén, y le gustaba. Y que estaba aún en un dilema a pesar de empezar a salir con Rubén de nuevo y haberse ido el fin de semana con él a la sierra.

—Vamos a ver Martina, tienes que pensar qué quieres tú realmente. ¿Quieres salir con Rubén y cerrar ese capítulo? ¿O quieres salir con Javier y abrir un capítulo nuevo en tu vida sin haber cerrado otro? Eso tienes que decidirlo tú, pero piensa que si ha aparecido en tu vida removiendo todo tu interior, siempre

hay que dejar etapas cerradas para empezar otras. Sin embargo, eres tú la que debes decidir el rumbo de tu vida, lo que te conviene y te hace feliz.

— ¡Ay! Qué conflicto. Tengo ganas de repetir con Rubén, la verdad. Pero también me gusta Javier y sé que cuando lo de Rubén y lo mío acabe, no voy a tener una oportunidad con él. Sé que no puedo tenerlo todo. Si pudiera... Pero creo que como tú dices, tengo que cerrar esta etapa con Rubén. Quizá me sorprenda al final y todo. Nunca se sabe dónde llegaremos.

—Pues adelante mujer. Dale una oportunidad y ya verás qué ocurre. No te plantees ahora nada más, ni futuros inexistentes, ni quieras tenerlo todo, ni le des tantas vueltas a la cabeza. Vive el presente con intensidad y luego... se verá.

Y eso iba a hacer cerrar ese capítulo con Rubén o mantenerlo abierto hasta su cierre.

Le agradeció el tiempo y el consejo. Siempre sabía qué decirle y siempre salía satisfecha de su despacho sabiendo cómo actuar. El tener a alguien neutral le hacía ver las cosas con más claridad. Y siempre se lo agradecía.

Tenían consultas y luego tenía que ver a la Delegada de Asuntos Sociales. Así que los lunes que tenían reuniones multidisciplinarias mensuales y semanales, eran intensísimos.

En las reuniones solían estar, la Psicóloga, la Delegada de Asuntos Sociales, las dos Trabajadoras Sociales, ella y su compañera, dos policías Pablo y Javier, que estaban destinados a ese trabajo y a veces, el alcalde en las mensuales, se pasaba por la reunión si tenía tiempo disponible.

Cuando terminó la reunión era casi la una de la tarde. Pablo y Javier, los dos policías que trabajaban con Martina y María, invitaron a las trabajadoras sociales mientras seguían hablando del tema, a tomar una cerveza porque la media hora que tenían para desayuno no habían tenido tiempo de tomarla.

Casi era más tiempo de cerveza y tapa o comer, ya que luego tenían reunión con la psicóloga y retomar el trabajo administrativo, llamadas a los centros de internado o pisos tutelados, etc. Hasta la hora de salir.

María, la otra trabajadora social, compartía despacho con ella y eran un equipo. Cada una llevaba sus casos, pero la sala era común, cada una tenía su mesa, su pc, sus archivadores, impresoras, sus casos, etc... trabajaban muy bien juntas.

Pablo, uno de los policías, tenía novia y era muy simpático. Javier era guapo, alto, moreno y con ojos azules. Tenía un cuerpo impresionante y Martina sabía que la miraba de una forma especial, pero era correcto y estaba soltero.

Tendría unos treinta años y como sabía que estaba saliendo con otro policía porque ella lo había dicho la semana anterior, con el fin de evitarle que la invitara a salir, no se atrevía a decirle nada. Se comportaba como un amigo y nada más.

Javier, sabía que había llegado tarde con Martina y eso le dolía. Le dolía en el alma, porque le encantaba esa mujer.

Debía haberlo hecho antes y ahora estaría saliendo con ella. Se arrepentía inmensamente, pero ya la cosa de momento no tenía solución.

Le gustaba mucho Martina, desde que hacía ocho meses empezaran a trabajar juntos, se habían hecho muy amigos, pero él empezó a sentir algo distinto por ella y tenía pensado pedirle salir en otro plan que no fuese amigos, cuando llegó ella un día diciendo que estaba saliendo con alguien. Encima policía también. Fue una decepción para él que tanto le gustaba Martina.

Se enteró de quién era Rubén. Y supo que era un mujeriego. No quería que le hiciese daño a Martina, que era una buena chica.

Tampoco sería ético decírselo a Martina, no sabía qué tipo de relación tenían, hasta que días después, le contó que se habían conocido dos años atrás.

Y entonces Javier, no tuvo más que decir. Algo se imaginó que habían tenido en el pasado. Estaría ahí por si la necesitaba y si el tiempo pasaba e iba de largo, pues se retiraría y buscaría su propia mujer.

Pero le gustaba tanto Martina, que se sintió idiota por no haber tomado cartas en el asunto antes. Estaba seguro de que si le hubiese pedido salir, ahora serían pareja. Él no era un mujeriego y nunca le haría daño. Le gustaba de verdad.

Salieron los cuatro del Ayuntamiento a tomar algo al bar de enfrente y se pararon un momento en la puerta mientras charlaban y bromeaban. Pablo, como era muy irónico, le gustaba tomarles el pelo a ellas y en un momento, le echó el brazo por encima a Martina, le dijo algo al oído y ella se rio de su broma, mientras lo abrazaba, porque era un sol de hombre. Todos empezaron a reír.

La mala fortuna quiso que Rubén y su compañero entraran al Ayuntamiento a solucionar un papeleo. Venían como a cincuenta metros, cuando el compañero de Martina le decía algo al oído y la sujetaba por los hombros.

Ella vio de reojo a Rubén y se alegró un montón. Iba a acercarse a saludarlo y a presentarles a sus compañeros, cuando éste pasó de largo con su compañero

como si no la hubiese visto, como sino la conociera y la había visto.

Y pasó de largo sin saludar. La había despreciado y ninguneado. Maldito fuera, ¿quién se creía que era?

A ella no le iba a amargar el día que la negase nadie, así que se fueron los cuatro de tapas y lo pasaron bien.

Javier, se dio cuenta de la situación y también de que Rubén estaba celoso. Era un estúpido. También se dio cuenta de que a Martina no le había gustado nada, pero omitió decir una palabra que no fuese a ella sin que los demás se enterasen.

Eran un gran equipo. Trabajaban duro, pero luego se divertían y bromeaban, y ni Rubén ni nadie, le iba a amargar el día, ni ningún día, ni tampoco sabía el motivo y le daba rabia. ¿Se habría puesto celoso? Había sido un maleducado.

Ahora, que no pensaba llamarlo por teléfono. Ni ese día recibió mensajitos como los demás.

La semana anterior habían estado de fin de semana y habían hecho el amor infinidad de veces y al día siguiente hacía como si no la hubiese visto y no la había ni saludado. La había dejado con la palabra en la boca. Hasta Javier, le dijo:

—¿Ese no es tu novio? —le dijo al oído despacio.

—Eso creo. Pero no es mi novio. Sólo salimos, Javier. O eso creía. No me ha saludado —le contestó enfadada.

—Creo que está celoso. Te ha visto abrazar a Pablo.

—¿Tú crees que es por eso?

—Seguro. Se te avecina tormenta, amiga.

—No te pongas de su parte, ha sido de mala educación no pararse a saludarme y que os presentara. No me ha gustado nada. Pero bueno, venga vamos a por las tapas, poli.

—Nunca me pondría de su parte. Yo no soy él. Me hubiese parado a saludar y a que me presentes a tus compañeros. Nunca te hubiera dejado en la estacada. Afortunadamente, nadie salvo yo, se ha dado cuenta.

—Menos mal...

El día concluyó de forma estresante, pero al final dejaron rodado el trabajo y los casos resueltos. Salieron sobre las tres y media de la tarde. Tomó un café con su compañera y se fue directa a casa.

Se dio una ducha, se puso el chándal y se tumbó en el sofá, ya que la tarde del domingo la dedicó a recoger un poco el apartamento, después de pasar la noche del sábado y el domingo por la mañana con Rubén.

Y era lunes, estaba agotada y enfadada con Rubén. ¿Quién se creía que era? No quería una relación con ella, pero no se portaba como un amigo, sino como un macho celoso. Pues se podía quedar esperando en su casa.

Ella no tenía que dar explicaciones de nada, porque no había hecho nada. Pero no paraba de darle vueltas a la cabeza.

Puso un rato la televisión y metió una peli, porque no había ningún programa que le gustase. No le prestó atención, ya que estaba preocupada por Rubén, maldito fuera, ¿Quién se creía que era para no saludarla? Aquello le había dolido.

Pero ella no iba a dejar de abrazar a sus compañeros ni pasárselo bien, por ninguno de los Rubenes del mundo. Hasta ahí podía llegar.

Podía haberse parado y ella le hubiera presentado a sus compañeros de trabajo. Le había medio amargado el día, pero si pensaba que iba a llamarlo o a disculparse, iba listo. Además seguro que estaría en Madrid, seguro. Iba algunos lunes, como le dijo el domingo.

Se quedó dormida un rato y cuando despertó eran casi las ocho de la noche. Miró el móvil y nada.

Llamó a sus padres y luego se dispuso a leer un rato, un libro que había comprado de JJ. Benítez, porque le encantaban los libros de misterio y ese era uno de sus autores favoritos.

Cuando eran las nueve y media, se preparó un bocadillo en la cocina y comió frente al televisor. Vio un programa y se acostó. No había noticias de Rubén, ni que fuese un mensaje. Sabía que había ido a Madrid... el muy canalla. Pero al menos podía haberla llamado por teléfono.

Rubén no podía soportarlo, verla con un policía que le echaba el brazo por encima y le decía cosas al oído. Habían hecho un pacto y ella no lo estaba cumpliendo.

Estaba rojo de ira. Si esa mujer o cualquiera pensaban que podía tomarle el pelo, iban listas.

Lo cierto era que no la había visto besarse, pero lo que había visto no le había gustado nada. Ciertamente se había comportado como un energúmeno celoso, lo reconocía. Pero así era él. Si ella quería llamarlo y explicarle la situación y disculparse, que lo hiciera. Pero no recibió nada.

Sin embargo, había investigado al policía y tenía novia. Martina estaba tonta. Seguro que no se lo había dicho.

Ella pensando en salir con él y el policía tenía novia. Era la misma ingenua que conoció.

Pasaron unos días y el jueves Martina estaba hecha un manojo de nervios, con lo cual, dio por concluida unilateralmente su relación con Rubén.

Ella no había hecho nada y él que hiciera lo que quisiese. Su orgullo, le impedía ni siquiera mandarle un mensaje de qué le ocurría. Si no quería dar señales de vida, allá él. Quizá se había equivocado o precipitado al salir con él.

El mismo jueves, hubo una salida urgente por la tarde y le tocó a ella que estaba de guardia. Era muy temprano y tuvieron algunos problemas porque era en un barrio muy problemático.

El maltratador, se les escapó a los policías y le dio un puñetazo en el pómulo a Martina, pillándola desprevenida que la echó para atrás y se cayó. Eran gajes del oficio.

Había visto y oído a compañeros de otros lugares con peores lesiones. Al final todo concluyó bien. Salvo el moratón que se le estaba formando en el ojo y en el pómulo junto con la hinchazón.

No quiso pasar por el hospital, fue al ambulatorio a urgencias y le dieron una pomada y calmantes, cuando todo concluyó, después de dejar a la mujer en un piso de acogida.

Eran las siete cuando llegó a casa, se duchó y se vistió con unos vaqueros y una camiseta, porque su compañero Pablo, la novia y Javier iban pasar por allí para ver cómo estaba. Ella los invitó a cenar en casa. Cuando llegaron, había preparado, empanadas, y fiambres y unos canapés fríos.

—¡Hola Martina, cariño, vaya cómo te han puesto! —dijo la novia de Pablo dándole un beso.

—Sí, a este paso tendré que aprender kárate. Me voy a apuntar a defensa personal, en serio. Hola Pablo, Javier —dándoles un beso a ambos—, gracias por venir, no hacía falta, pero al menos no voy a cenar sola esta noche.

—¿Has pasado por el médico? —se interesó Javier.

—Sí, en tres o cuatro días estará esto en condiciones. Pasará por varios colores, como el arcoíris. Una pomada y paracetamol si me duele. No es nada, de verdad. Sólo lo tengo hinchado. No tengo derrame en el ojo ni nada afortunadamente. Venga sentaos que vamos a comer. He preparado algo frío, si no os importa.

—Demasiado con lo que has tenido hoy mujer. A mí me gusta todo —dijo Rosa, la novia de Pablo.

—Tengo una novia que vale millones, ¿a qué si? —dijo Pablo, besándola.

—Te lo digo siempre. Como ves Rosa, éste está loco por ti —bromeaba Martina.

—Y que no lo esté, que se va a enterar.

En uno de los momentos en que Pablo hablaba con Rosa en el sofá, y Martina estaba en la cocina, se le acercó Javier y le dijo sin que ninguno lo oyera:

—¿Por qué no ha venido Rubén?— sabía que no le importaba, pero era su amiga y se preocupaba por ella.

—No hemos vuelto a hablar ni a vernos desde aquel día.

—¡No me lo puedo creer!— dijo con cara de asombro.

—Pues créelo. No me ha llamado, ni yo pienso llamarle porque no he hecho nada para disculparme con nadie.

—Bueno, no quiero entrometerme, solo me preocupo que estés bien, nada más.

—Gracias Rubén, te lo agradezco.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo como antes. Nada ha cambiado. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, gracias— y alzándose le dio un beso en la mejilla, que él le devolvió con todo el dolor de su corazón.

Entre bromas terminó la velada. Estaba algo cansada y cuando se fueron sus amigos, recogió todo y se tumbó en el sofá a relajarse antes de irse a la cama. Quería estar en calma antes de dormir. El día había sido algo intenso.

Rubén, oyó ruido en el piso de arriba y risas y estaba que trinaba. Se imaginaba al policía y a ella haciendo lo que hacía con él y eso lo estaba volviendo loco, y sabía ya con certeza que ella no iba a llamarlo ni a preguntarle nada. Era así.

Cuando todo quedó en silencio. Salió de casa dando un portazo y subió a casa de Martina a pedirle explicaciones.

No podía soportar ese silencio, en parte creado por él mismo. Llamó a la puerta.

Cuando ella lo vio tan serio en el umbral, no lo dejó pasar. Se puso en el centro cortándole el paso. Él se dio cuenta de cómo tenía la cara y el ojo y se

preocupó olvidando todo lo demás.

—¿Qué te ha pasado? —mirándole la cara hinchada.

—Gajes del oficio. Un puñetazo que no iba dirigido a mí, se desvió de su curso.

—Maldito hijo de...

—¿Qué quieres Rubén?, es tarde y como verás estoy cansada y quiero acostarme. No estoy muy guapa para hablar con nadie, ni tengo ganas.

—Hablar contigo.

—Estas no son horas. ¿De qué quieres hablar?

—¿Sabes que tiene novia?

—Sí, de hecho hemos cenado en casa, juntos los cuatro. ¿No has investigado a Javier? Está soltero y también es mi compañero, y creo que le gusto. Has investigado al hombre equivocado. Y te dije que no lo hicieras, ahora si no te importa, me voy a la cama. Hasta otro día.

Y le cerró la puerta en las narices.

Rubén, bajó a su casa maldiciéndose, rojo de ira. Su comportamiento había sido del tío más estúpido de la tierra.

Ahora comprendía que eran amigos y compañeros y que quizá Martina no le perdonara esa forma de actuar de un troglodita celoso.

Quería estar con ella. La había echado tanto de menos... la necesitaba.

Y la pobre con el ojo hinchado y un pómulo morado y él preocupado por su egoísmo. No debería haber dudado de ella. Se dio cuenta de que no la conocía tanto como pensaba.

Era mejor de lo que pensaba de ella. Nunca le mentiría, se lo dijo. Y era un tonto que quizá había perdido su oportunidad.

Pero no estaba dispuesto a perderla tan pronto, era su amiga y su amante y buscaría su perdón costase lo que costase.

Le mandó un mensaje en el móvil, pidiéndole perdón, que había sido un tonto celoso y un imbécil. Le mandó besos y flores al día siguiente, que le llegaron por la noche. Un ramo de rosas rojas. Pero no recibía respuesta. Ni las gracias. Estaba muy enfadada.

Volvió a subir a su casa el viernes por la noche. Le abrió la puerta.

—¿Me dejas pasar pequeña?

—Pasa.

—Gracias. Lo siento Martina, de verdad, he sido un estúpido, pero cuando te vi que te cogía por los hombros y te decía cosas al oído, le hubiese dado allí

mismo un puñetazo.

—¿Psicólogo u hombre de las cavernas?

—En lo referente a ti, lo segundo siempre. No me puedo contener de ninguna de las maneras.

— ¡Ven, acércate! —se alzó y lo besó en la boca—, te he echado de menos, tonto celoso.

Ese acto de generosidad de ella, le llegó al corazón y la aplastó contra su cuerpo mientras la besaba como un náufrago. Le besó el pómulo y los ojos.

—¿Has cenado?

—Tengo la cena delante.

—¡Qué bruto eres! Me vas a prometer que no me vas a hacer eso nunca más. No te sería infiel. Ya lo sabes. Sólo tengo ojos para este hombre sexy que me ha hecho sufrir unos cuantos días. Pensé que ya habíamos terminado.

—De momento, no puedo dejarte. Lo siento, cariño. No quiero hacerte sufrir, sino feliz.

—Pues no seas bobo y saques conclusiones precipitadas. Preguntar está para algo.

—Tienes razón. Tengo cena abajo, ¿bajamos o la subo?

—Súbela, si no te importa. Estoy cansada de toda la semana y con este ojo que tengo, prefiero salir lo menos posible.

—Ahora mismo la subo. Espera —y la besó en los labios

Subió la cena y después hicieron el amor como si hubiesen pasado años que no lo hacían. Se quedó a dormir en casa de Martina.

Casi no durmió nada, pues a las cuatro de la mañana le surgió una urgencia a Martina y tuvo que salir pitando, casi sin dormir.

—¿Voy contigo?

—No, no sería ético, pero quédate aquí si quieres, así cuando venga, me traigo el desayuno o si vengo tarde te llamo y desayunamos en la cafetería de Roberto. Aunque no te aseguro lo que tardaré, cuando salgo no sé cuándo regreso. Me toca este fin de semana estar de guardia. Lo mismo surge algo o no.

—Muy bien, preciosa, dame un beso y ten mucho cuidado, por favor.

La salida se prolongó más de la cuenta y cuando estaba en Alcalá eran las diez de la mañana. Llamó a Rubén y quedaron en la cafetería. Allí desayunaron, charlaron con Roberto un rato y se fueron a casa de ella directamente.

Se duchó y le dijo que debía dormir, que estaba muy cansada, así que Rubén aprovechó para ir a Madrid a ver a sus padres, ya que era sábado y quería dejarla

descansar. Volvería por la tarde noche y la invitaría a cenar fuera.

Unos de los fines de semana en los que ella no tenía guardia, fueron a casa de los padres de ella, porque su madre insistía en conocerlo.

Ya le dijo que no eran novios, sino que estaban saliendo juntos como amigos y algo más sin compromiso ninguno. A su madre le encantó y a su padre le gustó mucho.

Le dijo que era un hombre de principios. Sí, eso pensaba ella, que tenía unos principios muy particulares y tenía que cargar con ellos, pese a que algunos de sus principios no le gustasen.

La comida fue espectacular, charlaron y Rubén se mostró correcto y divertido y con el padre habló de política mientras ella charlaba con su madre en la cocina.

—¡Me encanta, Martina! Ese hombre está enamorado de ti, se le nota en cómo te mira.

—No es de los que se casan y tienen hijos mamá. Para ello, tendré que buscarme algún día otro tipo de hombre.

—Sería una pena. Todo el mundo cambia de parecer con el tiempo. Ya verás. A ti también te gusta. Nunca te he visto tan enamorada, nunca. Y ahora lo estás hija, te conozco.

—Me temo que Rubén no cambiará. Bueno dejemos el tema, mamá.

—Ya verás hija, como algún día os casareis y tendréis hijos.

—Eres una casamentera, mamá, ¿lo sabes? Te quiero mucho. Así de momento soy feliz, cuando me suene el reloj biológico, ya veré. Ahora estoy centrada en el trabajo y lo pasamos bien. Me cuida y me mimas.

—Bueno, ¿cómo tienes el ojo? ¿Te duele? —dijo mirándose.

—Mejor, ya casi no se me nota y no me duele. Está cambiando de color. Espero que sea el último color.

Abrazó a su madre y la besuqueó por todas partes. Ella era así con sus padres.

—Estate quieta ya, que me vas a tirar, que ya no soy una jovencita —dijo la madre entre risas.

Cuando salieron de la casa de los padres de Martina, Rubén le dijo que eran encantadores.

—Mi madre ya está pensando en boda, que lo sepas —Le dijo riéndose.

—Bueno, a lo mejor algún día, le dejamos que prepare alguna.

—No seas bobo. ¿Qué te ha parecido mi padre? Te he visto hablar mucho con él.

—Me gusta. Es educado y sabe de todo. Le gusta viajar. Me ha dicho que se van casi tres meses a la playa en verano desde que se jubiló.

—Sí, mis tíos tienen una casa grande en Marbella y los invitan los veranos y se lo pasan genial los cuatro. Esa fue una de las razones por las que me independicé. Mi padre se prejubiló y no podía permitir que se quedaran en casa haciéndome la comida. Y además yo necesitaba mi propia casa y mi propio espacio. Si no fuese así, no podría invitarte o a mis amigos. Quería independencia y dejarlos a ellos independientes también. Se lo merecen después de tanto trabajo. Además voy a verlos todas las semanas y como con ellos, al menos una vez a la semana, la que puedo. Y si tengo que ir a algunos médicos con ellos voy si puedo.

—¿Eres una buena hija, lo sabes?

—Ellos son unos buenos padres. Les ha costado mucho dejarme ir, no creas. Ser hija única no es fácil. Tú, al menos tienes una hermana, pero yo, siempre he estado sola. Lo que me salvaba era estudiar, pero he sido muy feliz. Son unos padres estupendos. Los tuyos, también lo son.

—También. Han sufrido mucho cuando me hice militar y me fui a Irak. Mi madre sufrió como nadie.

—Bueno, pero afortunadamente estás aquí.

—Pero tengo un trabajo que también es peligroso, aunque me encanta. Ya lo sabes.

—Ha sido un día estupendo. Y les has gustado mucho, pero les he dicho la verdad, que somos amigos. Que no somos novios ni nada.

—Muy bien —pero eso tampoco le había gustado, no se entendía ni él.

CAPÍTULO 5

Ya llevaban unos meses juntos y estaban de maravilla. Estaban como el primer día el uno con el otro y desde primeros de Febrero llevaban saliendo juntos. Era la relación más larga que Rubén había tenido en su vida.

Habían vuelto cuatro veces más al hotelito de la sierra, siempre que habían querido y habían tenido los dos el fin de semana libre.

Comían o cenaban en casa de uno o de otro, paseaban y desayunaban en el bar de Roberto y al menos dormían tres o cuatro días a la semana juntos, por las guardias que tenían. Todo funcionaba a la perfección.

Era cariñoso y apasionado y ella era muy feliz y cada día estaba más enamorada de él. Y eso, era un peligro para ella. Los días se multiplicaban y ella amaba a un hombre desnudo y ajeno. Porque aún no era suyo del todo.

Nunca le dijo en esos meses que la quería o que la amaba. Sí que le demostraba con actos, sentimientos, palabras cariñosas, pero nunca con palabras, que no fuesen sino, pequeña, cielo, u otros sinónimos cariñosos.

Y a ella, le bastaba por ahora, tenerlo con esa cierta distancia. Porque lo amaba.

La primavera dio paso a principios de junio y ese tiempo anterior había sido maravilloso. Y ya empezaba a hacer calor.

Una noche cenando hablaron de las vacaciones, de las que nunca habían hablado y que ya estaban a la vuelta de la esquina.

Ella le dijo que tenía la primera quincena de julio y la primera de agosto, porque tenía que turnarse con María, su compañera y si alguna de las dos trabajadoras sociales tomaba un mes entero tendría que hacer cuatro guardias seguidas.

Así que habían decidido hacerlo así. Además entraba una compañera de refuerzo dos meses, mientras ellas estuviesen de vacaciones.

De todas formas era su primer año que tomaba vacaciones en el Ayuntamiento y había que decidirlo, ya que estaban a primeros de junio.

Y así lo decidieron, ella haría la primera quincena de julio y la primera de agosto y María la segunda de julio y la Segunda de agosto y tendrían una

trabajadora social de refuerzo durante las quincenas de julio y agosto en que ellas tomaban sus vacaciones. Y entraría también un policía que cubriría a los chicos.

Cuando habló de vacaciones en junio con Rubén, le dijo que su amigo y compañero, que trabajaba en Madrid, antes de él venirse a Alcalá y con el que había trabajado en una de las comisarías del Centro, se iban dos semanas de vacaciones todos los años juntos, en Septiembre. Llevaban ya dos años haciéndolo y le gustaría irse de nuevo con él.

En principio le disgustó un poco no disfrutar una parte de las vacaciones sin Rubén, pero si él se iba sin ella, ella haría lo mismo, no iba a anteponer su descanso por nadie.

Le pareció raro y a él también lo notó raro y algo cambiado, desganado y como que le quería decir algo y no se atrevía. Llevaba así más de una semana.

Ya lo conocía lo suficiente como para saberlo. Tonta no era. Aun así, continuó para ver qué decía él.

—Quiero ir a Noruega en julio, diez o doce días. Ya he estado mirando sitios. Si puedo ir un día a Finlandia y a Suecia, voy también. Mañana iré a la Agencia. Tengo que sacar pronto el paquete de vacaciones que he visto en internet. Quería decírtelo, pero si tú tienes tus planes...

—¿Te parece que vayamos juntos una semana en agosto a algún sitio? ¿Playa? —dijo Rubén.

—Si voy contigo a la playa, debe ser en España, La Manga o Andalucía, una semana en agosto. No me puedo permitir más. El viaje de este año, lo haré al Norte de Europa. Y es caro, por tanto a la playa puedo permitirme una semana como mucho a algún sitio más barato.

—Jesús y yo queremos ir a Punta Cana y si podemos, a Cuba. Quizá sólo me den el mes de Septiembre entero, como todos los años y entonces no podremos ir a la playa.

—Me parece bien que tú no puedas ir, pero yo, sí que iré —dijo no muy animada y pensando que él no la había tenido en cuenta en vacaciones y sobre todo no hacía nada por cambiarlas para estar con ella.

No quería mirarla a los ojos, pero al final, ella se quedó mirándolo y no tuvo más remedio que mirarla a ella también.

—¿Estás enfadada Martina? —le dijo.

—No, no estoy enfadada, estoy decepcionada. Decepcionada de que tengamos vacaciones y no las podamos disfrutar juntos. No has contado

conmigo para nada. Y eso me duele. Prefieres irte con tu amigo el mes entero. Y no es por reprocharte, nada. Pero no lo veo normal, la verdad. A mí me encantaría pasar todas las vacaciones contigo, y tú prefieres irte a Cuba y al Caribe sin mí. ¡No me lo puedo creer!

No le gustaba, quería ir de vacaciones pero con él. Era tolerante, pero también era honesta y no le gustaba un pelo. Temía que eso cambiara los cinco meses y pico que ya llevaban saliendo juntos y que habían sido perfectos.

—¿Cuándo os vais?

—En Septiembre, a principios. Pediré una semana en agosto para ir contigo y el resto en Septiembre. Pero no sé si me podrán dar las vacaciones de esa manera.

—Oye, Rubén, no tienes que hacer nada por mí. Podemos hacer cada uno nuestros planes para vacaciones y punto.

—No me gusta que te vayas sola- le dijo sin mucho ánimo.

—No es cuestión de que te guste o no, o de que a mí no me guste, sino de que estemos bien. Ni pretenderás que no me tome vacaciones, porque ya lo que me faltaba, vamos. Contesta: ¿estamos bien?

—Pues claro pequeña, no pienses en tonterías que no son.

Pero ella notó que algo se había roto entre ellos y no entendía por qué. Fue a primeros de junio cuando lo notó raro. No era el mismo.

Y no comprendía por qué. Lo había achacado al trabajo, pero ahora se daba cuenta de todo. Eso estaba a punto de caducar. Su relación se iba al garete en verano. Quizá él quería acostarse con otras mujeres y no quería decírselo.

O se había cansado ya de la relación o quería ser libre en verano, como cuando rompen los adolescentes. Pero eso había que solucionarlo lo antes posible. Ella no era de las que aguantaban y no solucionaban los problemas a tiempo.

—Rubén, ¿quieres acostarte con otras mujeres si se da el caso en vacaciones? Podemos hacer un acuerdo. Tú, puedes acostarte con otras y si a mí me surge también. Es algo normal. Muchas parejas rompen en vacaciones. Pero nosotros no somos una pareja al uso. Podemos hacerlo y luego rompemos o podemos seguir como hasta ahora, sin ataduras.

Lo que le dijo se lo dijo con un dolor roto en el pecho y lágrimas en los ojos a punto de salir, porque ella no quería que él estuviese con otra, pero creía que había dado en el clavo. Y también sabía que si la dejaba no volvería después con él. Eso no lo consentiría a nadie. Ya era hora de crecer. No era una adolescente.

—No seas bobita.

—No me gustan las mentiras, ya lo sabes, quiero saber a qué atenerme y elegir.

—¡Está bien!, parece que para ti soy un libro abierto. Sí, me gustaría irme libre en vacaciones.

—Quieres cortar en vacaciones y seguir después como si nada hubiese ocurrido. ¿O quieres que dejemos la relación que tenemos para siempre?

—No quiero dejarlo contigo, solo quiero descansar un mes. Luego volveremos. Necesito pensar. Estoy un poco agobiado, la verdad.

—Me haces gracia Rubén. Eres el tipo más egoísta que me he echado a la cara. Pretendes que estemos juntos hasta que tú te tomes tu mes de vacaciones en Septiembre y yo te espere. Mientras estás conmigo y luego, ya se verá. Y yo, ¿no tengo opciones? Perfecto. Pero te equivocas. Cortamos en mis vacaciones, porque yo también tengo que pensar cielo. A partir de ahora, no tenemos ninguna relación, ni ataduras. Eres libre. Luego ya se verá.

—Pero si estamos a primeros de junio. No seas drástica Martina.

—¿Perdona? No pensarás que vamos a seguir juntos después de lo que acabas de decirme. Yo sabía desde un principio que esto tenía las horas contadas. No creo que vuelva contigo después de las vacaciones, la verdad. ¿Quién te crees que soy? ¿Me tomas por una tonta ingenua y adolescente? Quiero que terminemos en este momento Rubén. No quiero odiarte. Lo hemos pasado muy bien y ahora es tiempo de despedirnos. No voy a esperarte, ni un mes ni una semana. ¿Crees que puedes irte a acostar con otras mujeres en tus vacaciones y yo te voy a esperar? O ¿esperas que sigamos para que yo no tenga la misma libertad que tú en vacaciones? Esto es lo último que podría hacer. Lo siento. Ha estado muy bonita nuestra historia y es hora de dejar correr nuestras vidas. Lo siento de verdad. Espero que te lo pases muy bien. A partir de ahora, amigos y si no te importa prefiero en principio verte lo menos posible durante un tiempo.

—Eres una cabezota, ¿lo sabes no?

—Sí, lo que tú digas. No me mandes mensajitos, no me llames, ni vengas. Nos puede venir bien a los dos. Porque es que mis vacaciones empiezan ya mismo y yo también necesito pensar. ¡Cuídate!

Se alzó, le dio un beso en la boca y un abrazo y le abrió la puerta y lo echó.

Rubén no se podía creer lo fácil que había resultado, pero se enfadó mucho porque a ella le había resultado también fácil. ¿Habría otro? Maldita fuera, ¿qué había hecho? ¿Qué iba a hacer sin ella hasta octubre? Eran casi cuatro meses, un mes menos de los que llevaban saliendo y todo por su cabezonería.

Porque estaba seguro que volvería con ella en octubre, al terminar las vacaciones, ¿o no? Era mucho tiempo. Si ella no se hubiese puesto terca, un mes no sería nada. Pero tantos meses...

Era una cabezota. Pero reconocía que ese tiempo le vendría bien. Ella lo absorbía y estaba sintiendo cosas que no quería sentir y se había comportado como un idiota.

Y ya lo hacía por segunda vez. Sabía que Martina no le iba a perdonar si se acostaba con otra y no quería ni pensar que ella pudiese acostarse con otro. Tendría que superarlo.

En el fondo sabía que era el fin, que lo estaba buscando y que ella lo sabía y había llevado el tema fatal. Como un cobarde adolescente.

Martina, con el paso de los días dio por concluida su relación con Rubén, y el mes de junio pasó volando.

Había mucho trabajo y este le había absorbido la mayor parte del tiempo y llegaba a casa cansada. Sus compañeros de trabajo, la invitaban a veces a salir con ellos y los fines de semana no pensaba quedarse en casa, así que salía al menos una vez con sus compañeros polis, Pablo, su novia y Javier.

Ella y Javier tenían muchas cosas en común, era un chico estupendo y le gustaba, no como estaba enamorada de Rubén, maldito fuese, pero le gustaba estar con él.

Estaba al tanto de su relación con Rubén, porque ella se lo había contado. Javier sí era un chico que quería tener relaciones, formar una familia. Si lo hubiese conocido antes...

Javier, ya sabía cómo era Rubén, y ya Martina le había contado su relación y que habían terminado a primeros de junio.

Él sabía mejor que nadie cómo eran ese tipo de tíos y sabía que algún día le haría eso y la veía sufrir, pero si había alguna oportunidad con ella, la iba a aprovechar. La trataría como se merecía, no como el imbécil de Rubén.

Buscar una noche de sexo con una tía cualquiera que no le llegaba a la suela de los zapatos de Martina, a cambio de su relación con ella... Debía estar

loco.

—Martina, perdona que te lo diga, pero no lo esperes. Siempre es una estrategia de los hombres. En verano, libres y en invierno, la novia de siempre. Es como un adolescente estúpido. Eres mi amiga y no quiero que sufras. ¿Vale? No esperes a nadie. Si das algo por concluido, lo das. Luego ya se verá, pero no con un billete de vuelta.

—Tienes razón, Javier. Creo que esto se ha acabado. Esta relación sabía yo de antemano que tenía fecha de caducidad.

—Bueno, no te preocupes y disfruta tus vacaciones.

—Eso voy a hacer. Después de este año de duro trabajo, me las merezco. Y me las voy a tomar y disfrutaré de ellas.

—Así se habla, amiga —y ella se sintió mejor.

Sus padres ya se habían ido sus tres meses a Málaga de vacaciones y una tarde al salir del trabajo, el último día antes de las vacaciones para Javier y para Martina, que tenían las mismas quincenas de vacaciones, fueron los dos solos a tomar unas tapas. Habían llegado tarde de una salida de emergencia y Javier la estuvo esperando en un bar de tapas, cerca del parque hasta que llegara ella.

Cuando entró en el bar, se sentó frente a él en un rinconcito y como era tarde decidieron tomar algo para cenar y hablar del tema en cuestión.

Luego ella se rio por algo que él dijo y le cogió la mano amistosamente justo en el momento en que Rubén y su compañero que estaba de guardia por la zona con uniforme, entraron en el local y la vio cogida de la mano con Javier.

La miró con los ojos rojos de ira y ella le retiró la mirada. Afortunadamente Javier no se dio cuenta y ella siguió hablando con él hasta que se fueron.

Al salir, Javier que también iba con uniforme, le echó el brazo por encima y salieron. Era su último día de trabajo y de Javier también en vacaciones. Al día siguiente, uno de julio libres hasta el dieciséis.

Rubén, los había estado observando. En su vida había querido matar a alguien. No podía evitarlo, la forma suave en que el otro poli, la tocaba por la espalda, como si fuera una reina.

¡Maldita fuera esa mujer pequeña!, que no podía quitarse de la cabeza. Pero si quería acostarse con otras, lo haría. Pero no quería. Estaba hecho un lío. No podía. La quería a ella.

Y ahora le había dejado el sitio libre al tío que estaba por ella desde hacía tiempo. Pero nadie salvo él tenía la culpa.

Cuando Martina llegó a su casa, se duchó y lavó el pelo y se tumbó en el sofá para descansar. Ya tenía la maleta preparada. En dos días salía para Noruega. Al día siguiente, descansaría y repasaría todos los documentos e iría de compras. Se quedó pensando en ello, y se durmió un rato en el sofá. La despertaron unos golpes en la puerta.

—Rubén, te dije que no vinieras, que no me...

Entró de un portazo y la cogió en volandas sin esperar, metió la lengua en su boca, con desesperación al principio, y luego fue suavizando el beso. Ella no quería, no le correspondió por primera vez en su vida y le dio un empujón.

—¿Besa mejor que yo? ¿Te hace sentir lo que yo te hago?

—¡Quiero que te vayas de mi casa! Y de mi vida. Eres un imbécil y un egoísta. Tú eres el que has querido cortar esta relación, el que no has pensado en pasar conmigo las vacaciones. No me has respetado, así que... ¿qué demonios me exiges ahora? Te vas y no vuelvas. Yo no soy del tipo de chicas con las que sales. A partir de ahora quiero un compromiso serio contigo. Has perdido tu oportunidad. Ahora ya sabes, anillo y matrimonio, como quieren todas las mujeres. La otra oportunidad, la has perdido conmigo para siempre.

Y él se la quedó mirando, salió de su casa y dio un portazo. Ella se quedó llorando desconsoladamente. ¡Maldito, maldito mujeriego!

Se pasó la noche llorando y comiendo chocolate. Pero al amanecer, se quedó dormida y cansada.

Durmió muy poco esa noche y cuando se levantó como un guiñapo, se fue a desayunar a ver si se animaba y luego se fue de compras.

Se pasó la tarde durmiendo sin pensar en nada. Había comprado unos libritos como diccionarios pequeños para hacerse entender en su viaje. Lo que le daba pena era que iba sola, pero si no había más remedio...

Como a las seis de la tarde sonó el móvil. Era Javier:

—¿Quieres acompañante para tu viaje?

—¿En serio? —se incorporó de repente en el sofá.

—Estoy en la oficina de turismo del centro. Tengo la primera de julio de vacaciones, y la primera de agosto, como tú, y no sabía dónde ir. Si vienes al centro, saco el paquete que tú has sacado y vamos juntos. Como amigos, no pienses otra cosa. Pensé que podría ser divertido y me gustan los paisajes fríos. Solo si tú quieres, claro.

—Me encantaría. Estoy en media hora, espérame. ¡Estás loco!

Dios existía. Se lo pasaría bien, al menos se entendería con alguien y era su amigo, de hecho, últimamente se había convertido en su mejor amigo. Ya le había dicho que no podía enamorarse de nadie de momento. Siempre era clara y como amigos, lo pasaban muy bien.

Así que llegó en veinte minutos. Cuando llegó le dio un gran abrazo.

—Algo te ha pasado —le dijo Javier que la conocía muy bien.

—Algo, ya te lo contaré. ¿En serio quieres venir a pasar frío a Noruega conmigo?

—Tengo ropa de invierno bien abrigada.

—Cómo te lo agradezco... ¡Qué alegría!

Por suerte había un paquete vacacional como el que ella había sacado incluidas excursiones principales.

Así que al salir de la Agencia de viajes, cenaron juntos y quedaron para el día siguiente tomar el tren hasta Madrid y luego el bus hasta el aeropuerto, ya que tenían tiempo y querían realizar así su viaje y gastar lo imprescindible.

Y por la tarde del día siguiente, tomaron el avión con rumbo a Oslo. El viaje duraba unas seis horas.

Pero ya tenían su plan de viaje hecho. Los lugares que recorrer. Se lo iba contando a Javier en el avión con un plano, porque a éste sólo le dio tiempo de sacar los billetes y hacer la maleta.

Así que Javier, que sólo con estar a su lado era feliz, la oía cómo iban a ver esto o lo otro, toda emocionada y decidida. Estaba encantado. Sí ella lo quisiera un poco al menos de forma diferente...

Si él no hubiera tardado tanto en pedirle salir, ahora podrían ser una pareja de enamorados haciendo un viaje juntos y dormir juntos en una habitación y no reservar dos.

Al menos estaría con ella y lo pasaría bien. Se conformaba. Y si ese idiota de Rubén, no volvía a salir con ella, sería suya, como que se llamaba Javier.

Él no era un idiota y valoraba a Martina. Era una mujer especial, honesta y buena. Y le encantaba.

Había tenido sueños eróticos con ella y había sufrido por estar ella con otro. Definitivamente estaba enamorado de ella. Y ella sabía que le gustaba, tonta no era, pero algo había tenido en el pasado con Rubén que esperaba que alguna vez le contara, si quería, él no iba a presionarla en ese sentido.

Y por lo menos se había dado cuenta de quién era Rubén. Ahora el que

estaba a su lado era él. Y él no era Rubén.

Era, por otro lado su mejor amigo. Ella le contaba sus problemas y le contaba sus secretos y si no se los contaba, atendiendo a su forma de actuar y su comportamiento e incluso su cara, sabía que algo no iba bien y le preguntaba, y siempre estaba dispuesto a ayudarla. No había conocido a otra mujer mejor que ella.

Había tenido algunas relaciones de una noche en esos meses en los que Martina había salido con Rubén, él también tenía necesidades físicas, pero siempre que estaba con otras, pensaba en ella y eso no tenía sentido. Era como si supiera que algún día sería suya.

Conocía a los hombres como Rubén y sabía que era cuestión de tiempo que abandonaran a las mujeres con las que salían y que era cuestión de tiempo que abandonara a Martina.

Ella le había contado días atrás cómo fue, porque él le preguntó. Y mucho había tardado. Pero el verano era peligroso.

Martina, estaba muy contenta de que Javier la acompañara en el viaje. Era tan distinto a Rubén... Si Rubén tuviese la capacidad de compromiso que tenía Javier, sería perfecto. Pero el perfecto ahora era Javier.

Era un amigo fiel, a sabiendas de que ella le gustaba, confiaba en él. Por supuesto no quería hacerle daño.

De todas formas ya era un hombre, no era ningún niño, y sus consejos eran buenos, siempre mirando por ella y su bienestar emocional. Sabía que no quería que la hirieran. Y sabía que había terminado con Rubén hacía un mes.

¿Qué tipo de hombre se comportaba como un adolescente en pleno verano, y todo por irse a Cuba o al Caribe con un amigo, dejando a su pareja sola en vacaciones?

Eso había sido tan solo una excusa. Una excusa para dejar lo que tenían y ella lo supo en un instante.

Y no volvería con él ni en Octubre ni en Diciembre ni nunca. Estaba herida, había llorado todo el mes de junio, por tonta y haberle dado una oportunidad. Tampoco se arrepentía. Sabía que debía vivir ese tiempo con Rubén.

Y darse cuenta de quién era. Había sido maravilloso ese tiempo con él, pero al final estaba decepcionada. Porque lo amaba. Sabía que era el fin y había que

acabar con eso.

Se buscaría su propia felicidad y ahora sí que iba a ser con un compromiso serio, familia e hijos y no con un imbécil como él, que le había hecho perder el tiempo. La rabia la cegaba cuando pensaba en Rubén y se irritaba.

Pero cuando miraba a Javier y lo que había hecho por ella... irse de viaje con ella. Un viaje que costaba un dineral y sabía que todo lo hacía por ella y sin pedirle nada a cambio, eso también debía ser amor. Si se pudiese tener todo en la vida...

Javier si valía su precio en oro y le gustaba, siempre le había gustado. Si le hubiese pedido salir antes de que hubiese aparecido Rubén de nuevo, todo hubiese sido distinto. Ahora serían una pareja, porque ella le hubiese sido fiel y el viaje que estaba haciendo sería muy distinto.

Pero todo había surgido como no debería haber pasado. Y ya no había solución.

Las cosas pasaban por una razón. A lo mejor, la suya había pasado para que se diera cuenta de cómo era en realidad Rubén y no le diera ninguna oportunidad más.

De lo que estaba segura era de que no se arrepentía de haber vivido esa historia con Rubén.

Otra cosa era el final, pero el final, ella lo sabía y había actuado en consecuencia a sabiendas, pero debía hacerlo o se hubiese arrepentido de no haberlo hecho, porque siempre le hubiera quedado el: **y si...**

A lo mejor la vida, ahora, le estaba poniendo delante un hombre que se merecía, antes de lo previsto y debía darle una oportunidad.

Quizá ese fuera el hombre de su vida y ella había estado equivocada durante este tiempo.

Como su amiga Leonor la psicóloga, le dijo, había que cerrar una etapa para empezar otra. Y quizá esta que se le abría ante los ojos, esta etapa que la vida le ofrecía era maravillosa.

Pero no sabía si Javier estaba dispuesto o la estaba ayudando como amiga. Habían pasado muchos meses y los hombres tienen un aguante hasta cierto punto, pero haberla llamado, gastarse un dinero para ir con ella...

También sabía que había pedido las mismas vacaciones que ella. Eso tenía que significar algo. Y esa sabía qué significaba.

Javier era un tipo muy guapo, gustaba a las mujeres y ella lo había comprobado en sus salidas en el trabajo y cuando habían ido todos de tapas. Las

mujeres lo miraban babeando y no era para menos. Tenía un cuerpo de escándalo, era alto, sexy, moreno y de ojos azules y guapo.

Era más serio que Rubén, pero ella no quería comparar a dos hombres que le gustaban, pero era imposible no hacerlo.

Dos hombres físicamente imponentes y su tipo, pero dos hombres tan distintos...

Rubén, era impulsivo y terco, era juguetón y muy sexual. Era romántico a su estilo, con ella, porque ella lo era, pero, se comprometía menos y sin embargo, era más celoso. También había vivido casos más peligrosos y había visto cosas que nadie quiere ver.

Y en ese sentido era más duro. Los dos eran trabajadores y los dos eran hombres especiales.

No podía culpar a Rubén de nada, si lo pensaba,- mientras dormitaba con la cabeza echada en el hombro de Javier en el avión, cuando se cansaron de hablar-ella, casi lo había obligado a tener una relación fiel con ella cuando él no era así.

Ahora estaba con la cabeza en el pecho de Javier y sentía su calor a través de la camiseta. Olía tan bien... así se sentía protegida, aunque ella no quería que la protegieran, pero a veces, necesitaba un hombro donde reposar.

Y Javier era su amigo, su mejor amigo. Casi el único junto con la psicóloga a la que contaba todo. Bueno a Javier casi todo, de Rubén no, él era parte de su vida y nunca le hubiese dicho nada.

Hacía un mes que, lo había dejado con Rubén y no era justo para Javier que saliera en tan poco tiempo. Parecería que si Rubén no estaba ahí, ahí estaba él, y ella no quería hacerle daño por nada del mundo a su amigo ni perder su amistad. Eso mucho menos.

Lo pasaría bien y la vida ya se encargaría de que pasara lo que pasara. Ella no iba a anticipar acontecimientos ni iba a proponerle nada a su amigo ni iba a hacer nada, por mucho que le gustase estar así con él.

¿Acaso podía una estar enamorada de dos hombres? O quizá estar enamorada de uno y que te gustase mucho otro. Pero en tan poco tiempo...

Tampoco, a ella le gustaba Javier desde que lo vio por primera vez, otra cuestión es que tardaron demasiado, ocho meses y aparece Rubén truncando los planes de ambos.

Y ahí estaba de nuevo, un año después como al principio. Pero no sabía qué pensaba Javier después de estar ella con Rubén esos meses.

Ni siquiera si salía con alguna chica. No se lo había preguntado. Suponía que

no, porque si no, no estaría allí con ella, ni aunque fueran amigos.

CAPÍTULO 6

El viaje duró seis horas. Tuvieron suerte de que hubiera plazas libres y pudieron sentarse juntos y solos en los tres sillones de uno de los pasillos.

Durante el trayecto ella, le explico su plan turístico, qué tenía pensado hacer, ver y demás. Y él estuvo de acuerdo.

Habían reservado habitación en un hotel céntrico de Oslo. El Bondeheimen, que estaba a unos cien metros de todo el centro turístico y que llevaba desayuno incluido. Pensaban quedarse un par de noches allí.

Llegaron al aeropuerto de Oslo Gardermoen a las diez de la noche. Y tomaron un taxi hasta el hotel, porque ya era tarde y tenían hambre. El paisaje nocturno era de gran belleza, o al menos a ella le encantaba.

Pidieron dos habitaciones juntas, una al lado de otra. Eso era lo que pensaban hacer en todos los lugares que recorrieran.

Dejaron las maletas y bajaron a cenar a una hamburguesería que había cerca. Luego dieron un paseo por los alrededores, tomaron un café y se fueron directos a la cama.

Quedaron para las nueve del día siguiente, desayunaron en el Hotel y visitaron Oslo, el parque de Vigeland, el museo de las Naves Vikingas y el de Fram, que tenía un navío polar muy hermoso.

Luego fueron al centro y tomaron los platos típicos noruegos: el salmón ahumado, Brunost, que era queso de cabra noruego, Torrifisk, bacalao y Lutefisk, pescado blanco seco. Por la noche, salieron a bailar y a cenar. Javier, se portaba como un caballero.

Era un amigo divertido y un compañero de viaje excepcional. Todo le parecía bien. Había tenido mucha suerte de ir con él, hablaban de todo, del trabajo muy pocas veces, no querían estropear los días que tenían de asueto.

Se hacían fotos de todos los lugares, juntos o por separado. Bromeaban. Y como por arte de magia, no pensó en Rubén ni un solo segundo. Rubén quedó solapado por Javier.

Al día siguiente alquilaron un coche, porque en la agencia se lo recomendaron para visitar Noruega fuera de Oslo. Se despidieron del hotel, tras el desayuno y con un gran mapa y el gps, se adentraron a la aventura vikinga.

Visitaron Bergen, una ciudad repleta de estudiantes y fueron a ver el fiordo

de Bergen. Allí se quedaron una noche en un hotelito pequeño y maravilloso.

Luego visitaron el fiordo de Stavanger e hicieron un crucero, con salmón incluido y terminaron visitando el fiordo de Sognefjord, a cual más bonito e interesante. Disfrutaron mucho y decidieron pasar a Suecia y visitar la catedral de Gotemburgo y el castillo de Malmö.

De allí embarcaron a Dinamarca y pararse en la escultura de la Sirenita y Romo en las Islas Frisias.

El viaje estaba siendo inolvidable y ella no paraba de darle las gracias a Javier, porque en realidad era costoso, pero les mereció la pena a los dos.

Volvieron a Oslo y esa última noche salieron a cenar, de copas y a bailar. Una despedida.

Habían hecho una cantidad de fotos terrible, a ella le encantaba guardar un recuerdo de todos los lugares con encanto que habían visitado. Y la verdad es que Noruega era un lugar inolvidable y maravilloso y llevaba años soñando con poder ir y había superado sus expectativas.

Cuando regresaron al hotel, se despidieron en las habitaciones, pero Javier, se acercó a ella y la besó en los labios. Ella no se retiró, le había gustado el beso y le encantaba Javier y sus ojos azules. Y Javier profundizó el beso y buscó su lengua en un baile erótico y sensual.

Cuando terminó el beso, él, se quedó esperando con un interrogante y ella dejó que entrara a su habitación y Javier entró, la cogió por la cintura estrechándola entre sus brazos, como siempre había deseado hacerlo, como cuando había soñado con ella.

Un año llevaba soñando con ese momento y había llegado. Tenerla entre sus brazos besarla y hacerle el amor hasta que se olvidara de todo.

—Martina, no quiero ser un sustituto. Me gustas mucho ya lo sabes, eres una mujer inteligente y sabes que me gustas desde la primera vez que te vi. Quiero que me veas como quién soy, Javier. Si no puede ser así, prefiero seguir siendo amigo tuyo.

—Nunca serías un sustituto, sino un hombre maravilloso, alto sexy y guapo con el que voy a hacer el amor en Oslo. Un buen amigo y te deseo esta noche.

—Nunca pensé llegar a esta situación. Te he deseado tanto tiempo... si te hubiese pedido salir antes que él...

—Shhhhh —ella no quería nombrar a nadie. Estaban los dos solos.

La desnudó despacio admirando su cuerpo precioso y pequeño y ella temblaba. Era el segundo hombre en su vida con el que iba a tener relaciones

sexuales y no quería compararlo con Rubén. No lo haría.

Disfrutaría y ya está. Javier era además de un hombre maravilloso, su amigo y eso la ponía nerviosa, pero lo deseaba.

Javier era un hombre romántico, pero hacer el amor con él era mucho más de lo que ella había soñado. Era muy pasional y dedicaba tiempo a acariciarla, besarla hasta hacerla estremecer de placer.

Por fin comprendió que el sexo podía ser muy bueno con más de una persona y con Javier fue sublime. Sabía hacer el amor como nadie.

La llenaba completamente y la complementaba. Le decía palabras hermosas y la llevaba al clímax más excitante. Por no hablar del cuerpazo que tenía. Cuando estaban descansando después de la primera vez que hicieron el amor, estaban abrazados...

—No me compares con Rubén, no quiero saberlo.

—No te he comparado. Lo juro. He disfrutado de ti. Me gusta hacer el amor contigo, es... sublime. Eres especial.

—De lo único que podría arrepentirme es de no haberte conocido antes que a él.

—Yo también. Hubiese sido todo diferente. Pero ahora estamos los dos.

—No pensemos en eso esta noche. Ha sido muy romántico y precioso— y bajando su mano al sexo de Javier, este se la quedó mirando...

—¡Qué quieres, eres bueno y quiero repetir!

—Lo que la trabajadora social mande, eso tendrá- dijo riendo.

Tocó su sexo húmedo y abrió su piel para besarla y hacerle el amor ahí con la lengua y ella se moría, explotando en un orgasmo espectacular. Luego le hizo lo mismo a él que no se lo esperaba y creía morir de placer. Terminaron cuando él la subió a sus piernas e hicieron de nuevo el amor lentamente.

La habitación olía a sexo y a ellos.

—Te creía pasiva. No sé por qué te había imaginado más tímida.

—Pues te has equivocado. Soy una mujer activa sexualmente. Sobre todo si tengo un compañero sexy y guapo.

—Me gusta eso, nena. Eres tan preciosa y tan bonita...

—Gracias. Tú, también eres muy guapo.

—¡Qué pena!, si lo llego a saber, te beso el primer día que llegamos a Oslo. Ya llevamos doce días de retraso.

—¡Qué poli más malo!

Después de los doce días de visita, agotadores, volvieron a Madrid y a Alcalá.

Se abrazaron y se despidieron sin promesas, pero si Martina pensaba que la cosa iba a quedarse ahí, estaba equivocada.

Iba a luchar por ella contra todos los Rubenes del mundo. Él no dejaría a una mujer como Martina libre en verano. Ni en verano, ni en invierno.

Javier y ella, volvían al trabajo el mismo día, pero aún les quedaban tres días para ello y los iba a aprovechar para estar juntos.

Por las mañanas dormían hasta tarde en casa de ella y por la tarde salían a dar un paseo cuando refrescaba.

Se convirtió en su nueva pareja y no le importó demasiado que en tan poco tiempo hubiese cambiado a un hombre, por otro, pues Rubén había hecho lo mismo, pero ella no lo hacía por ese motivo o por venganza, le gustaba Javier, le había gustado desde que lo vio por primera vez. Lo suyo, había surgido sin más. Además, no tenía que darle explicaciones a nadie.

Era atento, educado, siempre la cogía de la mano sin que le importara quién lo viera y estaba orgulloso de tenerla.

Afortunadamente sus padres estaban de viaje en Marbella, porque ella no quería decirles nada de ese tema.

La vuelta a Alcalá y pensar que tenía bajo sus pies a Rubén, le bajó el ánimo un poco, a pesar de que salía con Javier.

Pero no pensaba dejarse amilantar. Además, no le importaba. Era una mujer libre.

Así que en esos días, se pasaban las tardes y las mañanas, en casa de Martina y buscando un hotel en la Manga para seis noches en la primera quincena de agosto.

Algunas noches, ella hacía cena, otras la pedían o la llevaba Javier que pasaba por su casa. Y alguna noche, cuando él volvía de su casa, traía unas hamburguesas, y ella se echaba en sus brazos.

—Me has salvado la vida. No teníamos cena.

—Por eso te traigo esto, guapa, para animarte. Además...

—¿Qué?

—Vengo duchado y con ganas.

Y lo tiró al sofá de un empujón y se echó encima de él que se reía a carcajadas.

—Oye pequeña, que la autoridad aquí soy yo. ¿Cómo tienes tanta fuerza con lo pequeña que eres?

Y tiró de ella y se la puso encima y le quitó la ropa poseyéndola sin

contemplaciones explotando en un clímax salvaje.

—¿Eso quiere decir que quieres que te acompañe? —preguntó mirando los hoteles que ella le mostró después en internet.

—Sí, sí, y sí. —besándolo encantada

—Me gusta este. ¿Qué te parece? No es muy caro para ser agosto. Es de tres estrellas y lleva pensión completa. No quiero estar buscando restaurantes. Quiero que descansemos en estas vacaciones.

—Me gusta y tiene buen precio. Las habitaciones se ven bien. Pues vamos a mirar a ver si hay habitaciones.

—Espera, miramos con una cama de matrimonio.

Al final la habitación con cama de matrimonio. Ella quiso pagarlo, pero en cambio, él pagó el todo incluido y no la dejaría pagar nada en el viaje. Además, se llevaría su coche.

—Me parece que lo que menos vamos a hacer es descansar —le dijo Javier, tocándole los pechos desnudos.

—Bueno, eres un hombre potente. Por eso te tengo.

—Y tú una brujilla insaciable que me gusta y me pone.

A los tres días se reincorporaron al trabajo en el Ayuntamiento. Conoció a la sustituta que habían contratado en el lugar de su compañera, que la sustituiría a las dos en los meses de julio y agosto cuando ellas estaban de vacaciones.

La saludó y le pareció una chica bastante preparada y era muy simpática y trabajadora.

Le gustó y congeniaron al momento. Sólo faltaba por conocer al policía que sustituiría a Javier y a Pablo, porque como ella, era la primera que se había ido, no lo conocía.

Cuando lo vio entrar no podía creerlo, Rubén con su desfachatez, había pedido ser sustituto los dos meses de verano. Martina sabía que era para estar cerca de ella y controlarla.

Pero era una profesional y tenía que separar el trabajo de su ya ex relación con Rubén.

Lo que le preocupaba era que iba a trabajar con Javier un mes entre julio y agosto.

Cuando terminó la reunión, ella se fue a su despacho. Iba a llamar a Javier,

cuando se encontró a los dos allí y a su compañera.

Javier estaba tenso y silencioso y Rubén estaba tranquilo, sentado en la mesa de la sustituta, charlando con ella, como si nada. Miró a Javier y le hizo ademán de que saliera del despacho.

—¿Javier, podemos hablar a solas fuera?

—Claro. ¿Pasa algo?- y cuando salieron ella le dijo...

—Por favor Javier, te pido una cosa —dijo estando a solas—, creo que ha pedido los dos meses para fastidiarme y tenerme controlada. No le entres al trapo. Es impulsivo y celoso.

—Sé lo que vas a pedirme, cielo. Yo también soy celoso y ahora estás conmigo. ¿Porque estás conmigo, no? No quiero estar en medio de un trío.

—Sí, yo no cambio a un hombre por otro sin terminar antes. Y con él terminé a primeros de junio. Cuando empecé contigo ya hacía mes y medio que lo había dejado con Rubén. Pero lo conozco. No le hables de nosotros. No le interesa. Ni le importa. Me gustas y quiero que estemos bien.

—Nena, ahora soy tu hombre. Y no dejaré que nadie te moleste-abrazándola a modo de consuelo

—Eso es lo que más me preocupa. Que te diga algo y os enfadéis. Que te provoque.

—Los hombres no se enfadan, se dan puñetazos.

— ¡Ay dios! Peor me lo pones, cariño.

—No seas tontita, cielo. Yo soy un hombre tranquilo. No te preocupes por nada.

—Vale. Gracias —y lo besó en los labios, cuando nadie los veía.

Y entraron de nuevo al despacho. Rubén, sabía que ella salía con Javier. Pensaba que eran amigos. Pero posteriormente se enteró de que habían ido juntos a Noruega, ella y Javier.

De todas formas hacía mes y medio casi que ya no salían. Pero ella, había tardado poco en encontrar a otro sustituto. No se lo creía. Y estaba lleno de rabia y por eso pidió ese trabajo en verano, para conocer al hombre que salía con Martina.

Sabía que había sido un estúpido y que lo seguía siendo por haber pedido el trabajo, pero le resultaba difícil olvidarla, por más que quería seguir como el verano anterior en el que se iba de fiestas con su amigo, en busca de una noche con alguna chica, en la que tenían suerte siempre. Pero este verano no era así.

Este verano, no le estaba yendo bien. Porque cuando iba a fiestas, no podía

estar con otra mujer. Ya no le hacía gracia ir de fiesta a ligar.

Se había acostumbrado a llegar a casa e ir con Martina a todos los sitios, al *paraje del lago* cuando tenían los dos el fin de semana libre. A comer en su casa o en la de él, a sus pijamas. Le daba igual ir a Cuba o al Caribe. No tenía ganas.

Sólo cuando la perdió, se dio cuenta de su estupidez. No podía exigirle ni reprocharle nada a ella. Tenían un compromiso temporal y ya le dijo ella que nunca esperaría a nadie. Y el otro, se había aprovechado de la situación.

Siempre había estado tras ella, trabajaba con ella y en cuanto vio la oportunidad fue a por Martina. Incluso se habían ido de vacaciones juntos.

No podía estar peor ni más celoso. Sabía que se acostaban juntos. Los había oído en su casa y no creía que estuviera allí para contarse historias. ¡Maldita fuera! Lo mataba pensar que ese tío le hacía el amor o la tocaba como sólo él lo había hecho.

Cuando volvieron dentro, Martina y Javier, éste fue al baño y Rubén aprovechó para preguntarle:

—¿Qué tal el viaje al país de los vikingos? —Preguntó entre irónico y enfadado.

—Muy bien gracias —le respondió muy calmada— ¿Por qué has pedido esta sustitución?

—Por cambiar, me gusta actuar en todos los sitios. Llevo medio mes y está bien.

—Ya. Lo imagino. Pues bienvenido. Así sabrás de cerca a qué nos dedicamos. Llamaron a Javier y a la sustituta y se quedaron solos en el despacho.

—¿Has ido con alguien al viaje?

—Para qué preguntas si ya lo sabes.

—¿Estás saliendo con él? —le dijo más para asegurarse que para preguntarlo.

—Rubén, no es ni el momento ni el lugar y no pienso darte explicaciones de nada que no te incumba. Tú y yo terminamos, por si no lo recuerdas a primeros de junio. Hace ya un mes y medio. Pero por ser tú y lo que tuvimos, te diré que sí, estamos saliendo. Llevamos apenas una semana. Espero que no te importe, porque tú, seguro que estás saliendo con más de una, que es lo que querías.

—No, no era lo que yo quería- le dijo muy serio.

—No, lo que tú querías es que yo espera en casita el mes que tú te fueses de vacaciones y te acostases con otras. Luego podrías venir a pedirme perdón en Octubre y yo como tonta te perdonaría hasta septiembre del año siguiente.

—Martina...

—Ni Martina ni leches. Se acabó Rubén. Te conozco demasiado bien y yo no soy la tonta que tú te crees. Que te entre en la cabeza que lo nuestro se acabó. Me ha dolido mucho, más de lo que imaginas y he sufrido y no te echo la culpa, porque lo nuestro tenía fecha de caducidad y siempre te dije que me dejarías y así ha sido, pero estoy comenzando una historia que ha surgido. Podemos ser amigos, pero nada más.

—Eso ya lo veremos...

—Será posible... ¡Maldito Rubén!

La mañana transcurrió tranquila, entre reuniones y revisar las salidas y usuarios que habían entrado y que le correspondían a ella.

Pero sobre las dos de la tarde, entró una urgencia y tuvo que salir al lugar. Allí se encontró ya la ambulancia y los policías, Javier y Rubén, que parecían algo tensos.

Esto, ella lo iba a llevar muy mal. Por muy profesional que fuese. Lo que más temía era cuando saliese la suplente y ellos dos, que no estuviese ella y se dijeran algo. La ponía nerviosa.

Uno de los días en que Martina se hallaba de vacaciones, fue cuando Rubén, que ya había pedido el puesto temporal para ese verano, se enteró de que se había ido con Javier y sintió celos.

Sabía que era un chico encantador y bueno en su trabajo, además de alto y guapo. Si hubiera sido un mal tipo, pero para colmo era del tipo que le gustaban a Martina. No entendía cómo se había ido con él de vacaciones al mes de romper con él. Pero eran amigos, y él estaba seguro. Hasta cierto punto...

Desde aquél día no podía dejar de verlos juntos a Javier y a ella y pensar que estaban de vacaciones doce días.

Podía haber sido él el que la acompañara. Pero no podía. Se le estaba yendo de las manos con Martina y no quería sentir lo que ya sentía, pero su lado egoísta no quería que ella estuviese con nadie.

¿Se habría acostado con él? Solo de pensarlo se ponía enfermo. Él no era tonto, así que suponía que sí, pero también pensar que otro le pusiera las manos encima lo ponía enfermo.

En el trabajo la vio actuar, Era rápida. Mientras ellos se llevaban al maltratador y parte de su familia, ella como si nada le ayudaba a la mujer y al crio a meter ropa y documentación en una maleta y se los llevó de allí.

Cuando dejaron en el calabozo al señor en cuestión, se pusieron en contacto con ella, por si necesitaba ayuda, pero ella ya iba de camino a un piso de acogida de la sierra de Madrid. No la seguía nadie. Que era otra de las cuestiones.

La policía del pueblo salió en su ayuda en cuanto entró al pueblo y dejaron a la mujer y al niño en la casa.

Allí rellenaron los formularios, la policía del lugar, ella, y los encargados de acogida. Se llevó sus papeles, escritos en clave, porque no se podía saber dónde se llevaban a las familias o mujeres. Estaban numerados por letras y números los lugares de acogida, por si acaso.

Y volvió a casa. Cuando acabó eran casi las siete de la tarde. Fue a casa directamente.

Cuando llegó se duchó como siempre y se puso un chándal, dispuesta a comer algo que en todo el día desde el desayuno no había probado bocado y estaba muerta de hambre. Sonó el timbre de la puerta y ella pensaba que era Javier. Lo esperaba. Pero al abrir, era Rubén.

—Rubén, no puedes hacer esto. Si hemos terminado, hemos terminado. No puedes venir a mi casa cada vez que te parezca.

—Te traigo la cena – dejándole una bolsa con hamburguesas.

—Gracias, pero no era necesario. Estoy esperando a alguien. Ya sabes que salgo con él. Lo sabes de sobra.

—¿A quién?

—A Javier, pero eso no te interesa. ¿Para qué preguntas tonterías, si ya lo sabes?

—¿Te has acostado con él?

—¿Qué? —preguntó ella con una sonrisa de rencor contra él.

—Que si te has acostado con Javier.

—Eso no te importa.

—Sí que me importa, si no, no te lo preguntaría.

—¿Te has acostado tú con alguna chica?

—No.

—Pues qué raro, terminamos porque querías el verano para estar con otras chicas, o porque te da miedo sentir. Una de las dos, así que no te voy a contestar porque yo no hablo de temas sexuales de un hombre con otro.

—¡Maldita sea Martina!

—No. Te lo voy a dejar claro. Dos veces me has dejado porque tu vida de libertad es más preciada que yo o cualquier cosa. Desde que te conocí, he sufrido pensando en cuándo acabaría. Te lo dije más de una vez y llegamos a ser claros y decirnos que si encontrábamos a otro nos lo diríamos. Pues bien. He encontrado a otro. Pero antes, me has dejado tú, como suponía que pasaría. Ya puedes seguir libre e irte a Punta Cana o a Punto Cano o tirarte a mil mujeres con tu amigo.

—Pero Martina...

—Tú me has ofrecido la oportunidad y el momento justo en que yo abra los ojos y quiera más de lo que tú me das o quieres darme. Si no me lo das, debo tener la oportunidad y la tengo, de encontrar un hombre que me quiera y que quiera un compromiso en serio conmigo. Estaba enamorada de ti, desde que te vi por primera vez en mi vida, que lo sepas. Nunca hubieras permitido que te lo dijese. Nunca. Habrías salido huyendo. De todas formas has salido huyendo por el otro motivo que me temía sin tener que decirte yo nada.

Hizo una pausa y con las manos en las caderas le volvió a decir:

—Me has decepcionado Rubén, me has hecho daño, pero ahora, he encontrado una persona que me permite decir lo que siento por ella. Y creo que lo merezco. Creo que merezco no estar con la boca callada para no decir lo que siento. Espero que lo entiendas. ¿Qué crees que he tardado poco?, no me importa. A lo mejor hubiese tardado dos años, como la vez anterior y fuiste tú mismo. Ahora se me presenta la oportunidad al mes y medio y lo tomo, porque merece la pena para mí. Soy feliz. Contigo también lo he sido. Mucho. Pero quiero que me dejes en paz, ¿Te queda claro? Y ahora. Sólo nos queda trabajar juntos el tiempo de verano que nos queda, como dos personas educadas, nada más. Y no vuelvas en Octubre. No hay tregua. Se acabó. Espero que lo hayas entendido a la perfección. Y ahora si no te importa, espero a Javier.

—Martina, te dije claramente que yo no me enamoro.

—Me importa un comino lo que me dijiste. Entonces no tienes que preocuparte de nada. Eres libre, porque quieres y porque pasarás un veranito estupendo conociendo a otras chicas y acostándote con ellas y yo, cariño —dijo en un tono irónico—, voy a hacer lo que quiera. Y no pienses por un momento que mi vida será dejar los veranos libres a mi hombre para que se acueste con quien le dé la gana y retomar las relaciones pasado el verano. Me daría asco. No he nacido para sufrir. Así que ya lo sabes. Gracias por la cena, pero no la necesito. Lo besó en la mejilla, le dio su cena y lo echó de su casa.

¡Maldita seas Martina! Esa mujer era increíble. Las mujeres con las que había salido no eran como ella. Cuando ella decía A, era A, y estaba en una encrucijada. Cuando pensaba en otras mujeres, no quería a ninguna, ni acostarse con ellas.

Tenía miedo, Martina lo conocía mejor que él mismo. Pero no podía ni estar con ella ni dejarla. Se frotó la cara y el pelo y se dio cuenta de lo estúpido que era y orgulloso.

Pero si creía que le iba a poner un anillo en el dedo, iba lista. Pero si otro se lo ponía, ¿qué iba a hacer? Lo malo es que desde que lo dejó con Martina, no encontraba su lugar en el mundo, no era feliz y siempre estaba de mal humor.

Menos mal que la veía en el trabajo, la veía guapa y uno de los días al salir del Ayuntamiento, la estaba esperando Javier y los vio irse riendo y bromeando y se sintió enfermo. Parecían una bonita pareja, ¡qué pronto lo había olvidado! se iba a volver loco de celos. ¿Celos? Él era celoso, demasiado celoso. Lo que pasaba es que no le gustaba lo que veía.

Martina y Javier, estuvieron comiendo en un restaurante y viendo las fotos que Javier había impreso una para cada uno. Recordaron los lugares y se rieron mucho.

—He conocido a una chica.

—¿En serio? —Preguntó ella impresionada.

—Es pequeña, tiene carácter y es guapísima y me muero por ella.

—Anda tonto, no digas eso.

—La conocí en vacaciones y es hermosa y mía.

—Vaya por dios...

—Sí, gracioso, ¿verdad?

—Yo también he conocido a un hombre.

—¿Debo ponerme celoso?

—No sé, es poli, alto, moreno tiene un cuerpo de escándalo y unos ojos azules que me matan y sabe hacer el amor como dios —le dijo esto último bajito acercándose a él.

—¡Qué tontilla eres cielo! Bueno dime, ¿te gustan las fotos?

—Me encantan, sobre todo las de los fiordos.

—A mí, también.

—Ya mismo nos vamos de nuevo de vacaciones. Tengo ganas de estar en la

playa contigo. Descansaremos y de relax. Pienso ir un día a que una tía guenorra me dé un masaje.

—Ah qué listo... pues a mí que me lo de un tío buenorro.

—Yo te lo doy.

Tras una pausa en que la miraba directamente a los ojos...

—No quiero que tengamos secretos Martina. Sé que no me quieres aún como te quiero yo. Sé que te gusto y que hasta hace poco has estado saliendo con Rubén. Eso me pone celoso hasta cierto punto. Ya lo sabes, pero sé que vivís en el mismo sitio.

—No tienes que preocuparte de eso. No voy a contarte el motivo por el que lo dejamos. Lo nuestro era un compromiso temporal, cuando nos cansáramos, lo íbamos a dejar. Y él lo dejó. Y quiero poner punto final a eso lo antes posible. Quizá haya pasado muy poco tiempo entre dejarlo y estar contigo. Un mes y medio. Pero lo nuestro es algo que ha surgido sin más para mí. No me lo esperaba.

—Sabes y no eres tonta, que me has gustado desde que te vi. Tampoco quiero que pienses que he aprovechado la primera ocasión para estar contigo. Surgió así el último día que estuvimos en Noruega.

—Siempre nos quedará Noruega.

—No seas boba.

—Tú, sí que eres tontito. Sabemos que lo nuestro como relación, surgió sin más y no tenemos que darle explicaciones a nadie. Y estamos muy bien. Yo estoy muy feliz contigo. Me gustas mucho. Estoy muy bien contigo, me lo paso muy bien y lo otro, ya sabes, también me gusta mucho...

—Calla, que estamos en un lugar público y tengo que contenerme. Quiero poder salir andando de aquí- y ella se reía.

—Bueno. Ahora en serio. Ayer, antes de que llegaras a casa estuvo en la mía.

—¿Rubén?

—Sí, Rubén. No quiero ocultarte nada. Estuvo pidiéndome explicaciones de si me acostaba contigo.

—Si no te deja en paz, tendré que hablar con él. Ahora sales conmigo —dijo en tono de enfado.

—No hace falta Javier. No quiero que le digas nada, ¿Prométemelo?

—Está bien, te lo prometo.

—Ya le dije que no tenía nada que decirle, que salíamos juntos y ya está, que él me había dejado y que lo nuestro se había acabado. Y que me merecía estar

con un hombre al que le gustaran los compromisos y no sólo temporales. Así que creo que le ha quedado claro. Por eso no quiero que tengas problemas con él, por dios, sólo vas a estar trabajando con él un mes. Y partido. Ya mismo nos vamos de vacaciones.

—Me gustas mucho. Lo sabes, y haré por ti lo que sea. Me comportaré como un compañero de trabajo y nada más. Sé que llevamos saliendo poco tiempo, pero quiero ponerle nombre a esto, ¿somos novios? ¿Amigos que salen con derecho a roce o qué?

—¿Quieres ser mi novio?

—Sí, nada me gustaría más. Te conozco ya hace muchos meses. El que salgamos hace dos semanas no tiene para mí la menor importancia, porque pienso recuperar el tiempo que no pude tenerte. Nunca pensé ya salir contigo, menos hacerte el amor y tenerte entre mis brazos y que me correspondieras. No te pido que me quieras tan pronto si así no lo sientes. Espero que algún día me lo digas. Pero me conformo con gustarte.

—Pues seremos novios.

—¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Y tan en serio. Ya nos conocemos desde hace muchos meses, como tú dices, el que salgamos ahora no tiene la menor importancia. Estoy muy bien contigo, eres mi hombre ahora y lo pasamos muy bien, me gustas mucho.

—Eres la novia más guapa que me he echado a la cara. Trabajadora y toda una mujer de principios, con carácter y eso me gusta. Y me gusta que me correspondas sexualmente que eso también es importante. ¿Estás satisfecha sexualmente?

—¿Cómo me preguntas eso tontito? Sabes que sí, que eres tremendamente sexual y eso me encanta. No pienses tanto. Sé que te cuesta, pero no quiero que compares ni que pienses cosas que no son. Sabes lo sincera que soy, y me haces feliz. Muy feliz en todos los sentidos.

Y lo miró con sinceridad y cariño y se besaron apasionadamente, sellando lo que llevaba rumbo de ser algo más que la amistad que habían compartido.

Ella sentía cosas por él que no le eran nuevas. Pero que la confundían. ¿Podría una enamorarse de dos hombres a la vez, quererlos tal como eran?

No había dejado de amar a Rubén. Era normal. Había sido su primer hombre y su primer amor, aunque él no le había correspondido como ella hubiese querido.

Aún era pronto para que desaparecieron todos esos sentimientos y cosas

que habían compartido juntos durante tantos meses. Habían sido meses bonitos.

Rubén era impulsivo, muy sexual también como Javier, y divertido también con ella, muy generoso, pero tenía esa parte que le había hecho sufrir con respecto a las mujeres y a su cercanía con respecto a ella y esa parte que no le gustaba nada, porque no podía expresarle sus sentimientos, no la dejaba. Ponía una barrera entre los sentimientos.

No le daba ese espacio íntimo que ella necesitaba para decirle palabras bonitas y de amor.

Bueno, palabras bellas, le decía, pero de amor, las evitaba siempre y era una parte de Rubén que la coartaba, no la dejaba ser ella libremente.

Pero en cuanto a sentimientos, no podían desaparecer así, como así en un mes. Seguía estando enamorada de él, pero tenía una parte racional que lo rechazaba.

Y luego estaba por otra parte Javier. Se estaba enamorando de Javier. También era tremendamente sexual y la hacía sentirse muy satisfecha sexualmente, y tranquila y relajada, al igual que con Rubén.

Pero con Javier tenía más confianza. Eran amigos además de amantes. Podía ser más libre de expresar sus sentimientos y emociones y con Rubén, no podía hacer eso, no le daba margen para ello.

No quería hacer comparaciones, pero con ambos el sexo era perfecto. Tenían dos cuerpos de escándalo. Había tenido mucha suerte. Sin embargo, Javier, era más amigo suyo, tenía más confianza con ella y la valoraba más. Le daba espacio para que dijera lo que sentía.

No tenía que medir las palabras con él. Le encantaba estar con él, su olor su forma de tratarla, también era divertido...

Era una locura. Eso era amar a dos hombres a la vez y no estar loca. Pero ella ya había hecho su elección, como la hizo la primera vez.

Quería vivir con Javier su historia y ver dónde le llevaba y por ahora, estaba en paz y con la conciencia tranquila.

Lo único que no llevaba bien es ver a Rubén, durante las vacaciones y cómo la miraba, como reprochándole que había sido ella la que lo había cambiado por otro en un mes. Pero ella ese chantaje emocional no se lo iba a permitir.

Jamás le permitiría a nadie que le hiciera un chantaje emocional ni que le dijeran lo que debía de hacer, cuando encima ella no había sido la que había tomado la iniciativa ni lo había dejado. El que no se hubiera acostado con ninguna, no era problema suyo.

No le habría ha surgido la oportunidad. Pero ese era problema de Rubén, no suyo. Martina, en un principio no había pensado tener nada con Javier, pero había surgido sin más como podría no haber surgido y era tan bello lo que estaba viviendo que no iba a dejar de vivir ese romance y tenía ganas de ir ya a la playa con él.

Se olvidaría de todo, que cada uno llevara su propia mochila a costas. Que ella no quería sufrir tanto ya.

Era hora de ser feliz con lo que la vida le diera. No podía estar al tanto de los sentimientos contradictorios de Rubén, de los suyos, de los de Javier. Iba a pensar en ella, por una vez en la vida y pensar en el hoy y el hoy era Javier.

Rubén, ya había tenido su oportunidad y la había desaprovechado haciéndole un daño emocional terrible, pero a pesar de todo, era feliz ahora. Y eso era lo que importaba. El presente.

CAPÍTULO 7

La semana que le quedaba antes de las vacaciones pasó volando. Veía a Rubén en el trabajo, él la miraba y hablaban justo lo necesario de temas laborales. Parecía que había tomado nota y con Javier hablaban de lo imprescindible.

Llegó agosto y se fueron una semana a la Manga a un hotel, aislado y tranquilo. Se compraron libros y revistas y se dispusieron a desconectar. Se fueron en el coche de Javier.

Su rutina consistía en levantarse, desayunar juntos, dar un largo paseo por la playa, nadar en la playa y en la piscina y leer.

Luego comer, hacer el amor, echarse una siesta, volver a hacer el amor, volver de nuevo a la piscina y al atardecer bañarse y dar otro largo paseo por la playa.

Cenar y a veces o veían la tele o bajaban a ver las actuaciones del hotel. Y volvían a hacer el amor.

Ella le decía que eso no eran vacaciones tranquilas, sino unas vacaciones sexuales a toda prueba.

Pero le encantaba Javier, su olor, su piel, su calidez, su aroma y el hombre especial que era en todos los sentidos. Cómo la trataba, su delicadeza y su pasión.

Siempre había creído estar enamorada de Rubén y probablemente también lo estuviera o lo hubiese estado, pero si lo miraba con cierta distancia y por primera vez comparaba a los dos hombres, Rubén, era un hombre que no la había valorado. Era inevitable que los comparara, pero eso nunca se lo diría a Javier.

Sin embargo Javier, ponía nombre a las emociones y sabía que estaba enamorado de ella, pero sabía que era pronto y no quería agobiarla.

Pero ella sí se lo diría, porque estaba colada por él. Su mundo giraba ahora en torno a ese hombre.

Le gustaba su pecho duro y su sexo grande y siempre dispuesto. Era detallista, le regalaba flores y bombones y siempre le llevaba algo. Era muy juguetón y la tocaba siempre y le gustaba.

Comparar a dos hombres, era muy difícil para ella. Sexualmente, eran muy parecidos. También eran juguetones los dos y bromistas.

Javier era más serio a la hora de valorarla y comprometerse. Estaba más pendiente de ella. Era un hombre íntegro y tranquilo. Y la quería por encima de

todo.

Sin embargo, amar a dos hombres a la vez, se le hacía muy difícil. Porque si bien seguía enamorada de Rubén incluso con sus defectos y le daba rabia estarlo porque aún provocaba en ella sentimientos que no quería, pero que no podía evitar. Y lo recordaba.

Había sido su primer hombre, no chico, sino hombre y le había enseñado todo acerca del sexo y eso era muy difícil de olvidar. Y eso que para convivir, también habían sido compatibles.

No entendía por qué razón se había comportado como lo había hecho. A ella, le era difícil perdonar eso.

Había estado herida, dolida y había llorado muchas noches. Y eso a Javier nunca se lo podría decir, porque le haría daño y ella por nada en el mundo querría hacerle daño a Javier.

Y por otro lado estaba Javier. A ella, se le iluminaba la cara cuando lo veía. Se sentía feliz con él. Sexualmente era muy pasional. Era más amigo suyo que Rubén y tenían más confianza por eso quizá disfrutase más con Javier y se abría más y podía contarle más sentimientos. Siempre lo había hecho desde que se conocieron. Y también estaba enamorada de él.

Ella misma comprobó que se puede estar enamorada de dos hombres a la vez y no estar loca, como decía la canción.

Podía amar a dos hombres distintos de manera distinta. Pero también sabía que no iba a jugar con ninguno y que su elección ya estaba hecha.

Estaban en la cama del hotel, en la siesta, después de hacer el amor...

—Javier...

—Dime cielo.

—Creo que estoy enamorada de ti- mientras acariciaba su pecho duro y moreno como una roca.

—¿En serio? No hace falta que me lo digas si no lo sientes Martina. Esperaré el tiempo que haga falta.

—En serio. Nunca te lo diría si no lo sintiera. Ya me conoces.

Él se la quedó mirándola emocionado. Le cogió la cara delicadamente.

—Yo, sí que te quiero con toda mi alma. Estoy enamorado de ti, desde el primer día que te vi. Y sufrí mucho cuando saliste con Rubén. Pero ahora te

tengo y que tú me quieras, es un milagro que no esperaba.

La tomó en sus brazos y se la puso encima.

—¡Repítemelo pequeña!

—¡Te amo!

—Y se introdujo en ella como nunca antes lo había hecho. Fue distinto y libre y fue tierno y salvaje y fue... amor.

El resto de las vacaciones, lo pasaron fenomenal. Hacían el amor de una manera distinta e inigualable.

Se decían palabras de amor y eso a ella le encantaba porque podía decir lo que sentía sin miedo. Y eso era maravilloso, estaba como en una nube flotando entre el resto de las nubes.

Pero como todo lo bueno se acaba, se les acabó la semana de vacaciones.

La siguiente semana, se fueron a casa de Javier, en la que no había estado todavía. Vivía en una casa preciosa de una urbanización de casitas, que además eran nuevas y estaban cerca de la casa de sus padres.

—¿Es tuya? —le preguntó ella intrigada porque tuviese una casa. Ya que nunca habían hablado de ello.

—Sí, la compré nueva. Es más grande de lo que buscaba, pero no quedaban de tres dormitorios. Tuve que comprarla de cuatro. Pero me encanta. Ven a verla.

Era una preciosidad de espacios abiertos, arriba tenía cuatro dormitorios y dos baños, uno dentro del dormitorio principal, con un gran vestidor y otro baño para el resto de las habitaciones.

En la planta baja, un aseo, un despacho y un gran salón comedor con una gran cocina con una isla. En el patio tenía un cuarto para la lavadora y útiles de limpieza y un patio no muy grande, suficiente para hacer barbacoa y poner una piscina hinchable en verano.

—Y mi novio tiene esta casa y yo en un apartamento... ¡Qué cosas!

—Puedes venir cuando quieras —le dijo abrazándola feliz.

—Me la quedo... esta semana —respondió toda contenta y entusiasmada.

Y se quedaron esa semana de vacaciones que les quedaban en la casa de Javier. Disfrutaron de la piscina e hicieron barbacoas por la noche. La casa era maravillosa.

Se sentaban en el patio y no tenían ni que salir. Se cogían de las manos y se besaban. A veces él le leía un libro que compraron, pero ella prefería que se lo leyera mientras ella cerraba los ojos e imaginaba. Javier tenía una voz bonita. Las noches eran mágicas.

Martina hacía la comida y Javier le decía que era muy buena cocinera. Le gustaba todo lo que hacía. Parecían una pareja feliz y lo eran.

Miraron todas las fotos que habían sacado en la playa y que habían ido una mañana a imprimirlas. Algunas eran preciosas.

Jugaban y hacían el amor. Leían y se echaban su siesta. Era maravilloso estar con él y su casa era preciosa.

Y se les acababa el tiempo de vacaciones...

Volvieron al trabajo y como siempre tenían que ver a Rubén, con su cara larga otros quince días. Javier tenía que interactuar con él. Pero no era tan impulsivo como Rubén. Era muy tranquilo. Y sabía llevar bien a la gente.

El cuarto día que llevaba trabajando, Martina, se dio cuenta de no haber tenido la regla y no se acordaba de la última vez que la tuvo. Y entonces se puso muy nerviosa.

Porque si estaba embarazada, el hijo podía ser de cualquiera de los dos y se echó a temblar. Sintió marearse y se fue al baño a vomitar, más por los nervios que por otra cosa. Si era de Rubén, no iba a decirle nada.

Quería y pedía a Dios que fuese hijo de Javier, si es que estaba embarazada. Estaba deseando que terminara la jornada laboral. Era lunes y para colmo tenían todas las reuniones a las que apenas prestó atención inmersa en su problema.

Cuando salió del trabajo, se animó a ir a una farmacia camino de casa y comprar un test de embarazo.

Aun así tendría que pedir cita al ginecólogo, si lo estaba, para saber el tiempo que tenía de embarazo. Puede que aunque la regla no le había venido, hubiese sido por el disgusto que se llevó cuando la dejó Rubén.

De momento Javier y Rubén trabajaban juntos y Rubén se iría pronto de vacaciones, el mes de septiembre. Y tendría un problema menos.

Pero y ¿Javier? Si el niño no era suyo... tendría que ser sincera con él. Ahora que su vida era maravillosa por primera vez... Ya sabía ella que no podía en la vida ser todo felicidad.

Cuando llegó a casa se hizo el test de embarazo: POSITIVO. Ya casi lo sabía y aunque no tenía síntomas, tampoco sabía de cuánto podía estar. Si era de Rubén, debía estar de tres meses o así y si era de Javier de un mes o poco menos. Esa era la diferencia. Pero ella no se notaba nada en el vientre ni que le hubiera

crecido.

Se apresuró a pedir cita con un ginecólogo. Necesitaba saberlo y cuando lo supiera, se lo diría a Javier. Estaba hecha un lío.

Y no paraba de llorar. No sabía ni cómo ni cuándo ni de quién se había quedado embarazada. Su vida se había convertido en un infierno de la noche a la mañana. No había nadie más triste que ella en esos momentos. Feliz por tener un hijo y triste porque estaba segura de quién iba a ser el padre.

Y tenía que disimular en el trabajo y disimular con Javier para que éste no la viera triste.

También podía ser que no se lo dijera a nadie hasta que se le notara. Si era de Javier no había problemas, se lo diría y seguro que lo haría muy feliz, pero si era de Rubén, su vida iba a ser un calvario.

Y no podía contárselo a nadie. Ni a su mejor amigo, Javier, que podía ser uno de los padres.

No podía llamar a Javier, ya que había salido con su compañera y con Rubén a una de las urgencias a las que salían.

No tenía buen presentimiento, tenía un miedo atroz con el tema del embarazo y sintió por primera vez un ataque de pánico.

El ginecólogo le dio cita para el viernes de esa semana por la tarde. Iría sola y no diría nada a nadie de momento.

El viernes iba hecha un flan camino del ginecólogo como quien va a al matadero. Tenía la seguridad de que el hijo iba a ser de Rubén. Lo sabía. No podía tener tanta suerte.

Y así fue como a finales de agosto, se enteró de que estaba de tres meses y medio. Era de Rubén. Y se había quedado embarazada a mediados de mayo, justo medio mes antes de cortar su relación con Rubén.

Pero ella iba a mantener el secreto hasta que se le notase. No iba a decir nada a ninguno. Se lo diría a Javier, cuando no le quedara más remedio.

Sabía que la dejaría como la dejó Rubén y quería disfrutar de él ahora que estaba enamorada, todo el tiempo que pudiese.

Así que pasaron los días, Rubén, se fue de vacaciones. Martina nunca supo dónde ni se preocupó por ello y seguía su vida feliz con Javier que cada día se querían más.

Estaban a mediados de Septiembre. Estaba ya de cuatro meses y empezaba a notársele algo el vientre.

Ya tenía que decirle a Javier la situación. No podía esperar más. Sabía que le haría daño pero ya todo terminaría y ella también acabaría con esa desazón que le angustiaba y que no podía tener bajo ningún concepto. Sobre todo por el bebé. Se lo diría esa misma noche.

Si Javier, decidía dejarla, tenía que arriesgarse y si Rubén no quería a su hijo, también. Ahora la prioridad, no era Rubén, ni Javier, ni siquiera ella.

Ahora su prioridad era su hijo y eso era lo más importante en su vida ahora. Lo más seguro es que tuviera que dejarlo con Javier. Rubén, nunca permitiría que Javier criara a su hijo y la vida se le iba a hacer imposible.

Tenía ganas de llorar un mar de lágrimas. Se sintió la mujer más triste del mundo.

Pero como a las doce de la mañana, estaba en el Ayuntamiento y María había salido con los chicos a una emergencia. Recibió una llamada de teléfono. Era Pablo, el compañero de Javier. No sabía por qué la llamaba, si estaban en una emergencia.

—¡Hola Martina!

—¿Hola Pablo, qué pasa? —Tuvo un mal presentimiento y se levantó de golpe.

—Siento yo ser quien te lo diga, pero Javier ha tenido un accidente.

—¿Un accidente, qué clase de accidente? —dijo toda desesperada, porque Pablo aguantaba las ganas de llorar.

—El agresor tenía una pistola y disparó contra nosotros y le ha dado a Javier.

—¿Pero y los chalecos salvavidas?

—Le ha dado en la cabeza, Martina.

—¿Qué?, ¿cómo está es grave?, ¿dónde lo han llevado? ¡Por Dios! , ¡Dímelo!

—Es grave. —dijo todo compungido.

—No puede ser. No puede ser. No puede ser —gritando y llorando y los compañeros del Ayuntamiento acudieron a su despacho.

—Lo siento Martina. No lo ha superado.

—Noooo, no puede ser, no puede serrr... y se desmayó.

—Martina, Martina...

Cuando se despertó, estaba lívida y sus compañeros se habían echado agua por la cara y las sienes.

—Nos has dado un susto de muerte. ¿Qué ha pasado?

—Javier, ha muerto. Le han disparado en la cabeza, ¡Por Dios!

Todo el mundo se puso en marcha y ella no tenía fuerzas ni para levantarse de la silla.

Ya todo fueron prisas, órdenes. Se pusieron en contacto con la policía para que se lo dijese a su familia.

—¡Quiero verlo! —le dijo a la Delegada de Servicios Sociales, que marcó su teléfono y le dijeron que se lo llevaban al Hospital General de Alcalá.

—Ahora está en el Hospital. Le van a hacer la autopsia. Lo llevarán al tanatorio, con toda su familia mañana por la tarde. Allí podrás verlo. Lo siento mucho Martina. Es mejor que vayas mañana por la tarde. Ahora estará su familia con él. Iremos todos y también sus compañeros.

—Quiero estar sola. Me voy a casa.

—¿Estarás bien? ¿Quieres que llame a tus padres?

—No, mis padres están en la playa con mis tíos y no los voy a molestar. Estaré bien. Tomaré un taxi.

—Vale, luego nos vemos en el tanatorio. Te llamaré para ver a cual lo llevan.

Cuando llegó a su casa, se echó en la cama. No se lo podía creer y no podía dejar de llorar. Su amor había muerto. Lo mejor que había pasado por su vida, ya no estaba.

Tenía que verlo con sus propios ojos, y ahora, ¿qué iba a hacer sin él? Lo amaba, lo había amado mucho.

Habían pasado días maravillosos y no podría olvidar sus palabras, la forma en que la había tratado y sus ojos azules. ¿Por qué él? La llamó todo el mundo, Pablo, sus compañeras. La psicóloga, que conocía toda su historia...

Tenía los ojos rojos e hinchados y las fotos de las vacaciones en el regazo mientras las miraba. Sabía que eso no le haría bien al bebé y que tenía que recomponerse.

Si al menos su hijo, fuese de Javier... le quedaría algo de él. A ellos, a su familia, nunca les dio tiempo de decirles que salían juntos, pues sólo llevaban mitad de julio, agosto y mitad de septiembre. Dos meses, y no les había dado tiempo.

Y así sería. Nadie más que sus compañeros lo sabían. Su hijo era de Rubén, pero lo dejaría vivir su vida loca y bonita de veranos libres.

Sabía que Rubén, era un buen hombre, pero quería hacer todo a su manera y ella no había estado dispuesta y con un hijo suyo, no iba a tolerar que siguiera

siendo cómo era, sin ataduras.

Un hijo implicaba ataduras, compromisos, e implicaba estar ahí para él, incluso los veranos. Debía ser un padre para su hijo y no creyó que Rubén estuviese por la labor.

Se había quedado vacía. No sentía nada y no quería que sus padres se dieran cuenta cuando la llamaban desde Marbella, pues estos creían que aún seguía saliendo con Rubén.

Nunca les dijo nada, querían que pasaran unas buenas vacaciones hasta primeros de octubre que regresaran. Entonces y solo entonces, hablaría con ellos.

Ella no pudo ir al tanatorio, no tuvo fuerzas para ello, pero sí fue a la Iglesia. Allí pasaría más desapercibida. No iba a poder contener las lágrimas.

En la Iglesia, estaban todos los compañeros de Javier y ella tuvo que aguantar allí, tenía que comportarse como una amiga y no como su novia, aunque fuese de poco tiempo.

Tenía un dolor inmenso, pero cuando veía a sus padres, el suyo, no era nada comparado con el de enterrar a un hijo.

En los días posteriores ella fue por las tardes al cementerio a hablar con él y siempre salía fatal y débil. La había dejado tan sola... su tristeza no tenía límites.

Había pasado casi un mes de la muerte de Javier y parecía que había sido ayer, para ella. Aún seguía triste y desolada. Había espaciado sus visitas al cementerio porque le hacía mucho daño y tenía que mirar por su bebé. Pero jamás lo olvidaría.

El viernes, tenía cita con el ginecólogo y éste le hizo una ecografía. Estaba de cinco meses y medio. Era mitad de Octubre Pero cuando lo vio tan pequeñito, lo quiso al instante. Aún no había hablado con sus padres, pero ya debía hacerlo, Pues el vientre se le iba notando.

El ginecólogo le dijo que era una niña. Y ella tan sola... ¿Cómo iba a decirles a sus padres que estaba embarazada y que no salía con Rubén? Y la gente iba a pensar que era hijo de Javier, o alguno haría cuentas y... estaba hecha un lío.

Tendría que decírselo alguna vez a Rubén. Tenía derecho, además era su padre, no se lo perdonaría si no lo hacía.

Pero a quienes se lo dijo porque ya era inevitable y se le notaba fue a sus amigos, Pablo, su novia, María y a la psicóloga, que conocían su historia.

Y a todos les dijo que ojalá el niño fuese de Javier. Y cómo no, a sus padres, también tuvo que decírselo. Les contó toda la historia, Evitando la historia con Javier. No quería hacerles más daño y no tenía sentido que la supieran.

Para colmo tenía que hacer de tripas corazón e ir al trabajo. Los primeros días iba como un zombi, pero los siguientes ya se fue acostumbrando a dormir más, más por el embarazo que por la pena.

Seguía yendo al cementerio, ya no todos los días, pero sí los fines de semana, porque le dolía y no quería hacerle daño al bebé.

El médico le dijo que tenía que cuidarse mucho.

Dar paseos y comer bien, ya se le notaba el embarazo. Estaba muy contenta por estar embarazada y muy triste por estar sin Javier y necesitó acudir a la psicóloga del ayuntamiento, Leonor, que se portó fenomenal con ella y que le hacía un hueco diario y la ayudó mucho durante el mes de Septiembre y parte de Octubre, que gracias a eso pudo sobrevivir y mitigar la pena que tenía.

A mediados de octubre ya estaba de cinco meses y no había visto ni una vez a Rubén. Fue el día que salió del ginecólogo y le dijo que era una niña.

Seguro que Rubén se había ido de vacaciones todo el mes de septiembre, pero nunca se cruzó con él en el edificio en el que vivían. De todas formas ya no lo veía mucho.

Tuvo que decirle a Pablo y a María que el niño no era de Javier, que ya hubiese querido que fuese suyo y les contó la historia llorando.

Ellos la consolaban y la protegían. No la dejaban sola porque sabía lo que había querido a Javier y le decían que nunca lo habían visto tan feliz, que al menos eso se había llevado con él.

Se alegró definitivamente de no haberle dicho nada del hijo. Ella, por las tardes, cuando iba al cementerio se lo decía. Le pedía perdón, le llevaba flores.

Ese mes de Octubre, a primeros, se dedicó a comer bien y a cuidarse. A callejear por las tardes.

Iba el sábado por la mañana al cementerio y luego comía algo por alguna taberna, sobre todo la que le gustaba a ella e iba con Javier.

Y era justo mediados de Octubre, cuando se encontró con Rubén en la taberna. Ya tenía cinco meses, había ido al ginecólogo esa semana y le había dicho que era una niña.

Era sábado y venía del cementerio y de dar un paseo, antes de irse a casa y echar su siesta. Iba a tomarse unas tapas.

Ella estaba sentada, con lo que no se le veía la barriga. Rubén, iba con

vaqueros y una camiseta de manga larga fina. Estaba muy bien. Siempre lo había estado. Tenía que reconocerlo. La vio sola en la mesa y se acercó a ella.

—¡Hola Martina!, ¿puedo sentarme?

—Siéntate. ¿Qué tal tus vacaciones? —le dijo. Sabía que podía aprovechar ese momento para decírselo todo.

—No fui al Caribe al final, ni a Cuba.

—Vaya, ¿y eso? —dijo sin ningún interés.

—No me apetecía. Quiero darte el pésame. Me enteré de lo de Javier. Lo siento mucho.

—Gracias. Te lo agradezco... Le contestó tristemente. ¿Y dónde has estado entonces?

—En el hotelito la mayor parte del tiempo.

— ¡Qué bien, es muy bonito!, la verdad.

—Luego he pasado unos días con mis padres en Asturias. ¿Cómo estás?

—Mejor. Estoy bien, algo cansada, pero bien.

—Te veo distinta y más serena. Has engordado algo. Te sienta bien.

—Gracias.

—Venga, te invito a unas tapas, comamos juntos. Somos amigos, ¿no?

—Sí, porque tengo hambre. Iba a tomarme algo antes de ir a casa.

—Pues venga pidamos. ¿Cerveza sin alcohol?

—Sí, y de tapas pide las que quieras. Me gustan todas aquí.

Y Rubén pidió unas tapas, las que sabía que a ella le gustaban. El habérsela encontrado de nuevo, había cambiado su forma de ver la vida.

Desde que se dejaron en junio, su vida había cambiado. Había pasado por miles de sentimientos y sensaciones distintas.

Había estado muy celoso, había estado muy enfadado con ella por cambiarlo en tan poco tiempo, a pesar de que él pensaba acostarse con otras y nunca lo hizo, porque no podía.

Tanto tiempo que había estado con ella y no podía hacer el amor con otra mujer, porque se dio cuenta de que ninguna era como ella.

Había antepuesto su egoísmo y sus ideas machistas, al respeto que ella merecía, porque era una gran mujer. Le había hecho daño, pero no tanto como el que se había hecho así mismo comportándose como un adolescente y un imbécil y luego fue tarde. Envidiaba a Javier, incluso aún muerto, lo envidiaba.

—¿Qué tal vas superando lo de Javier?

—Lo llevo bien. Aún es pronto y salimos muy poco tiempo, apenas dos

meses, pero tengo que seguir adelante. Tengo que darte las gracias por tu comportamiento con él. No quería que os hubieseis enfrentado.

—Siento lo nuestro Martina, siento haber sido un estúpido machista y haberte hecho daño, no ha habido un día en que no lo lamentara. No he podido ir a ningún sitio. Me di cuenta de lo imbécil y adolescente de mi comportamiento. No pretendía hacerte daño y te lo hice. Podíamos haber sido una buena pareja.

—No te preocupes. A veces actuamos como somos o necesitamos hacerlo en ese momento. No te guardo rencor. Tú, en ese momento hiciste lo que creías necesario. Además nosotros casi teníamos un compromiso temporal, como tú querías. Quedamos en que si alguno decidía irse, pues nos íbamos sin problemas. No te voy a decir que no sufrí, porque sufrí mucho que me dejaras por esa razón. Pero te respeté.

—¿No sientes ya nada por mí? ¿Nunca lo has sentido?

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Luego cuando volvimos a encontrarnos, también, pero nunca me dejaste decírtelo, no querías oírlo. Siempre he estado enamorada de ti Rubén. Nunca he dejado de hacerlo, aunque a veces hubiese querido darte un buen puñetazo.

—¿Y ahora?

—Ahora nada ha cambiado con respecto a lo que siento por ti. Pero, estoy sola y tengo muchos problemas Rubén y hace muy poco de lo de Javier, al que también amaba, aunque te resulte extraño y tengo que superarlo para seguir adelante con mi vida.

No podía concebir que amara a dos personas a la vez. Aún lo amaba, pero para él, estaba aún Javier entre ellos. Y eso lo hacía sentirse celoso y no era el momento de salir de nuevo con ella hasta que no superara lo de Javier. Lo sabía.

—¿Quieres tomar un café y tarta en otro lado?— le preguntó, pensando que ahora no era el momento, pero que esperaría lo que tuviese que esperar para conseguirla de nuevo. Porque él se había dado cuenta de que también estaba enamorado de ella.

Si se levantaba él iba a notar su embarazo avanzado ya, pero a estas alturas, no le importaba ya nada. Y le apetecía un poco de azúcar. Y le apetecía estar un rato más con él.

Y alguna vez, tenía que enterarse. Si era hoy, mejor. Se quitaría un peso de encima. O lo compartiría, lo cual, le daría un poco de paz y relajación. Debía saber que iba a ser padre. Que hiciera lo que quisiera. Ella no lo iba a necesitar si él se desentendía. Pero al menos habría hecho lo correcto.

Así que se armó de valor y se levantó.

—Sí, quiero café y tarta. Necesito azúcar.

—Pero... ¿estás embarazada? —dijo sorprendido.

—Una pregunta tonta, cuando se nota a la legua.

—Pero ¿cómo...?, ¿qué...?

—Sabes hacer niños muy bien Rubén, no preguntes.

—Lo siento. Venga vamos a tomar esa tarta.

No le preguntó nada. Ni de cuánto estaba. No cogió la indirecta. No le preguntó si era suyo. Dio por hecho que era de Javier. El rato que estuvieron tomando café estuvo muy serio y menos hablador. Ya se daría cuenta o haría cuentas. A una mujer no se le notaba un embarazo tan avanzado a los dos meses.

Y cuando terminaron y salieron del café, le dio una excusa y se fue.

Adiós Rubén para siempre. No le había dado opción a que le contara que la niña era suya y ella no tenía fuerzas para nada.

Se sentía vulnerable y francamente no tenía fuerzas ni ganas de luchar. Ya habría un tiempo en que lo supiera. No tenía ganas de seguir luchando contra el mundo. Tenía cosas mejores de qué preocuparse.

Cualquier día, que se armara de valor, si él no se daba cuenta, bajaría a su casa y se lo diría. Tenía que hacerlo. No iba a dejar que no lo supiera.

Era el padre y tenía derechos. Deberes, los que él quisiera. No le iba a pedir nada, ni manutención para la pequeña ni nada.

Ella era independiente y tenía un buen sueldo, casi mejor que el de él, así que podía mantener a su hija sin tener que pedirle nada a nadie.

Cuando lo había visto, casi le había dado un poco de pena. Estaba tan guapo e imponente como siempre había estado.

Pero ella ahora no estaba para eso. Nunca había dejado de quererlo.

Le removía aún cosas que no quería sentir. Le parecía estar siendo infiel a Javier. Pero ella ya sabía de antemano que amaba a dos hombres.

El tema era su hija. ¿Qué haría Rubén, cuando se lo dijese? No sabía si le iba a hacer ilusión, si se iba a enfadar por no habérselo dicho antes. Pero es que ella tampoco lo sabía. Se había enterado hace relativamente poco.

Al verlo tan serio durante el café no sabía lo que pensaba. Pero conociéndolo y sabiendo lo impulsivo que era quizá pensase que el niño era de Javier. Ni siquiera le había preguntado de cuánto estaba.

Tendría que hablar con él y pronto.

CAPÍTULO 8

Cuando sus padres volvieron de las vacaciones en Octubre, ella tuvo que contarles todo. No los iba a engañar. Eran sus padres y se merecían contarles la verdad.

Su madre le decía que todo se arreglaría que ella sabía que acabaría con el padre de su hija. Que debía habérselo dicho, que tenía derecho a saber que iba a tener un hijo.

Sabía que su madre tenía razón. Y su padre le decía a su madre que la dejara en paz, que era grandecita y que ya llegaría el momento de que ella hiciera lo que tuviese que hacer.

Querían que se mudaran con ellos para no estar sola, pero ella no quiso. Mantener su independencia era primordial para ella, ya había salido y no iba a volver a entrar en casa de nuevo.

Su embarazo, era muy bueno. Andaba por las tardes más de media hora, leía y a veces iba al cementerio a ver a Javier a llevarle flores.

El dolor, fue un dolor mojado, un cerrojo al vacío, pero el tiempo lo fue mitigando y cuando hablaba con él allí sola en el cementerio, le hablaba como un amigo contándole las anécdotas de la semana o del mes.

Iba cada vez menos y a veces le pedía perdón y lloraba desconsoladamente. No quería acongojarse tanto por el embarazo, porque iba a hacerle daño a la pequeña, por eso.

Ella solicitó a los seis meses de embarazo, hacer trabajo de oficina hasta que terminara su maternidad. La niña nacería a mediados de Febrero.

En casa de Rubén no se oía nada. Ella hablaba regularmente con su hermana Tere, pero nunca le había preguntado por él.

Estaba ya casi de ocho meses. Bajó unas cuantas noches a su casa, durante unas cuantas semanas, pero no le abría nadie, ni se oía movimiento en su casa. Ni lo había visto. Tenía que decírselo. Hablar con él y contarle la verdad.

Era raro que no estuviese ningún día en su casa. Quizá se había cambiado, pero en el buzón permanecía su nombre.

Una de las veces que habló con su amiga Tere, le preguntó por su hermano,

le dijo que hacía mucho tiempo que no lo veía y eso que vivían en el mismo edificio. Tere lo sabía.

Además sabía que habían estado saliendo un tiempo juntos, pero nunca le preguntó por qué cortaron.

—¡Hola Martina!, ¡qué alegría que hablemos de nuevo!, ¿cómo estás?

—Muy bien y ¿tú?

—Estupendamente. Oye Martina, sé que estuviste saliendo con mi hermano un tiempo, lo sé.

—Perdona, no quise decírtelo. Ya sabes cómo es tu hermano y no sabía si lo nuestro iba a durar mucho. Él no se compromete.

—Es un idiota. No sabe lo que vales. Pero creo que le gustabas mucho, cuando venía a casa, yo le preguntaba siempre cómo estabas y a él se le iluminaba la cara. Venga cuéntame qué os ha pasado para terminar.

—En vacaciones quiso cortar conmigo para irse con otras mujeres, Tere. Es duro, pero es así. Sufrí mucho, porque ni en vacaciones quiso que fuésemos juntos. Las preparó con su amigo para irse al caribe. Así que, qué iba a hacer.

—Mandarlo al carajo. Aunque es mi hermano. Yo hubiese hecho lo mismo.

—Pues eso hice. Lo siento por tu hermano. Luego me lo encontré un día y he bajado a su casa y no está. Sin embargo su nombre, sigue estando en el buzón.

—No está en Alcalá. Ha pedido un permiso especial o algo así y está en Palma de Mallorca por dos años. Es un servicio peligroso y secreto. Al menos eso nos ha dicho, y como estará en una casa pagada, con otros policías secretas, no ha querido dejar el apartamento. Pero yo creo que es por verte después. Estoy seguro de que te quiere. Pero es terco como una mula y le costará reconocerlo.

—Tu hermano tiene una forma rara de querer. Yo también lo quiero. Desde que me lo presentaste en aquella fiesta. Luego nos encontramos por casualidad aquí. Pero bueno. Ya volverá. Quizá algún día lo llame.

—Llámalo seguro que le hará ilusión. Me gustaría mucho que fueras mi cuñada. Lo sabes mejor que nadie. Pero yo a mi hermano no puedo decirle nada. Es muy especial para esas cosas. No me dejaría ni empezar a hablar...

—Bueno y ¿qué tal el trabajo?

—Estresante Martina, pero ya sabes que me encanta y es lo mío ¿y tú?

—Ahora tengo un trabajo de oficina y no hago salidas. —Evitó decirle por qué.

—Pues descansa un poco y así te liberas, el trabajo de oficina también está bien, aunque te guste la acción.

—Bueno amiga. No te canso más, te llamo otro día. Les das besos a tus padres. Y a Pedro. Y te cuidas cielo.

—Tú también Martina. Ya te llamo otro día. Adiós.

—Adiós, Adiós.

Ya casi no se veían, por los trabajos de cada una, pero, se llamaban mucho por teléfono para estar en contacto y ella nunca le dijo que estaba embarazada y menos de su hermano.

Tere le dijo que su hermano había pedido hacía unos meses una comisión de servicios de dos años en Mallorca.

Debía haber sido cuando la vio embarazada. Ahora no podía decirle nada hasta que no volviera. Su hija tendría casi dos años y se iba a perder parte de ella. Sabía que era impulsivo.

No había cogido la indirecta no había pensado que su vientre estaba demasiado abultado para que el hijo fuese de Javier.

Siempre actuaba así, terco y por impulsos. No lo había pensado bien. Sabía que se había ido para estar lejos de ella, para darle tiempo a superar lo de Javier.

Para olvidarse de ella y del hijo que esperaba. Si no, no tenía sentido que siguiera pagando el apartamento durante dos años. No quería estar cerca de ella.

Si hubiese sido Javier, quizá la hubiese ayudado, jamás la hubiera dejado sola. Esa era la diferencia entre los dos hombres.

A pesar de todo, lo seguía amando, con sus defectos, porque sabía que en el fondo era una buena persona. Pero era incorregible. Sólo tendría que esperar. Su apartamento aún lo mantenía. Dos años era mucho tiempo...

Cuando Rubén tuvo su última conversación con Martina, aún creyó tener posibilidades si le daba un tiempo a que se recuperase de lo de Javier. Al fin y al cabo habían salido sólo dos meses.

Y ella le había dicho que lo amaba a él también. Ser su primer hombre no era fácil de olvidar para una mujer, pero si ella le decía que seguía enamorada de él... ¿cómo había también querido a otro hombre a la vez? Y además cuando se levantó de la mesa y la vio embarazada, no pudo soportarlo.

Esperar un tiempo, vale, pero educar al hijo de otro, eso se le haría muy difícil en esos momentos. No podía.

No podía verla embarazada de otro y otra vez, se dijo, la dejó sola, pero es

que a él le producía también sufrimiento, por ella y por él mismo.

No podía evitar ser como era y no iba a cambiar tampoco. Pero sí que había cambiado en una cosa, y era en que no podía estar con otra mujer que no fuese ella, por eso no se fue en verano de vacaciones con su amigo, ni al Caribe ni a Cuba.

Cogió sus cosas y se fue al hotelito de la montaña, donde habían estado los dos. Pidió incluso la misma habitación que siempre cogían.

Allí, aunque era un hombre, grande y seguro, lloró por su estupidez y por haberla perdido. Por ello, se fue allí a descansar y pensar en su vida y en todo.

También pensó en el dolor de ella por Javier, el hombre del que estaba celoso como nadie porque la había amado como él y la había tocado como la había tocado él. Pero sentía verla sufrir por otro, y eso le dolía. Estaba cambiando.

Y el cambio que había experimentado era por ella. Ahora lo sabía. Todo el tiempo había estado enamorado de ella sin saberlo. Y si lo hubiese sabido antes, no la habría dejado en brazos del otro.

Esa era una rabia que tenía contra él mismo que no podía soportar. Por esas razones, pidió un traslado.

Quería pensar, estar libre, conocerse a sí mismo, pensar en ella y en lo que iba a hacer cuando regresara. Eran tantas cosas, que debía poner su vida en orden.

Posteriormente se fue unos días con sus padres a Asturias, que estuvieron encantados de tenerlo con ellos.

Y cuando volvió, allí fue cuando se enteró de que Javier había muerto y pensó en ella. Sintió su dolor y quiso consolarla, aunque fuera por la muerte de su competidor, pero no se atrevió a ir a su casa. No quería que sintiera pena. No quería verla llorar por otro.

Si se la encontraba por casualidad, bien, como aquella mañana de sábado.

Pero en cuanto la vio embarazada y el lunes llegó al trabajo, se enteró de que había una comisión de servicios en Palma de Mallorca durante dos años y la pidió.

Ese tiempo le vendría muy bien, para estar lejos y dejarla. Y olvidarla. Pero no pudo. Y llevaba ya unos meses allí.

El trabajo era duro y a veces se olvidaba. Se acostó con algunas mujeres, nada serio. Físico, como siempre había tenido sus relaciones. Pero no conseguía arrancársela del corazón.

Siempre tenía en mente que ella estaba enamorada de él. Cuando se lo dijo, y

la vio tan vulnerable y débil... Pero le era imposible estar cerca de ella. Seguía siendo un egoísta.

Tuvo que ser cuando la vio embarazada. Pensó Martina. Creyó que el bebé era de Javier. Lo conocía bien. No podía estar cerca de ella. ¿Y ahora qué hacía? Le quedaba un mes para tener a su hija.

Pero si él se había ido lejos de ella para no verla o para olvidarla, lo iba a dejar tranquilo. Nunca había querido influir en su vida y ahora menos lo haría.

Quería dejarle su espacio. Lo conocía bien. Sabía que necesitaba tiempo para olvidar y recomponerse.

Quizá estaba arrepentido de haberla dejado. Estaba en todo su derecho de rectificar. Y ella, le daría su espacio para lo que necesitara.

Tenía derecho, como ella lo había tenido al irse con Javier al mes de romper con él. Si lo pensaba bien, él debió sentirse herido al verla con Javier en una relación seria, pero no había sido porque él quería tener aventuras, no, lo suyo había surgido sin más. Cada uno había tomado su camino.

Jamás pensó que con Javier tuviese esa historia tan pronto, pero había surgido sin más y jamás se había arrepentido, ni se arrepentiría nunca.

Porque había sido una historia corta, infinitamente corta, pero bellísima, porque Javier era perfecto, pero no había sido así al final y ella llevaba una pena dentro difícil de olvidar que solo el paso del tiempo y las horas de psicóloga, le estaban a ayudando a superar.

Ahora, tenía dos opciones, o llamarlo o esperar dos años a que volviese. Por su hermana se enteró de que no dejó el apartamento, que seguía manteniéndolo.

No sabía por qué pero lo mantuvo. Sus razones, tendría para mantenerlo. Ella pensaba que tenía algo que ver. Ya lo había pensado.

La opción racional fue no decirle nada. Cuando volviera dentro de dos años, ya vería. O si volvía antes, algunas vacaciones o días ya hablaría con él. Tendría que olvidarse y no darle vueltas a tantos asuntos o se volvería loca. Lo primordial era su hija. Estaba ya cansada de tanto pensar.

Llegó el momento del parto y le cogió trabajando. Tuvieron que llamar a sus padres y llevarla al hospital de Alcalá.

Era justo el doce de febrero cuando nació una niña preciosa de ojos grandes, verdes rajados y de pelo castaño. Se parecía a su padre y ella se sintió sensiblera y

pensó en Rubén. Se merecía saber que tenía una hija.

Cuando volviera a casa, intentaría ponerse en contacto con él. Se sentía un poco culpable, después de todo y no debía, sobre todo, cuando él le dijo que no se había ido de vacaciones y no se había acostado con ninguna mujer en todo el verano, por ella.

El parto, fue realmente fácil. Un poco incómoda se sintió con los puntos, pero era una niña muy pequeña y la tuvo realmente bien.

Y lo echó de menos a él, al padre de su hija. Debería estar junto a ellas. Y se sintió amargamente triste.

Se quedó un mes en casa de sus padres que la cuidaron y a su hija. Pero al mes dijo de irse a su casa.

Echaba de menos estar sola. Ella estaba muy bien ya y además quería ser madre soltera. Sus padres pasaban a veces, mejor dicho a diario a dar una vuelta a su nieta y a ella.

En principio, tenía cuatro meses de maternidad, más el mes de julio que se tomó de vacaciones. O sea que se tomaría cinco meses que estaría con su hija.

Ya llevaba uno y le quedaban cuatro y quería disfrutar sola con su hija. Ese año, no se iría de vacaciones.

Se acostumbró a salir y hacer la compra, a pasear con la pequeña, a echarse su siesta con la niña. A verla crecer, y conforme crecía, se le parecía más a su padre.

Era una niña muy buena. Meses antes de tenerla, pintó la habitación de rosa y compró absolutamente todo para la niña. Sus padres le ayudaron a comprar todo lo necesario. Su padre, le pintó la habitación de rosa y malva.

El despacho que tenía en la habitación, lo puso en un rincón del salón y todo quedó perfecto.

La habitación de la pequeña quedó preciosa, pero ella, para los primeros meses eligió un cucú de mimbre, porque hacía frío y quería meterla en su dormitorio por si se despertaba, tenerla al lado y no tener que estar todo el tiempo levantándose.

La niña fue creciendo rápido, era preciosa y la viva imagen de su padre. Era muy alta para su edad y tenía que comprar cada dos por tres ropa nueva. Que ya los abuelos se encargaban de ello.

Cuando volvió a trabajar en agosto, se le asignó la Dirección del departamento de Violencia de Género por su bien hacer y además porque tenía una hija pequeña y así no tendría que hacer salidas, porque tenía una hija y era más peligroso.

Se le asignó un sueldo más alto, aunque ganaba menos que con las salidas. Le iba muy bien y le llegaba para mantenerse a ella y a su hija.

Se encargaría de supervisar y coordinar a las trabajadoras sociales que salían o que llevaban los casos. Que en total eran unas cinco personas.

Era mucho trabajo de oficina, pero le asignaron un despacho para ella sola y le gustó el trabajo. Se hizo en poco tiempo. Era muy profesional y no tenía problemas con sus compañeras.

La niña, cuando entró ella al trabajo, tenía cinco meses y la metió en una guardería cerca de la casa de sus padres, así estos la recogían a mediodía y ella iba a casa de sus padres, comía allí, porque estos no dejaban que se fuese sin comer y luego se iba a su casa con su hija.

Sus padres se habían ido de vacaciones junio y julio a casa de sus tíos como todos los años, pero volvieron en agosto cuando empezó a trabajar, para ayudar a su hija. Y esta no podía estar más agradecida.

—Mamá, podía dejar más tiempo a la niña en la guardería hasta que yo salga. No os teníais que haber venido. Por dos meses más no le pasará nada.

—Son muchas horas desde las siete y media de la mañana, hija. Y todavía es pequeña...

—Pero va dormidita. No se da cuenta.

—El año que viene, ¡déjanos que disfrutemos este de ella! Así te ahorras hacer la comida.

—Muchas gracias mamá. Os debo tanto...

—¿Lo has llamado? —le insistía su madre continuamente.

—No. Me da miedo que tenga novia, o se haya casado o cualquier cosa que interfiera en su vida. Creo que esperaré que venga —le contestaba con cierto recelo y miedo.

—No me parece bien, pero tú verás. Vas a tener problemas por no decírselo.

—Bueno, lo llamaré por teléfono esta misma noche. Te lo prometo.

Y eso hizo. Cuando la niña se quedó dormida por la noche y ella dejó preparado todo para el día siguiente. Lo llamó.

—¡Hola! — él sabía quién llamaba y sintió galopar su corazón. Había pasado tiempo ya desde que la vio. Y no esperaba que lo llamase.

—¡Hola Rubén, soy Martina!

—¡Hola Martina!, ¿qué tal? No esperaba que me llamaras —contestó muy serio.

—No sabía que te habías ido. Pasé por tu casa. Y al final fue tu hermana la que me dijo que te habías ido dos años a Palma de Mallorca en comisión de servicios.

—Sí, al final me fui. Estaré dos años aquí. Bueno ya casi un poco más de un año.

El trabajo es interesante. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, te llamaba para decirte algo importante, pero no me he atrevido hasta ahora. No he tenido fuerzas ni ganas. Ya sabes. Además pasé mil veces por tu casa y no estabas.

—Bueno, tenías algo importante que decirme. Dime, ¿de qué se trata? —le dijo como si lo molestase que lo llamara y que tenía que ir al grano.

—He tenido una niña. Tiene ya siete meses.

—Me alegro mucho por ti. Si estás bien, tengo que dejarte. ¡Cuídate!

—Rubén, no me cuelgues, debes saberlo.

—¿Qué debo saber? —dijo indignado.

—¿Has oído lo que te he dicho? Tiene siete meses.

—Muy bien y ¿qué? —se estaba poniendo borde, como cuando se ponía terco.

—Haz cuentas —ya estaba harta de que le hablara cortante y mal. Ya se lo había dicho. Si no era tonto que no lo era, había hecho cuentas.

Y colgó.

Bien, si no quería nada con ellas, ya sabía a qué atenerse. Estaba serio y era como si ella le hubiese molestado con sus tonterías. Pues nada. No le diría nada a no ser que cuando volviera se lo encontrara de frente.

¡Maldita fuera Martina!, ¿por qué lo había llamado? Para regodearse de que tenía una hija de Javier, y a él, ¿qué le importaba? Le había dejado claro que no quería nada de él. Que lo dejase en paz, pero él no había dejado su apartamento.

Por ella.

Y si tenía que ser sincero consigo mismo, era para poder volver a verla cuando volviera al año siguiente. No había podido olvidarla.

Le resultaba tan complicado... Aquél día que lo dejaron, le quedó marcado como ella le había quedado marcada en su piel. Y aún estaba celoso de un muerto y de la hija que debía haber sido suya.

De acuerdo, que él no quería familia ni ataduras, pero había cambiado. Si esa niña hubiese sido suya... todo, todo, hubiese sido distinto.

Se hubiese casado con Martina y ahora tendría una familia. Habría comprado una casa para ellas con un jardín para la pequeña.

Pero cuando la vio embarazada, no pudo seguir allí, no podía verla. Era superior a él. Pidió una excedencia de dos años a Mallorca, que era el sitio que estaba disponible. Le daba igual dónde, pero lejos de ella.

Tenía que olvidarla y olvidarse. Pero fue muy difícil. Recordaba la primera noche que la conoció y ella era virgen y lo eligió a él como su primer hombre.

Y qué, si la hija era de otro, podría tener más hijos con ella, si luchaba por su amor. No era un hombre que se acobardaba. Podía querer a la hija de Javier como suya propia.

La niña no tenía culpa de nada y en definitiva, él fue el que provocó toda esa situación, dejándola sola. No podía quitársela de la cabeza y ahora lo llamaba. ¿Por qué lo había cortado? Ella nunca lo llamaría si no era por algún motivo.

Una cosa tuvo clara. Volvería y cuando volviera, ella ya habría tenido tiempo suficiente de olvidar a Javier.

Y entonces él intentaría enamorarla y querría a la hija de otro como suya. Estaba tan obcecado que no oía lo que Martina le decía, salvo su propio dolor.

Martina, le había puesto el nombre de Andrea a su hija. Ese nombre siempre le había encantado.

Y Andrea cumplió su primer añito de vida y empezaba a dar sus primeros pasos y cumplió su segundo año y era una niña con el pelito castaño precioso y unos ojos verdes claros como los de su padre, maravillosos. Era una muñeca que chapurreaba sin parar y hablaba bastante bien para su edad.

Si Rubén había vuelto, ella no se había enterado. Se ve que estaría más tiempo fuera.

Los dos años, se convirtieron en dos años y medio y en mayo, Rubén, estuvo de

vuelta en casa. Tenía diez días para incorporarse de nuevo a su anterior puesto de trabajo.

Dedicó los primeros a llamar a una mujer a que le limpiara el apartamento y a comprar comida y pasarse por la comisaría, para anunciar su llegada y su incorporación.

Llevaba tres días y aún no había ido a ver a Martina. Sí que oía corretear por el piso a su hija por las tardes.

Y le dolía. Le dolía sentir esos pasos pequeños. Era algo que tenía que hacer y pronto. Verla. Tenía que afrontar ese problema que lo estaba matando.

Al día siguiente, se encontró con ella y con una niña preciosa al entrar en el portal de su edificio. Ella venía de casa de sus padres de recoger a la niña y él de dar un paseo.

—¡Hola Martina! ¡Cuánto tiempo! —estaba nervioso.

—¡Hola Rubén!, ¿cuándo has vuelto? —Se dieron dos besos y a ella le traspasó su olor, como a él el de ella que estaba temblando.

—Hace tres días, pero tenía que hacer unas gestiones, limpiar la casa, comprar comida, y pensaba ir a verte hoy. ¿Y esta niña tan guapa?

—Es mi hija, se llama Andrea. Saluda a Rubén. —Y la niña le dio la manita.

—¡Qué simpática! ¿A quién se parece?

—Es el vivo retrato de su padre. —Le estampó en toda la cara.

Rubén la miró bien y le soltó:

—Su padre que yo recuerde tenía los ojos azules.

—Su padre tiene el pelo castaño y los ojos verdes, grandes y rasgados, como mi niña. Bueno, tenemos que dejarte, Rubén. Hoy hemos venido más tarde, ha sido un día muy estresante y tengo que ducharla y darle de cenar. Se acuesta pronto. Y no queremos molestarte. Ya nos vemos.

—¿Subo la cena? Como en los viejos tiempos, mirándola retadoramente —lo dijo tenso, como quien debe tener una conversación.

—Si te apetece, ven sobre las nueve. Pide hamburguesas hoy me apetece. Hasta luego.

Como si nada hubiese cambiado. Como si se hubiesen visto como la vez anterior.

¿Pero qué había querido decir, que no era hija de Javier? ¿Que era suya? Él tenía los ojos verdes y rasgados y el pelo castaño claro. Era su hija... maldita fuera, ¡era su hija! Claro, cuando la vio por última vez estaba embarazada, pero su embarazo era muy avanzado.

Si Javier hubiese sido el padre, no se le hubiese notado. Se quedó de piedra por un instante. Ahora encajaba que ella lo hubiese llamado.

Había sido un bruto. No le había preguntado, no había siquiera dudado y la había dejado nuevamente sola.

Seguía siendo un hombre impulsivo, maldita fuera. Tenía una hija y la había abandonado durante dos años.

No había ayudado a Martina, cuando más lo necesitaba. No la había apoyado cuando lo de Javier y ni siquiera y lo que era peor, se había perdido dos años de estar a su lado y al de su hija.

No hubiera consentido no estar a su lado si lo hubiese sabido. Su hermana tampoco debía saberlo, porque si no, se lo hubiese dicho.

Los hombres no lloran, pero él sí que lloró. Lloró por todos sus errores e impulsividades. Por no haber sabido tratar a Martina desde que la conoció, por todo lo que ella había pasado por su culpa.

Pero se juró que remediaría todas esas situaciones, haciendo que ella se sintiera orgulloso de él. Si tenía una familia, iba a recomponerla.

Ahora caía en la cuenta, la última vez que Martina lo llamó y le dijo que hiciese cuentas. Él, como un bruto, le habló cortante y mal.

Sacaba lo peor de él y eso que ella le había tratado con amabilidad. Claro, cómo iba a llamarlo si la niña no fuese de él. Si fuese de Javier, ella no lo hubiese llamado nunca. Ahora lo entendía.

A ella también le había costado llamarlo. Y también recordó todas las conversaciones anteriores. Sobre todo la del bar, cuando ella le dijo que sabía hacer hijos. ¡Dios! Dos años y sola y dos años y más solo e infeliz que en toda su vida.

La niña era una preciosidad y era suya. Tenía los ojos verdes como él. Ella no le mentiría jamás. Además, tenía la prueba. Estaba embarazadísima cuando la vio por última vez y con Javier estuvo dos meses. No podía notársele nada.

Y ahora tenía que organizar un plan, porque recuperar a una mujer y a una hija, era recuperar una familia. Y sobre todo pedirle perdón, ya no sabía de cuántas formas distintas tendría que hacerlo con ella.

La había decepcionado tanto... Había perdido tanto... No se entendía ni él mismo cuando dos veranos atrás, quiso hacer semejante tontería teniendo a una mujer como Martina a su lado. ¿Y si ella no hubiese salido con Javier y él se hubiera ido al Caribe, estando Martina embarazada? No quería ni pensarlo.

Sí, él estaba colado por ella, no podía estar sin su olor, sin sus bromas, sin

sus noches o tardes o cuando iban al hotelito y la tiraba contra el agua...

Era la mujer más comprensiva del mundo, aceptaba todo. Hacía planes y siempre respetaba las opiniones y sentimientos de él.

Luego era cierto que lo había puesto en su sitio, pero porque era una mujer que se valoraba. Se daría de puñetazos, pero ya no tenía la cosa solución.

Debía ir hacia adelante con cuidado, y ver cómo se tomaba las cosas Martina. Si había dejado de amarlo. Si había superado lo de Javier. Si quería formar una familia con él. De lo que estaba seguro era que quería formar parte en la vida de su hija.

Y en eso no admitía noes.

Ahora que había regresado de nuevo y que estaba seguro, aunque le preguntara después a Martina que la niña era hija suya, las cosas iban a cambiar.

Él, el primero. Tenía que forjar un plan para recuperarlas. No ser tan impulsivo y dejar que ella marcara el ritmo.

Martina estaba tan guapa... había removido el pasado en él. Una cosa era recordarla y otra tenerla frente a él. Estaba más mujer, más hermosa y su corazón cuando la saludó se puso a galopar como un adolescente.

Cuando se saludaron, sintió también en ella un ligero temblar. No le era indiferente. Y eso le gustó. ¿Estaría aun enamorada de él? porque si era así, la haría la mujer más feliz del mundo.

La trataría como se había merecido desde que la conoció en aquella fiesta y la hizo suya por primera vez. Sí, Martina era la mujer de su vida y la mejor mujer que había conocido, la madre de su hija y su mujer perfecta. Y sería suya de nuevo y esta vez, para siempre.

Costase lo que costase, ella se merecía ser feliz. Había cuidado y criado a su hija como una mujer sola. No le había pedido ni un euro para criarla.

Ella era así de independiente. Nunca le hubiese pedido nada, pero él iba a aportar con creces lo que no le había dado a su hija y a ella.

Saber que tenía una familia lo cambiaba todo, había sido un estúpido impulsivo, pero ahora iba a poner remedio a esa situación que nadie más que él había creado.

La niña era preciosa y se parecía mucho a él. Tenía sus mismos ojos y su mismo pelo. Y Martina, estaba como siempre. Lo había tratado con distancia y era normal.

Las veces que había intentado hablarle, él la había cortado y la había echado de su lado, sin apoyarla.

Y ahora era normal que lo mirara con desconfianza, pero haría todo lo imposible por cambiar eso. Iba a confiar en él y también iba a quererla como nadie.

Sería el mejor marido y el mejor padre, porque se casaría con ella. Como que se llamaba Rubén, que sería su mujer.

Iba a pedir la cena, subiría y vería cómo estaba ella. Tampoco sabía si salía con alguien. Eso ya no podría soportarlo. Si la había perdido de nuevo y otro criaba a su hija, no lo soportaría. Y luego estaba que se había acostado con otras mujeres.

Nunca en su vida se había sentido más estúpido e imbécil. Ahora tenía miedo de que ella no lo perdonara, porque eso es lo primero que iba a hacer, pedirle perdón. Por todo.

CAPÍTULO 9

Esa noche, cuando Rubén llegó a casa de Martina, con las hamburguesas, ella ya tenía la mesa puesta.

—¡Hola, pasa! Ya tengo la mesa preparada. ¿Quieres cerveza o vino?

—Traigo cervezas con las hamburguesas. Para ti sin alcohol, si mal no recuerdo.

—Recuerdas bien —le dijo como si el tiempo no hubiera pasado.

Y se sentaron a comer.

—¿Qué tal te ha ido por Mallorca? Tu hermana me dijo que te fuiste. Le pregunté por ti. Bajé varias veces a tu casa durante semanas y no me contestaba nadie.

—Por qué querías saber dónde estaba, si me dijiste que ya no querías saber nada de mí.

—Eso no es cierto. Recuerda que Javier había muerto un mes atrás, ¿qué tipo de mujer sería yo?

—Te fuiste con él al mes de dejarme. Eso me dolió.

—Me dejaste tú, para acostarte con otras en verano. Eso sí que me dolió a mí.

—Perdona. Es cierto. No tengo nada que reprocharte. Fui el más estúpido del universo. Te quería tanto que me daba miedo. Estaba enamorado de ti y aún lo estoy. No he podido olvidarte, pero verte con Javier, me hizo darme cuenta, de lo que había perdido y de lo que había hecho y que te había perdido por segunda vez y quizá y peor, para siempre.

—No, por segunda vez. La vez que nos conocimos en el hotel, fue algo mutuo y consentido, no teníamos ninguna relación, pero después sí. No comprendo cómo pudiste hacerlo. No sabes lo que sufrí. No lo entendía, porque si hubieses encontrado a otra mujer, me hubiese sido doloroso pero lo habría entendido, eran nuestras reglas. Pero me dejaste por pasar un verano acostándote con unas y con otras como un adolescente, y querer volver después. Si hubieses sido un adolescente, pero un hombre con treinta años...

—¡Perdóname, de verdad, tienes toda la razón! Sé que te he perdido, pero, aún te amo. Me he dado cuenta en todo este tiempo. Bueno, me di cuenta hace dos años y ese sentimiento aún está ahí. No ha desaparecido.

—Eso nunca me lo dijiste —le apuntó ella.

—Pues te lo digo ahora. No he podido olvidarte. Vine con la intención de conquistarte de nuevo y no me importaba que la niña fuese de Javier o de cualquiera. Los niños no tienen la culpa.

—Sabes que no es de Javier.

—Sí, lo sé. ¡Es mía, es mía, por dios Martina, que te he hecho! Te he dejado sola... te he hecho daño, he matado tu amor por mí.

Se tocó la cara y el pelo y lloró delante de ella como un niño. Martina se levantó y lo abrazó. Él se levantó también y permanecieron abrazados un buen rato.

—No llores. La niña sabe que tiene a su papá, que es policía y que está fuera. Y que vendría algún día. Le dije que era como él.

Se sentaron en el sofá y ella lo consolaba. En un instante en que la abrazaba, la besó en los labios y ella como siempre, se quedó quieta. Rubén siempre había sido una droga para ella y hacía mucho tiempo que estaba sola.

Dejó que la besara con toda su fuerza y pasión, como descargando un peso enorme que llevaba y ella le respondió y eso le dio fuerzas y alas a él y se abrazaron como si hubiese pasado una eternidad.

Había sido su primer hombre, y eso no se olvidaba nunca. Era apasionado e impulsivo y sin darse cuenta, se encontraron desnudos y él se puso un preservativo y entró en ella sin esperarlo.

Fue algo al azar. Nunca esperó hacer el amor esa noche con ella. Pero cuando lo hacían, él le dijo que la amaba, que la había echado tanto de menos.

Encajó su cuerpo al suyo y la volvió a hacer suya y a poseerla como la primera vez, pero con desesperación. Ella gritó su nombre al llegar al clímax y él tembló en sus brazos y la besó.

Cuando recobraron las respiraciones, seguían abrazados. Ella no sabía qué decir.

—Pequeña...

—Dime —dijo relajada.

—No pensaba que pudiese pasar esto entre nosotros hoy, pero no me arrepiento de nada. No venía con esa intención. ¡Te lo juro!

—Esa frase me suena. Yo tampoco, después de tanto tiempo que no he tenido sexo. He recordado la primera vez que lo hicimos.

—¿Sí?

—Sí, no sé por qué. Pero te he echado de menos. Te llamé para decirte lo de

nuestra hija.

—Y como siempre he sido un bruto impulsivo —dijo tocándose la frente con los dedos.

—No importa. Quizá yo hubiese actuado igual.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—Sí, por supuesto que te perdono. Quiero dejar el pasado atrás.

—¿Sigues enamorada de Javier?

—Verás, Javier fue especial, como tú. Pero ten en cuenta que hace casi tres años que murió. Guardo los buenos recuerdos, pero tengo que seguir con mi vida.

—¿Y yo? ¿Qué soy para ti?

—Eres el padre de mi hija. De momento el hombre más importante y si hoy hemos hecho el amor, es que no te he olvidado.

—Tengo mucha suerte. Haré que te enamores de mí de nuevo. Tengo una hija. Y te tengo a ti. Tengo que recuperar lo que me he perdido con ella y contigo.

—Mi madre siempre me lo dice, que volverías y estaría con el padre de mi hija. Que tú estabas enamorado de mí por cómo me mirabas.

—Tu madre es una mujer muy sabia.

—Me han ayudado mucho con la niña y con la guardería. Si no hubiera sido por ellos, nuestra hija hubiese pasado muchas horas en la guardería. Afortunadamente, ha disfrutado de sus abuelos. ¿Recuerdas a Roberto?

—¿El de la cafetería?

—El mismo. La trata como si fuese su abuelo. Aún vamos a desayunar allí. Sabe que es hija tuya.

—¿Se lo has dicho?

—No, me pregunto por ti, como el padre de la niña.

—¿Por qué le has puesto Andrea?

—Siempre me ha gustado ese nombre. ¿No te gusta?

—¿Y sus apellidos?

—Los que le corresponden. No pensé en ti en eso. Me puse terca.

—Me alegra que por una vez lo hicieras. Y sí, me gusta el nombre que le has puesto. Es muy bonito.

Y volvió a tocarla de nuevo, allí en el sofá, donde estaban tumbados. Ella lo miró sorprendido y él le dijo:

—¿Qué quieres? Estoy excitado contigo desnuda y no me puedo contener.

Me pones caliente como una lumbre.

Y volvieron a hacer el amor de nuevo, reconociendo sus cuerpos, ansiosos después de tanto tiempo. Ella lo había echado tanto de menos... lo seguía amando como siempre. Nunca dejó de hacerlo. Había sido su primer hombre, su primer amor.

El que le enseñó todo lo que sabía. Y aunque la vida le dio la fortuna de conocer a otro hombre maravilloso durante un corto espacio de tiempo, ese era su hombre ahora, impulsivo y pasional y esperaba que ahora tuviera un compromiso con ellas, porque tenía una hija preciosa que ella no estaba dispuesta a que le hiciera daño nadie, ni siquiera su propio padre.

Descansando por segunda vez.

—Pequeña, esto es una locura. Me parece que el tiempo no ha pasado.

—Ha pasado y está durmiendo en la habitación de al lado.

Al final cenaron tarde, pero no importaba, porque al día siguiente era sábado y ella ya tenía todos los fines de semana libres. Se lo contó mientras cenaban y él se alegró de que ahora con la niña no se expusiese a ese peligro.

—Mañana te la presentaré como su papá.

—¿Puedo verla?

—Claro, entra en la habitación, mientras recojo la mesa.

—Pero no te pongas la ropa.

—El mismo Rubén de siempre.

—En el terreno sexual, sí, pero en otros te demostraré que he cambiado.

Entró en la habitación y la vio tan pequeña, que se emocionó. Sintió deseos de abrazarla y protegerla.

De jugar con ella y hacer todas las actividades que los padres hacen con sus hijos. Y ahora que había vuelto, las haría.

Estaría pendiente de su niña. Muchas cosas iban a cambiar ahora. No iba a conformarse con tenerla en el piso de arriba y menos después de haber hecho el amor con su madre. Con Martina las cosas eran tan fáciles... Sólo le faltaba que le dijera que lo amaba como siempre lo había amado.

Volvió al salón y le dijo:

—Es tan bonita...

—Se parece a ti en muchas cosas. Quiere salirse con la suya, es impulsiva y es

más terca que una mula. Habla a rabiar. Pero es un encanto. Es buena niña.

—Bueno, su padre tan poco es tan malo. ¿Con quién se queda cuando vas a trabajar?

—La llevo a una guardería que hay cerca de la casa de mis padres. Yo quiero dejarla hasta que yo salga y que coma allí en la guardería, pero ellos se han empeñado en ir a mediodía y darles ellos de comer desde pequeña, yo almuerzo también en su casa, y después me la traigo.

—Quieren disfrutar de su nieta.

—Pero yo quiero que hagan su vida.

—Pero si sólo la tienen un par de horas mujer. ¡Déjalos!

—Sí, pero en verano quieren quedarse también y llevan dos veranos perdiéndose dos meses de vacaciones por mi culpa.

—¿Saben quién es el padre?

—Lo saben todo. Menos lo de Javier y así seguirá siendo. Aun así, mi madre dice que terminaremos juntos. Ella fue la que me incitó a que te llamara. Le gustas mucho. No sé por qué. Y a mi padre también. Me dijo que cuando volvieras, te harías cargo de tu hija.

—Porque me conocen mejor que tú. Claro que me haré cargo de mi hija y de ti también. Quiero repetir.

—¿Repetir qué?

Y le cogió la mano y la llevó a su sexo duro y dispuesto para ella y ella no pudo resistirse al hombre que la había hecho una mujer. Y estuvieron abrazados y mirándose largo tiempo esa noche. Se quedó a dormir con ella.

—Rubén...

—Dime guapa —dijo abrazándola mientras le cogía los pechos.

—No tengo que trabajar mañana...

—¿Quieres que me vaya?

—Quiero dormir en la cama.

—¿Me quedo? Prometo abrazarte solamente y te ayudaré por la mañana con la peque. Quiero ver cómo se levanta y su rutina. Te ayudaré. Y desayunamos juntos.

—Bueno, está bien.

Y la besó, la besó largamente para recuperar el tiempo que había estado fuera sin ellas, y para convencerla de su amor por ella.

Y se quedó toda la noche con ella, abrazándola. Se quedaron dormidos y por la mañana, cuando despertaron, él la besó y la apretó con su cuerpo.

La niña se despertó y se levantaron. Estuvo pendiente de cómo arreglaba a la pequeña, recogía la casa, le daba el desayuno a la niña.

—Andrea, cariño, este es papá.

—Papá, papá...

—Soy papá cielo —estiró los brazos y la niña lo abrazó— ¡Te quiero pequeñilla!

—Te quiero papá.

A Rubén, le emocionó que su hija fuese tan cariñosa y lo aceptase. Ya no quería más que estar en brazos de su padre. Le dio de desayunar sus cereales y la colmó de besos y cosquillas y ella se reía. Parecía que hubiesen estado toda la vida juntos.

—¿Por qué le pusiste mi apellido?

—Porque le corresponde. No sabía si te iba a gustar, pero tiene el tuyo.

—Me alegro tanto Martina... es como yo, pero en mujer y en pequeñilla.

—Sí, eso ha hecho que no pudiese olvidarte. Una de estas tardes, te enseñaré sus fotos.

—Quiero que me mandes un par de ellas para tenerlas en el móvil.

—Espera. Te voy a mandar dos que son preciosas y ahí se te parece un montón.

—Me encantaría. —Al cabo de un rato—. Ya me han llegado. Está preciosa. También quiero que vayamos a Madrid y que la conozcan mis padres.

—Me parece bien, pero si no entras hasta dentro de una semana, la que viene podemos ir el sábado que viene y pasar fuera el día. Así no venimos tarde.

—Perfecto. ¿Desayunamos fuera o aquí?

—Nos da tiempo fuera, vamos al bar de Roberto. Se alegrará de verte. Luego la llevamos al parque un rato de paseo. Y si quieres me llevo su comida y podemos comer en el bar de las tapas y venirnos a casa para la siesta de la peque. ¿Cómo que tienes tantos días libres?

—Me incorporo en una semana. Tengo diez, pero he tenido que limpiar, comprar y hacer unas gestiones. Me quedan unos días aún porque me corresponden.

—¡Qué suerte! Bueno ya está. Mete la comida en el bolso de la peque. Tienes que hacer de padre.

—¿En el bolsillo de fuera o en el de dentro? Suerte no, que he trabajado intensivamente durante dos años. Necesito dos meses de vacaciones, no creas. Estoy deseando que lleguen.

—En el de dentro. Bueno, nos vamos. Ya está todo recogido.

Cogió su cochecito y se fueron directos a la cafetería.

—¿A qué hora la recogen tus padres cuando la dejas en la guardería?

—A la una y media, más o menos.

No dijo nada, pero pensaba ir a recoger a la niña el mismo lunes y hablar con sus padres hasta que ella llegara. Pero primero, tenía otras cosas más importantes en mente. Tenía aun diez días de vacaciones y cosas que hacer.

Desayunaría con ella el lunes y e iría a su apartamento. Cerca de ellos, habían construido unas casas preciosas y quería verlas. Le gustaba la zona.

A Martina también, e iba a preguntar, porque si quedaban, iba a comprar una para que vivieran juntos. Primero las vería él y luego llevaría a Martina a ver qué le parecía o no, depende. Podía darles una sorpresa.

Cuando aparcaron en la cafetería de Roberto y éste los vio, se alegró un montón. Rubén lo saludó y estuvo un rato charlando con él del trabajo que había realizado en Mallorca y éste les puso el desayuno.

—Pero muchacho, ¿dónde te has metido estos años?

—Trabajando como un loco Roberto.

—¿Peligro?

—Sí, mucho —mientras Martina sentaba a la niña en una mesa y no los oía a ellos hablar.

—Ahora tienes que tener cuidado. Tienes una familia. Tu hija es preciosa, y tu mujer un encanto, la quiero mucho, lo sabes.

—Sí que lo sé, ella también te quiere mucho. Eres como un padre para ella.

—Se ve radiante. Eso es por ti- y la miró y era verdad. Estaba radiante.

—Eso espero. Porque si es por otro...

—Siempre ha estado enamorada de ti hombre. Es que a veces somos ciegos.

—Nadie me la va a quitar. Es mía esa pequeña.

—Así me gusta muchacho. ¿Os pongo lo de siempre o has cambiado?

—Sigo igual, lo que ella toma.

—Venga que os lo traigo ahora. Me alegra de que estés de vuelta.

¿Qué había pasado? ¿O qué no había pasado? Pensaba Martina mientras lo

miraba de lejos hablar con Roberto.

Parecía que el pasado había vuelto, que no habían ocurrido las miles de cosas que sí habían ocurrido. Le había dejado hacerle el amor, dormir en su casa.

Era imposible que se volviese a enamorar de él, o quizá el amor había permanecido guardado, pero Rubén, era tan pasional que era difícil no corresponderle. Parecía que había cambiado, pero aún no se fiaba.

Tenía miedo, miedo de que volviera a dejarla de nuevo. Si lo hacía ya no le perdonaría jamás. Si le daba una nueva oportunidad era por su hija, nada más y porque no podía resistirse a su cuerpo.

Por otro lado sintió que le estaba siendo infiel a Javier, al que visitaba al cementerio de vez en cuando. No tan seguido como antes.

Estaba hecha un lio y como siempre, acudiría el lunes a ver a la psicóloga del ayuntamiento y contarle lo ocurrido. Era una gran amiga y ya estaba al tanto de su historia cuando lo pasó tan mal.

Se fueron al parque un par de horas y la niña lo pasó genial. Él no dejó de montarla en los toboganes y se había ganado a su hija en menos de un día. Era una traidora, tan pequeñilla.

Ya aprendía rápido a que su padre no sabía decirle no a nada, pero ella disfrutaba verlos juntos desde el asiento del parque en el que estaba sentada.

Rubén no se cansaba y la pequeña, menos todavía. La besaba un montón y la abrazaba y ella se emocionaba cada vez que lo hacía.

Se acercaron y él la besaba en los labios. Eran una pareja más en el parque con su hija.

—No sufras, esta vez, no te dejaré. Ahora es distinto —como si estuviese adivinando sus pensamientos—. Tengo una mujer y una hija. Una familia y eso ahora es mi prioridad. Y pienso protegeros y quereros por encima de lo que sea.

—Solo te pido que estés con nosotros, nada más. Me encantaría.

—Siempre has pedido poco, pero sé lo que te mereces. Así que déjame quererte y amarte. Y a nuestra hija.

—No inventes cosas, que te conozco.

—No me conoces en absoluto. —La besaba de nuevo mientras su hija le animaba y le tiraba de mano para que la llevara de nuevo al tobogán.

Después, cuando la niña estaba cansada la sentaron en su cochecito y Martina le dio la comida.

—Luego comerá con nosotros, ya verás.

—Tiene que crecer como su padre.

—Sí, lo que me faltaba —dijo con humor—, una enana entre gigantes.

Se fueron a tomar las tapitas y al volver de comer, Rubén, pasó por su apartamento a ducharse y a cambiarse, mientras ella dormía a la pequeña.

Cuando subió, estaba guapísimo y olía tan bien... Tenía aun el pelo mojado y como la pequeña estaba rendida de jugar, se durmió en seguida y ellos hicieron el amor y después estuvieron viendo fotos de la pequeña, desde que nació. Había sido una niña tan bonita...

Por la tarde jugaron con ella y ya no salieron a la calle.

El día siguiente, transcurrió de forma parecida. Y él se quedó a dormir esas noches que tenía libres con ella.

Le gustaba sentir el calor de su cuerpo pequeño. Le parecía que el tiempo no había pasado. Era suya de nuevo y lo sería en todos los sentidos.

Disfrutaba de su hija y del amor de su vida. Porque eso era ella para él. Si hubiera imaginado el primer día que hicieron el amor con ella y ella era virgen, que ella hubiese estado enamorada de él tanto tiempo y ahora era él el que andaba por sus huesos, no se lo hubiese creído. Estaba loco por ella.

Un cuerpo que lo mataba, pequeño pero encajaba en el suyo perfectamente.

Pero no sólo era el sexo, era algo espiritual que iba más allá. Era la madre de su hija, que la había criado sola como una madre soltera.

Era valiente y valiosa y era una gran mujer. Íntegra. Y se merecía todo lo mejor, porque había pasado por vicisitudes no muy buenas en la vida. Pero todo eso iba a cambiar. No la dejaría sola nunca más.

Cuando se levantaron el lunes por la mañana, Rubén la ayudó con la niña. Le prepararon su mochilita para la guardería y desayunaron en el bar.

La dejaron y él la acompañó al ayuntamiento. La besó en los labios, la abrazó con fuerza y se fue. A él le quedaba aún una semana de vacaciones.

Cuando Martina, llegó al trabajo, llamó a la psicóloga y bajó a su despacho y le contó la historia acontecida. Lo último de ella. Le comentó sus dudas, a ella no podía mentirle.

—Vamos Martina. Javier murió. Lo que te une a Rubén es muy fuerte, además estuviste enamorada de él y si has vuelto a hacer el amor con él es porque aún sientes algo por ese hombre. Y tu hija nada tiene que ver, son cosas independientes. Eres una persona adulta. Date una oportunidad de ser feliz. Ya es hora y te lo mereces. Deja el tiempo y a ver qué planes tiene. Si son buenos,

adelante. No te compliques tanto la vida y vive. Cometió un error, tonto, pero luego ni se fue de vacaciones ni se acostó con ninguna. Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

—Siempre sabes qué decirme. Voy a tener que pagarte algún día.

—No, me invitas a comer y estás pagada.

—Hecho.

Le dio un abrazo y se dirigió a su trabajo mucho más alegre y feliz. Le haría caso a su amiga y consejera.

Rubén por su parte, fue a ver las casas que se estaban construyendo justo enfrente de su edificio. Se dirigió a la casa piloto, porque estaba abierta y había movimiento. Y preguntó al chico que había allí.

Era de una inmobiliaria que el banco había contratado para gestionar las casas. Pertenecían al mismo banco que tenía alquilado los apartamentos en los que ellos vivían de alquiler. Preguntó por las casas y les dijeron que quedaban tres.

Y dijo que quería verlas. Una era la casa piloto, que estaba en una de las esquinas. Eran casas pareadas y las otras dos estaban en el centro. Por lo que le gustó más la casa piloto, aunque tuviese que esperar más.

Le dijeron que se lo dejarían pintado y si tenía algún color especial, se lo pintarían de ese color, como favor al ser la casa piloto y haber entrado tanta gente a verla.

También se la dejarían limpia y si había algunos desperfectos, arreglado totalmente. Le gustó. Ese sería un buen descuento. Así que se dispuso a ver la casa.

Le dijeron el precio y la forma de pago y le pareció bien. Pensaba comprarla. Podía incluso pagar una buena entrada y así le quedarían menos años de hipoteca.

Tenía mucho dinero ahorrado de cuando estuvo en el ejército y en Mallorca también había ganado un dinero extra en la comisión de servicios que eran operaciones muy arriesgadas y peligrosas y que no quería contarle a Martina.

Eran operaciones de vigilar y atrapar bandas armadas de tráfico de droga, armas y personas.

No pensaba pedirle dinero a Martina ni que ella participara en la entrada que iba a dar, que era la mitad de lo que costaba la casa.

Ella se había ocupado dos años de su hija sin pedirle nada. Y ahora él iba a comprar esa casa para su familia y tenía dinero para los muebles y aún le sobraba

una cantidad decente de dinero. Llevaba muchos años trabajando y había ahorrado mucho.

Pero le quedaba ver la casa. Conocía a Martina y sabía lo que le gustaba.

La casa tenía una entrada no muy grande, a un lado tenía un habitación, que seguro utilizarían como despacho, otra habitación pequeña, como cuarto de juegos para Andrea y un aseo. Conforme iba viendo habitaciones, se encontró asignándolas.

A la derecha un gran salón, comedor y cocina con una isla mediana, todo abierto. Había unas puertas francesas que salían al jardín. Era un jardín muy grande.

Tenía un espacio de baldosas de piedra y el otro estaba de tierra para poner césped. Ya imaginaba él qué iba a poner allí, cuando le dieran la casa.

En el centro, al pasar la entrada estaba la parte de arriba. Unas escaleras abiertas, preciosas. Le gustaba que no estuvieran muy empinadas.

Cuatro dormitorios, dos a cada lado y un baño al fondo no muy grande. El primero de los dormitorios era enorme, era el principal, con baño y dos vestidores. Le encantó la distribución y todo cuanto tenía la casa, que necesitaba una capa de pintura y algunos arreglillos.

Se quedó con ella. No se lo pensó cuando quedaban tres y vio a dos parejas esperando.

Así que hizo un contrato de compra y dio la mitad de lo que la casa costaba. Le quedó una hipoteca normal, pero en diez años tendría una casa pagada.

Cuando terminó todo el papeleo y luchó porque le bajarán un punto el interés, todo estuvo listo.

Tendría que volver después cuando lo avisaran por las escrituras y pasar por el banco. Pasaría al día siguiente.

La casa se la darían pintada y lista en cuanto vendieran las dos casas que quedaban, pero suponían que en quince días se la entregaban. Ya lo llamarían. Eligió un color gris para la casa, menos la fachada que esa debía ser como las demás casas, con un granito marrón en dos colores. Era bonita.

Salió muy contento. No le diría nada a Martina hasta que la casa estuviese decorada y amueblada. Sería una sorpresa.

Ya era casi la hora de que la niña saliera de la guardería, así que cuando llegó, estaban los padres de Martina y los saludó. La niña lo reconoció y se tiró a él a que la cogiese en brazos.

Se saludaron y él les fue contando por el camino todo lo que había pasado

en este tiempo. Les pidió perdón por no haberle preguntado a su hija de quién era el bebé que esperaba. Y ellos no le dieron importancia.

—Ven a comer con nosotros. Si te gusta el cocido —dijo la madre de Martina.

—Claro que me gusta —dijo todo contento, porque la familia de Martina era como ella, estupenda. Habían creído en él, más que él mismo.

—Siempre nos has gustado Rubén —decía la madre—, sé que eres un buen hombre y estás hecho para mi hija. Y sabía que terminaríais juntos, más ahora con la niña. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

Y estuvieron hablando de muchas cosas durante el tiempo que estuvieron dando de comer a la niña y esperando que saliera Martina del trabajo.

Rubén les contó que había comprado una casa, pero que no quería decirle nada a Martina, quería darle tiempo a que lo aceptara, pero sus intenciones eran casarse con ella y vivir como una familia.

Los padres de Martina no podían estar más felices. Les encantaba Rubén, y le parecía un hombre íntegro. Que hubiera comprado una casa, decía mucho de él. Era sincero y honesto y su hija iba a ser feliz. Lo sabían.

Cuando Martina llegó, se sorprendió al ver a Rubén en casa de sus padres.

—He ido a ver a la niña a la salida de la guardería y tus padres me han invitado a comer. Tenía que hablar con ellos, de todas formas.

—Bueno, si te han invitado comamos, tengo un hambre... ¿Dónde está mi niña?

—Acaba de dormirse —dijo la madre.

—Voy a verla, me lavo las manos y comemos.

La comida fue distendida y tomaron café. Cuando la niña se despertó, ella quiso irse a casa.

—¿Has traído tu coche? —le preguntó a Rubén.

—No, vine dando un paseo.

—Si vas a casa, puedes venirte con nosotras.

—Pensaba que me invitarías. —Y puso a la niña en la parte de atrás con su sillita.

—Se te da bien ser padre, estás aprendiendo.

—Se me dan bien otras cosas. —Y le dio un beso en los labios que se demoró más de lo debido— ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. Ahora estoy en un puesto que me encanta. También me gustaban las salidas. Pero con la niña, se me hacen los turnos imposibles. Tendría que tener una chica permanentemente y no ganaría para pagarle. De todas formas no gano

tanto como cuando tenía turnos, pero como me subieron el sueldo, gano suficiente. Un buen sueldo.

—¿Y si nos casáramos?, uniríamos los sueldos y el dinero que tenemos ahorrado ambos, como una familia.

—Vamos a ver Rubén, hace un día que has llegado y te quieres casar. Además tú tienes mucho más dinero ahorrado que yo, lo sé seguro. Y ganas más.

—Sí, me quiero casar contigo, ¡te amo! No creo que sea un delito querer casarme.

—No es un delito, pero tú nunca te ibas a enamorar ni a casarte.

—Tampoco pensé en tener hijos y tengo una, preciosa. La vida cambia. Yo también. Te quiero y quiero que esta familia funcione. Quiero que me des otra oportunidad, pero si no sientes nada por mí, pues tendré que convertirme en un padre soltero sin más remedio y te dejaré en paz. Mandaré a alguien para que no tengas ni que verme y recoja a la niña cuando me toque.

—Rubén...

—¿Qué?

—No te hagas la víctima, ni seas impulsivo y radical. Sabes que me gustas mucho y que después de lo de anoche, no podría pasar sin sexo contigo.

—¿Sólo me querías por sexo?

—Eres muy bueno —dijo divertida.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Bueno, yo no me enamoro así como así. El sexo está muy bien. Nos llevamos bien. Encajamos perfectamente. Para qué complicar las cosas...

— ¡Qué mala eres! Eso te lo dije cuando empezamos a salir.

—Sabes que te quiero, bobo. Creo que me enamoré de ti desde la primera vez que te vi.

—Y te desenamoraste.

—No, simplemente me enamoré de otro. Muy poco tiempo, pero no me arrepiento de lo de Javier si eso es lo que me preguntas. Os amaba a los dos. Sé que es difícil de entender. Pero tú, eres mi hombre. El hombre de mi vida.

—¿Y si él viviera?

—No puedo contestar a esa pregunta. Hubiera tenido que decirte lo de nuestra hija, pero eso no quiero planteármelo ahora.

—¿Tengo celos de él, lo sabes?

—No puedes ni debes tener celos de una persona tan buena que ya no está, Rubén.

—Pero pienso en cuando te hacía el amor y que hubieras podido sentir por él lo que sientes conmigo...

—Tienes que olvidarte de eso o sufrirás. Ahora estamos los dos solos y no quiero que te pongas a pensar en cosas que ya no existen y que me hacen daño. Yo también sufro pensando que te tienes que haber acostado con otras en estos dos años y medio. No creo que te hayas mantenido santo. Y también me dolería que sintieras con ellas lo que sientes conmigo.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo Rubén.

—No, no lo es. Nunca estaba enamorado de ellas. Sin embargo, tú sí que amabas a Javier.

—En ese caso, debo darte la razón, pero la vida me ha puesto a dos hombres maravillosos en el camino y me queda uno, que es el primero, el padre de mi hija y al que amo desesperadamente. No puedo ofrecerte más. Tenemos que cerrar esos círculos del pasado y recordar lo bueno. Rubén, porque de otra manera vamos a estar siempre liados y algún día me cansaré.

—Tienes razón, como siempre, mi amor —dijo mientras la besaba y la abrazaba.

—Dedícate a demostrarme cuánto me amas y yo haré lo mismo. ¿Prométeme que no habrá nadie más entre nosotros?

—Ya te lo demostraré cuando la niña se duerma, mi amor.

—Creo que vuelvo a ser feliz.

—Quiero que seas feliz, pequeña.

Durmieron juntos en casa de ella, todos los días que él tuvo libres. Sólo bajaba a la suya a hacer la colada y a ducharse y cambiarse de ropa y coger algo de comida.

Parecían una familia feliz. Él jugaba con la niña hasta la hora de dormir o daban un paseíto antes al parque. Hablaban de futuro.

Una de las noches cuando la niña se durmió, y después de hacer el amor en la ducha, mientras estaban en la cama, le dio una cajita, ella la abrió y sacó un anillo de compromiso, muy bonito. Sencillo con un diamante blanco. Le pidió matrimonio de rodillas y ella dijo.

—Sí, sí, pero por dios, ¡vístete! —decía emocionada mientras miraba ese anillo tan maravilloso.

—No quiero. Voy a cogerte a pulso y te echaré encima de mí y te voy a poseer hasta que estemos muertos de cansancio.

—¡Qué bruto eres!

—Ven pequeña... te voy a enseñar unas cuantas cosas.

—No, que no me fio de ti.

CAPÍTULO 10

A partir de ese momento, pasaban las noches durmiendo juntos, en el apartamento de ella. Rubén se incorporó al trabajo y cuando podía recogía a la niña de la guardería o se veían en casa de ella, que es dónde tenían todas las cosas de Andrea.

—Estás más en mi casa que en la tuya. Deberíamos alquilar un apartamento más grande. Siempre estás arriba y abajo.

—Ya tengo algo pensado. Me han hablado de algo que ya te enseñaré a ver si te gusta.

—¿Qué estás tramando? Me gusta esta zona. Ya lo sabes. No me quiero cambiar de sitio.

—Ya hablaremos de eso. Ahora ven, que he tenido un día muy largo. Estos días vamos a tener un proyecto entre manos, así que volveré tarde, por las noches. Espero que me paguen alguna dieta.

—¿Eso significa que vendrás más tarde por las noches?

—Sí, cielo. No quiero, pero no me queda más remedio. —No quería decirle que iba a preparar la casa. Quería darle la sorpresa que se merecía desde hacía mucho tiempo.

—Cuida de la pequeña. El fin de semana este lo tengo libre. Aprovecharemos. Podemos llevar a la pequeña a la Warner. Y tenemos que ver las vacaciones. Tengo ganas de cogerlas. Aunque no me traen buenos recuerdos.

—No seas tonto, el pasado, pasado queda. Podemos tomarlas en agosto o mitad de agosto y mitad de Septiembre.

—Prefiero el mes entero. Si no, no me parecen vacaciones. ¿Probamos agosto en el trabajo a ver si coincidimos?

—Sí. Te llamo en cuanto me entere y cerramos las vacaciones.

—Y ahora que la peque se ha dormido, tengo hambre.

—He preparado cena.

—No me refiero a eso. Vengo duchado y sin ropa interior.

—Descarado...

Y ella se bajó el camisón que acababa de ponerse. Se quitó los tirantes y dejó sus pechos al aire.

—Siempre me gustaron tus pechos —Tocándoselos y mordisqueando sus

pezones que se ponían duros como piedras para él y eso lo excitaba. Ella entera lo excitaba.

—Y a mí, esto...

—Esto está muy duro, no lo toques mucho por si acaso.

La cogió en brazos y ella enroscó sus piernas en la cintura. Él le subió el camisón.

—¡Si no hay nada debajo!

—Te esperaba.

—¡Eres una chica mala!

—Solo contigo.

Y se bajó el pantalón de chándal que llevaba y se puso un preservativo. La puso contra la pared y le mordisqueó los pezones.

La besaba por todos lados, el cuello, los pechos, los pezones y entró en ella mientras gemía sin poder aguantar las embestidas de Rubén que hacía que sus pechos bajaban y subían y eso lo ponía a cien. Y cuando no pudieron más y el ritmo aumentó, el clímax fue explosivo.

Tardaron en recomponerse.

—Cualquier día no voy a poder andar.

—Yo te ayudaré. Pero me gusta esa postura. Me encanta.

—Eres un poli malo.

—Y tú una trabajadora social muy paciente y excitante. Ahora a comer —dijo bajándola cuando recobró la respiración.

—Eres increíble.

—Y sexy.

—Y tonto.

—Y tú una mujer guapísima que me pone muy cachondo.

—No hables como un poli.

—Soy un poli, pequeña —y le dio una palmada en el trasero.

— ¡Ay!...

Los días siguientes llegaba tarde, porque le habían pintado la casa y estaba metiendo muebles y no quería que Martina lo supiera hasta que todo estuviese listo.

Mandó pintar la habitación de la peque de rosa fucsia. Y compró los mejores electrodomésticos que había en el mercado.

Los muebles de buena calidad. Mandó construir un pequeño trastero a un lado del jardín, para la lavadora, secadora y los utensilios de limpieza con estanterías. Como un cuarto de lavado.

Compró una barbacoa y mesas para el jardín. Un par de balancines, otro pequeñito y tres hamacas.

Una piscina infantil, para hincharla cuando entraran y una más grande para ellos. La llenaría días antes de irse. Ya había avisado al banco que al final de mes se iba del apartamento.

El dormitorio, lo puso con una cama enorme y vestida. Encargó cortinas y se las colocaron a juego con los sofás y los dormitorios y le hizo una habitación de juegos a su hija preciosa, con una mesita para dibujar y estantes para sus cuentos.

Cuando fuese más grande la tendría de estudio. A los demás dormitorios les puso camas preciosamente vestidas. Y todo lo necesario.

Y el salón y el comedor, eran perfectos. Sólo dejó una pared para poner fotografías familiares, y las colocó, de las que Martina le había enseñado. Rellenó de césped el jardín y una chica de un vivero, se pasó por su casa y él le enseñó la entrada, y el patio y la chica le sugirió unas cuantas ideas que aceptó y le trajo las macetas necesarias.

Ya estaba lista. Tenía las llaves por triplicado y el fin de semana la llevaría a verla.

Esa noche llegó tarde y muy cansado. Llegó por su casa, se duchó y subió a casa de Martina. La niña, se había dormido y fue a besarla.

—Espero que me dejen verla la semana que viene. Ya hemos terminado el proyecto y echo de menos ir al parque con ella.

—Ha preguntado por ti —le dijo Martina

—Menos mal que la veo por la mañana. Voy a dejar el apartamento a finales de junio.

— ¿Por qué?

—Porque estoy más en tu casa que en la mía y no tiene sentido.

—Pero aquí ni cabemos ya.

—Ya lo sé.

—¿Te vas a otro lado?

—Enfrente. Ven acércate a la ventana. ¿Ves esas casas?

—Sí, son preciosas, pero deben ser muy caras —dijo ella imaginando algo.

—He comprado una. La de la esquina.

—¿Quéééé? Lo sabía, sabía que te traías algo en la manga.

—Que la he comprado para nosotros. Vamos a casarnos ¿no?

—Pero no me has consultado. Rubén, no puedes hacer las cosas sin consultar. Sigues siendo tan impulsivo como siempre.

—No. Pero te encantará. La pagaremos entre los dos. Bueno. Lo que queda. Juntaremos el dinero. Es lo que hacen las familias.

—En eso estoy de acuerdo. Pero no tengo mucho.

—Yo, ya casi tampoco. ¡Sí tengo bobas! Pero cuando entremos nos quedarán diez años de hipoteca fácilmente pagables. Tú has pagado dos años de la vida de mi hija y yo no he aportado nada.

—Pero, Rubén...

—Nada. ¿Quieres verla mañana viernes por la tarde, o prefieres esperar al domingo?

—Mañana. ¿Y si no me gusta?

—Si no te gusta... ¡eso es imposible!

—La veremos mañana. ¿Y si me gusta, cuándo nos cambiamos?

—A final de mes. Tendrás que avisar que dejas este apartamento y estaremos de mudanza. Tendremos que llevarnos las cosas de la niña y la ropa, las cosas personales y poco más. En julio estrenamos casa. Estoy impaciente porque la veas. Es para ti, y para mi hija.

—¿Cuánto pagaremos de hipoteca?

—Siempre mirando el dinero

Le dijo al oído la cantidad.

—Podemos pagarla con los dos sueldos muy bien. Pero eso me suena a que una casa como esa ha recibido un gran anticipo.

— ¡Qué lista eres!

—Voy a enfadarme Rubén.

—No lo harás. No vas a quitarme la felicidad que hoy tengo. Estoy como un niño pensando que te gustará.

—Pues me enfado mañana...

—Mañana. Ahora ven aquí y dale algo a tu hombre.

Y se lo dio.

Cuando salieron de trabajar el viernes, fueron los tres a ver la casa. La niña correteaba como una loca y se quedó en la habitación de los juguetes chillando de emoción, ya se había sentado en su sillita y estaba jugando con ellos y dibujando. Martina se emocionó con todo lo que veía.

La casa era maravillosa y en el barrio que le gustaba... se le saltaron algunas lágrimas.

—No llores preciosa, te amo. Y tenemos que estrenarla. ¿Qué voy a hacer con una mujer llorona?

—Me la quedo. Es preciosa.

—Esa es mi chica. Ya te dije que te iba a gustar. Te conozco y sé lo que te gusta. El fin de semana que viene ya estaremos aquí. Iremos metiendo algunas cosas por las tardes si te parece y este descansamos y vamos a Madrid. Mis padres quieren ver a la pequeña. Están impacientes —mientras, iban viendo la casa—. Me han dicho de todo, que cómo que tiene dos años y no la conocían. Les he tenido que decir que nos enfadamos y que por eso me fui a Palma dos años, y hasta que no volví no lo supe. Que me llamaste alguna vez pero no te di opción a que me lo dijeras. Así que me ha caído una buena. Te lo digo para digamos lo mismo.

—Es la verdad lo que vamos a decir. Pero cuando la vean, te perdonarán, cariño. No te preocupes.

Cada habitación de la casa le gustaba más, Rubén, sabía lo que le gustaba, hasta las cortinas y los muebles. La parte de arriba era preciosa y los baños y vestidores le encantaron. Le dijo que había elegido una cama demasiado grande y él le dijo que era muy grande y que estaba harto de camas pequeñas.

Le gustó mucho la cocina y el salón de espacios abiertos y el patio y el jardín eran maravillosos, con barbacoa y sitio para las piscinas que ya tenía él compradas.

No había un rincón o un detalle que no le gustara. Al final no había tenido servicios por la noche, sino que había trabajado en la casa como un negro.

Ese no era el mismo Rubén que conoció. Su hija lo había cambiado. Y a ella la amaba.

No podía pedirle más a la vida. Había pasado por momentos malos, muy malos, pero parecía que ahora la vida le daba un respiro en forma de felicidad.

Ella también iba a poner de su parte para que su familia fuese feliz. Tener

confianza en Rubén, sin miedos, porque si no, siempre tendría esa desconfianza entre ellos y debía darle una oportunidad. Se la merecía. Estaba haciendo todo lo posible por ellas y ella también tenía que poner de su parte.

El sábado fueron por la mañana al parque Warner y la niña se lo pasó en grande. Empezaba a tener una conexión con su padre y para este era su ojito derecho, porque eran iguales.

No quería tener una niña consentida, pero se temía que no iba a poder evitarlo. Y al final, ella sería el poli malo.

El domingo volvieron a ir a Madrid a ver a su familia, que se encontró con una nieta que no sabía que existía.

Tere y su marido se acercaron a verlos y pasaron el día con toda la familia. Salieron a comer todos juntos.

Sus padres se alegraron mucho de tener a Martina como nuera. Le contaron toda la historia y su madre no se retiraba de su primera nieta. Iba a ser una niña muy consentida.

En cuanto inauguraran la casa harían una pequeña fiesta familiar para los padres y para su tía Tere y harían una barbacoa.

Fue un día muy emocionante y la niña se durmió en cuanto entró al coche camino de vuelta.

Cuando llegaron el domingo a casa, él le dijo que no se olvidara el Lunes de decirle al banco que se iba a final de mes. Quedaban diez días y tenían que ir haciendo la mudanza por las tardes, ya que estaba cerca.

—Cuando acabemos todo, vamos al hotelito a pasar un fin de semana a descansar. Ya hace más de dos años que no vamos juntos. El siguiente que tenga libre.

—Me encantaría. La verdad es que hace mucho que no vamos. Dejamos a la niña con los abuelos y nos vamos. Es sólo una noche y ya está acostumbrada a quedarse con los abuelos. ¿Y de las vacaciones qué sabes? —le apuntó ella, con algún cuidado.

—Agosto, es lo que me toca este año. Tengo ganas. Estoy muy cansado.

—Por mí tampoco hay problemas. Mañana lo pedimos oficialmente. ¿Dónde vamos a ir?

—Podemos llevar a la niña a la playa unos días y luego irnos nosotros otros días. Y dejar a la niña con los abuelos —dijo Rubén, que tenía ganas de ir con ella a algún viaje más largo, que nunca habían hecho.

—¿Y dónde vamos a ir, mi poli?

—A la playa podemos ir a Almería. Las playas son magníficas. Podemos ir reservando. Por ejemplo en Cabo de Gata.

—Perfecto. Me encanta. Este año, vamos a Almería. ¿Y los dos solos?

—Sé que te gustan los sitios fríos y me jode no haber ido contigo.

—No quiero hablar de eso Rubén —lo cortó porque no quería sacar ese tema que les haría daño a los dos.

—Vale. Pues ¿te gusta París? De todas formas, cada año podemos ir visitando sitios, pero este está más cerca por si la peque...

—Ya pareces todo un padre preocupado. Me encanta París. Te estás volviendo un romántico, que lo sepas.

—Siempre he tenido una vena romántica, pero tú no te has dado cuenta, cielo.

—Porque has mostrado más tu lado sexual, pequeño.

—Que por cierto, te gusta bastante.

—Sí, me encanta. No lo puedo negar.

—Ya decía yo...

Hicieron la mudanza la siguiente semana, por las tardes. Y el fin de semana, ya estaban instalados. Por supuesto estrenaron varios rincones de esa casa espléndida que había comprado Rubén cuando la niña estaba dormida. Era la casa de su vida. En el barrio de sus sueños.

Y así se lo contaron a Roberto, una mañana que fueron a desayunar y ya se habían cambiado. No se lo quisieron decir antes. Y este se alegró un montón. No se sorprendió nada por la noticia, sabía que esos dos iban a terminar juntos algún día.

Ella pidió cita con el ginecólogo porque quería empezar a tomar pastillas anticonceptivas. Éste le hizo un reconocimiento y le mandó unas.

Quería hacer el amor sin que nada interrumpiera en sus cuerpos. No le había dicho nada a Rubén, quería darle una sorpresa cuando fueran al hotelito. Quería que fuese allí, donde lo hicieran sin nada.

En cuanto él tuvo su primer fin de semana libre fueron al hotelito con encanto en la sierra. El agua estaba más calentita y se bañaron y jugaron, y cuando iban a hacer el amor y él se iba a poner un preservativo, ella le dijo:

—Eso ya no te hace falta, cielo.

—¿Y eso? ¿Quieres que tengamos otro hijo?

—Nada de eso, no quiero tener más hijos. Tomo pastillas anticonceptivas desde hace una semana.

—¡Qué mala! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Quería que fuese este el lugar en el que estrenáramos nuestra nueva vida sexual.

—No he hecho testamento...

— ¡Qué tonto eres!

—Ven aquí pequeña. —Y tiró el preservativo a la papelera.

Él jamás lo había hecho sin preservativo y ella tampoco, así que él le dijo que ahora eran vírgenes los dos y ella se reía.

Fue especial, inigualable. Recorrió todos los territorios de su cuerpo y fue desnuda y suya y sintió que ya su cuerpo estaba unido al de ella para siempre.

Que era suya en cuerpo y alma y que las demás mujeres no existían para él, salvo esa pequeña que era especial.

Estar dentro de ella era estar cerca del paraíso. Y cuando se vació en ella derramó todo su amor también.

Para ella fue amor puro, como siempre había sentido por Rubén, su hombre impulsivo y terco como nadie, pero generoso y que le hacía el amor como si fuesen uno solo.

Para ella, también era un lugar con encanto y especial para ellos, porque fue el primer lugar donde estuvieron juntos como pareja. Por eso quiso que fuese allí.

Y allí fue un no parar y ella, se reía y le decía que tenían todo el tiempo del mundo. Pero él tenía una energía sexual a prueba de bomba. Y ella no podía decirle que no nunca. En cuanto la tocaba, se derretía en sus brazos.

En agosto fueron de vacaciones a la playa que no fue menos satisfactorio y la peque se lo pasó en grande. Y ellos también.

Las playas eran de agua transparente y el clima era excepcional. El hotel al que fueron, Cala Chica, era una preciosidad. Estuvieron una semana y les dio pena volver porque la pequeña disfrutó con sus padres una barbaridad. Y dejaron a la peque con los padres de Rubén para ir a París, la ciudad del amor, una semana, pues no permitieron que los otros abuelos se perdieran más años

sus cuatro meses de vacaciones.

Ellos ya se ocupaban todo el año de Andrea porque estaban más cerca y lo hacían con amor. Era la primera nieta de las dos familias y las dos estaban locas con ella.

En París, no les faltó nada por ver. La ciudad era maravillosa. Estuvieron viendo hasta ciudades cercanas a París, como Nantes u Orléans.

Fueron un día a Eurodisney y prometieron volver cuando la pequeña fuese mayor para que recordara, porque ahora era tan pequeña que luego no iba a recordar nada y apenas podía montarse en la mitad de los sitios. Pero la llevarían.

Visitaron todo lo visitable, la Torre Eiffel, Notre Dame, Mommartre, el barrio que a ella le encantó, dieron un paseo por el Sena en uno de los barquitos nocturnos., los Campos Eliseos. El Arco del Triunfo. Y no dejaron de hacerse fotos, al igual que en la playa, para tener recuerdos maravillosos.

El tiempo se les hizo corto y tuvieron que volver.

El resto de agosto, lo pasaron en casa. Rubén abrió las piscinas y disfrutaban de su casa que era maravillosa.

—¡Te amo Rubén! —le dijo mientras se abrazaban en la piscina y la pequeña jugaba en la suya con poquita agua.

—¡Yo, sí que te amo! Soy el hombre más feliz del mundo. Tengo la mejor familia que nadie pudo soñar.

—Cuando vuelvan mis padres hacemos la barbacoa.

—Hecho —dijo él—. Juntamos a las dos familias.

Y una de las noches después de que la pequeña se durmiese, sentados en el jardín, disfrutando de la noche, porque era finales de agosto y refrescaba, se estaba muy bien en los balancines.

— ¿Y cuándo nos casamos? —le preguntó él mirándola a la cara.

—El año que viene. Tenemos que ahorrar un poco. Hemos tenido muchos gastos.

—En primavera. Más no espero —le dijo.

—Pues que sea en primavera —le apuntó ella. Nunca pensé que mi poli, el amor de mi vida tuviese prisa en casarse.

—Pues lo tengo, fíjate lo que me has hecho cambiar. Por tu culpa. Yo era un espíritu libre y aparece una pequeña virgen una noche y me cambia la vida.

—Yo no te he pedido matrimonio, pensé que íbamos a vivir siempre en

pecado.

—No te permitiría eso. Quiero hacerlo por ti y por nuestra hija. Y porque te quiero.

—Yo también te quiero, mi amor.

Y se cogieron las manos durante un buen rato al frescor de la noche y luego entraron en casa, directos al dormitorio.

Estaban ya en la cama después de hacer el amor y Rubén insistió:

—¿En mayo?

—En mayo... miramos fechas. Y el primer sábado, nos casamos. ¿Quieres? mayo es un buen mes para casarse.

—¿Te he dicho que te quiero?

—¿Hoy? Unas cuantas veces —dijo ella, acurrucada en sus brazos fuertes y protectores.

—Me parecen pocas.

—¡Mira que eres!

—¿Qué hora es? ¿No es ya la hora de dormir?

—¡Mañana es sábado! No tenemos que madrugar. Aún estamos de vacaciones y nos queda una semanita.

—Benditas vacaciones. Y ahora que tomas anticonceptivos, me tienes loco. Espero que no hagamos otro niño. Estoy como un perrillo faldero detrás de ti, duro como una piedra todo el día

—Eres de lo que no hay. No quiero otro niño. Me gusta tener una solamente. Yo he estado sola y es todo para mí.

—¿No quieres que tenga una hermanito o hermanita?

—Tú, ¿sí? —le preguntó ella.

—No sé, me da igual, pero pensé que querías más niños.

—No, de momento mi reloj biológico funciona a la perfección.

—Pues una princesa sola.

—Eso es lo que temo, que la malcrías.

—Eso va a ser inevitable. Tendrás que acostumbrarte.

—Ya lo sé, ahora estaré celosa de mi propia hija.

—Ya sabes que te quiero. Pero ella es pequeña y preciosa y ha salido a mí.

—Eso seguro. Ahora tendré que lidiar con dos tercios impulsivos.

El tiempo pasó y cuando volvieron los padres de Martina de vacaciones y ellos se reincorporaron al trabajo, la vida continuaba como ella no había pensado jamás.

Rubén, era un padrazo para su hija. Estaba orgulloso de ella y no dejaba de jugar con ella con una paciencia infinita que a ella le sorprendía, cada vez que tenía tiempo libre. Su tiempo libre, era para las dos.

Iba del trabajo a casa y cada día le traía algún regalito a la niña. Ella se enfadaba.

—Pero si son libros y cuentos, Martina. No te enfades.

—No puedes traerle cosas todos los días, se acostumbrará y no te va a querer menos por ello.

—Es que no puedo evitarlo.

—Pues tienes que hacerlo —le decía Martina con firmeza.

Y también andaba tras ella, en cuanto la niña se dormía. No se cansaba de hacerle el amor, de mil formas distintas. Le gustaba que en casa se pusiera una falda o un vestido, porque le era más fácil para él.

No podía con él, y le dejaba realizar sus fantasías sexuales, porque a ella le encantaban. Le encantaba cocinar y que él le levantara la falda por detrás y la cogiera por las caderas... o cuando llegaba a casa de una guardia y la cogía a pulso contra la pared. Siempre se le ocurrían sitios donde explorar en su cuerpo.

Un fin de semana que tuvo libre invitaron a toda la familia, a los abuelos y los tíos y celebraron una barbacoa en el jardín. Era octubre y el tiempo estaba muy bien. La celebraron a mediodía y así los abuelos, se conocieron por primera vez. La niña estaba contentísima y crecía a pasos agigantados.

Martina no podía sentirse más feliz al ver a toda la familia reunida y feliz. Era un sueño. Miraba a Rubén a veces y éste la pillaba mirándolo y la miraba con interrogación.

Cuando todo acabó, casi de noche, y todos se fueron a casa con el propósito de repetir de nuevo antes de Navidad, la niña estaba durmiendo y ellos recogían todo. Le preguntó.

—Te he pillado mirándome unas cuantas veces. ¿Qué pasa cielo? —Mientras la cogía por la cintura y la pegaba a su cuerpo.

—Nada. Es que eres tan guapo... que me sentía inmensamente feliz. Te veía y no podía creer la suerte que la vida me ha dado teniéndote.

—¿No debía ser yo el que pensara eso?

—No sé, pero me siento orgullosa de ti y del hombre que eres. El hombre en el que te has convertido. Y te amo tanto...

—No vayas a llorar cielo.

—No, es que estoy emocionada por el día de hoy. Ha sido tan bonito tener a toda la familia junta y que se lleven tan bien...

—¡Te amo! Ven aquí —La cogió en brazos y la metió dentro y la tumbó en el sofá...

—Loco...

CAPÍTULO 11

La boda

La boda se había celebrado en primavera. Fue una boda íntima y bonita, con solo los familiares y amigos y compañeros del trabajo.

Aun así tuvieron cien invitados. Ella tenía muchos invitados en el Ayuntamiento y él en el trabajo. Algunos vecinos de su madre que lo habían sido de ella hasta que se independizó.

Martina, iba guapísima, con un vestido color marfil, igual que la pequeña, que llevaba un canastito de flores y las alianzas.

Ya había cumplido tres años y era una niña alta para su edad. Desde luego no saldría a su madre. Sino a su padre que era un hombre alto e imponente y que la esperaba en el altar más nervioso que en toda su vida.

La celebración fue en un salón de uno de los hoteles de Alcalá y todo salió a la perfección. Y tanto la comida como el baile estuvieron perfectos. El baile duró hasta la madrugada.

Dejaron a la pequeña con los abuelos y pasaron la noche de bodas en su casa. Estaban tan cansados que hicieron el amor a la mañana siguiente. No tenían prisa. Tenían quince días de permiso por boda, porque los dos eran funcionarios y aún les quedaban diez días.

Fueron de luna de miel a Italia: Venecia, Roma, Florencia.

En cada uno de estos preciosos lugares, se quedaron en pequeños hotelitos con encanto. En Venecia, montaron en una góndola y cruzaron sus puentes. A ella le encantó la ciudad, aunque le daba un poco de vértigo con tanta agua.

En Roma y en Florencia, se dedicaron más a visitar museos y toda la arquitectura del imperio romano.

Y qué duda cabe que quiso tirar su moneda a la Fontana de Trevi para volver de nuevo. Italia le encantó, pero engordó en una semana con la comida, tanta pasta...

—Eso luego te lo quito yo, cielo. Hacemos ejercicio y fuera kilos.

—Imagino la forma en que quieres quitarme los kilos.

—No hay mejor forma cariño...

—Me encanta ir de vacaciones contigo a solas.

Y eso consolaba a Rubén, que iba con su mujer de vacaciones y lo pasaban estupendamente. Donde iban se les hacía corto siempre.

Cuando iban solos de viaje, como esta vez en la luna de miel, aunque echaban de menos a la pequeña, era un espacio para ellos, libres de todo, incluso para hacer el amor a la hora que desearan.

Afortunadamente tenían una familia que estaba loca por la niña. Era la consentida de los abuelos, aunque ahora iba a tener un primito, hijo de Tere. Y todos estaban tan contentos, porque la familia aumentaba.

CAPÍTULO 12

Seis años después

Andrea había cumplido ocho años y medio y estaba con sus padres, su primo Sergio de cinco años y sus tíos Tere y Pedro en Disneyland París.

Como prometieron seis años antes, la llevarían cuando Andrea pudiese recordar todo aquello tan maravilloso y en cuanto cogieron vacaciones la llevaron una semana.

Y su amiga y hermana de Rubén, con su hijo, se apuntaron y los niños lo pasaban en grande.

Cogieron un hotel dentro del parque para que los niños aprovecharan los tres días que iban a estar allí y pudiesen ver todo lo que había.

Las dos parejas se llevaban muy bien, e incluso habían salido a veces a cenar, tanto en Madrid como en Alcalá, solos, si dejaban a los nietos con los abuelos o con los críos a comer hamburguesas o a ver algún espectáculo infantil.

Andrea, era la princesa de su padre. Tenían una conexión enorme. Más que con ella. Aunque ella no tenía celos. Era feliz viéndolos cómo se querían.

Se había ganado a su hija con amor y esta, con ocho años ya, quería a su padre más que a nada en el mundo.

A ella también, pero a veces se sentía apartada. Apartada pero orgullosa de que se amaran tanto padre e hija como ella los amaba a los dos.

—Mamá mira qué bonito. ¿Puedo montarme?

—Solo te puedes montar con un adulto. Seguro que tu padre está dispuesto.

Y se iban los dos padres con los críos a montarse en las atracciones y Tere y ella, se reían y lo pasaban bien.

—Menos mal que te invité a aquella noche —le dijo Tere.

—¿A qué noche, dijo ella sin pensarlo?

—A la noche en que conociste a mi hermano. Ahora eres mi cuñada, además de mi amiga, y me alegro tanto... Fíjate, ahora tenemos dos hijos y estamos en París y somos felices con nuestros hombres. Me alegro porque mi hermano ha cambiado tanto... era un mujeriego y lo has cambiado. Has hecho un buen trabajo social con él, ¿eh?

Ella no pudo menos que reírse con ganas.

—Sí, creo que he hecho un buen trabajo con él, pero ha cambiado él mismo.

—Ha sido gracias a ti. Lo veo enamorado y feliz y me alegro por vosotros.

—Gracias amiga. Te quiero. —Y se abrazaron.

Y él se acercaba en ese momento a ella con la pequeña y veía como su mujer abrazaba a su hermana y se emocionaba.

Cuando llegó a su altura, la besó en los labios. Y con la niña en un brazo, la tomaba por la cintura y le decía al oído:

—¿Qué ha sido eso?

—Hablábamos de cuando te conocí, tu hermana me convenció para que fuese a aquella fiesta en la que te conocí, y yo no quería.

—Menos mal que cambiaste de opinión.

—Sí, menos mal, ahora no estaríamos aquí, mientras tu hija te besa y a mí no me hace ni caso.

—¿Estás celosita?

—Sí, me has robado a mi hija.

—¡Qué bobita! Es que me tiene loco, como tú. Luego te lo demuestro.

—¡Qué cansino! ¿No te cansas nunca?

—Si me cansara, te quejarías cielo. Además estoy en la mejor edad que puede tener un hombre para... ya sabes.

—¡Anda, qué vanidoso eres!

—Eso me lo dices luego cuando te coja.

—La niña se despertará.

—El baño me sirve. Te levanto en volandas y...

—Shhhhh, tú hermana te va a oír —dijo mientras buscaban otra atracción para los chicos—Estás loco, mi amor. ¡Te amo!

—Así me gusta. Una mujer con principios que me pone cachondo todavía.

—¡No hables como un poli!

—¡Es que soy un poli!